Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VII JULIO DE 1923 NÚMERO 2

INTER-AMÉRICA

El propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números)	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET — NEW YORK, E. U. DE A.

¿Ha Enviado Usted Agentes Comerciales a Estos Bazares?

CONSTANTINOPLA, Bombay, Calcuta: *¡el nombre mismo despierta visiones de comercio floreciente!* Pero desgraciado del agente comercial que se precipita pretendiendo arrollar el mercado en forma sensacional. Penetrado de las costumbres que se establecieron firmemente muchos siglos antes de que Colón saliera de España, el pueblo no cede con facilidad a las insinuaciones de los extranjeros.

Busque un fabricante que haya establecido un mercado para sus productos en el Oriente y habrá hallado usted un *paciente creador* cuya visión va más allá del lucro inmediato. En la importación o la exportación, el éxito allí depende de ganarse poco a poco la confianza de aquellos mercaderes hábiles, *que sujetan a prueba los productos antes de darles fe.*

El National Shawmut Bank está representado en todos los centros importantes por bancos locales influyentes con los cuales está afiliado. Nuestro servicio de investigación e información comercial es un beneficio positivo que derivan los clientes del Shawmut; y particularmente valioso para quienes inician sus esfuerzos para la venta de sus artículos en cualquier parte del cercano Oriente.



ESCRIBA POR COPIAS DE NUESTROS FOLLETOS:

El Cambio Extranjero
La Ley Webb
La Ley Edge
Aceptaciones
Escandinavia

The NATIONAL SHAWMUT BANK *of* Boston

Capital, Superávit y utilidades sin repartir, $22,000,000

BOSTON, E. U. A.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VII JULIO DE 1923 NÚMERO 2

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

JOHN DÉWEY nació en Búrlington, Vermont, 20 de octubre de 1859; completó su educación en la University of Vermont y en la Johns Hopkins University, Báltimore, Máryland; ha sido profesor de filosofía en la University of Míchigan, la University of Minnesota, la University of Chicago, y, desde 1904, en la Columbia University, Nueva York; es autor de *Psychology; Leibnitz; Critical Theory of Ethics; Psychology of Number; School and Society; Studies in Logical Theory; How to Think; Influence of Darwin on Philosophy, and Other Essays; German Philosophy and Politics;* y *Democracy and Education.*

C. A. CARRIÈRE, escritora de origen francés y español, nació en Nueva Órleans, Louisiana; fué educada en las escuelas de Nueva Órleans, y ha colaborado con numerosos artículos en diversos periódicos y revistas.

VERNON LYMAN KÉLLOGG nació en Emporia, Kansas, primero de diciembre de 1867; recibió su educación académica en la University of Kansas, la Cornell University, Ithaca, Nueva York, la Universität Leipzig, y la Université de Paris; ha sido profesor asociado de entomología en la University of Kansas y profesor de entomología y conferenciante en bionomía en la Léland Stanford, Junior, University, California; es autor de *Common Injurious Insects of Kansas; Elements of Insect Anatomy; Animal Life; Lessons in Nature Study; Elementary Zoölogy; Evolution and Animal Life* (en colaboración con David Starr Jordan); *Darwinism to-day; The Animals and Man; Beyond the War;* y muchas otras obras.

CHARLES MERZ nació en Sandusky, Ohío, 25 de febrero de 1893; recibió su educación académica en la Yale University; ha sido director del *Harper's Weekly,* corresponsal en Wáshington de *The New Republic* y director asociado de la misma revista; fué miembro de la American Commission to Negotiate Peace en 1918 y 1919 y periodista en el Extremo Oriente en 1921.

WÍLLIAM LYON PHELPS nació en New Haven, Connécticut, 2 de enero de 1865, y recibió su educación en las escuelas de New Haven, en la Yale University y en la Hárvard University; ha sido profesor de inglés y de literatura en la Yale University desde 1892; es autor de *The Beginnings of the English Romantic Movement; The Pure Gold of Nineteenth Century Literature; Essays on Modern Novelists; Essays on Russian Novelists; The Advance of the English Novel; The Advance of English Poetry; The Twentieth Century Theater;* y muchas otras obras; y ha colaborado con artículos sobre temas literarios en numerosos diarios y revistas.

WÍLLIAM WILLIAMS KEEN, distinguido cirujano, nació en Filadelfia, Pensilvania, 19 de enero de 1837; se educó en la Brown University, Providence, Rhode Island, y en el Jéfferson Medical College, Filadelfia, Pensilvania; ha recibido grados honorarios de numerosas universidades; sirvió como cirujano ayudante en el Fifth Regiment de Massachusetts en 1861, durante la guerra civil, y más tarde como cirujano ayudante en el ejército de los Estados Unidos; desde 1861 hasta 1866 continuó sus estudios en Europa; se ha dedicado a la práctica de su profesión en Filadelfia desde 1866, dirigiendo al mismo tiempo la Philadelphia School of Anatomy desde 1866 hasta 1875 y dictando conferencias sobre anatomía patológica en el Jéfferson Medical College desde 1866 hasta 1875, a la vez que actuaba como profesor de anatomía artística en la Philadelphia Academy of Fine Arts; ha sido también profesor de cirugía en el Woman's Medical College de Filadelfia desde 1884 hasta 1889 y en el Jéfferson Medical College desde 1889 hasta 1907; es miembro de muchas sociedades científicas y ha asistido a varios importantes congresos internacionales; es autor de *Keen's Clinical Charts; History of the Philadelphia School of Anatomy; Early History of Practical Anatomy; Surgical Complications and Sequels of Typhoid Fever; Addresses and Other Papers; Animal Experimentation and Medical Progress; The Treatment of War Wounds;* etcétera.

CHARLES H[ómer] HASKINS nació en Méadville, Pensilvania, 21 de diciembre de 1870; recibió el grado de doctor en filosofía en la Johns Hopkins University, Báltimore, Máryland, y grados honorarios de la Hárvard University, Cámbridge, Massachusetts, de la University of Wisconsin y del Allegheny College, Méadville, Pensilvania; ha sido profesor de historia en la Johns Hopkins University y en la University of Wisconsin, y, desde 1912, decano de la escuela de artes y ciencias para graduandos en la Hárvard University; es autor de *The Normans in European History; Norman Institutions;* y *Some Problems of the Peace Conference* (en colaboración con R. H. Lord).

Inter-América

JULIO DE 1923

ESPAÑOL: VOLUMEN VII



NÚMERO 2

LA ÉTICA Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

POR

JOHN DÉWEY

La confusión que existe en las ideas corrientes sobre la moral se refleja especialmente en la ética de las relaciones internacionales, hace observar el autor. De acuerdo con el principio fundamental de la escuela hegeliana, opina que para la moralidad de los individuos es condición previa e indispensable la existencia de instituciones capaces de ejercer sanción. La ley ha sido siempre el instrumento para condensar y definir los deseos y expectativas morales de la comunidad. Y la legalidad de la guerra constituye la anomalía mayor que existe al presente en la moral del mundo. Constituye una doble norma de ideas morales que provoca conflictos casi inevitables. A su juicio, una ley que proscribiera la guerra, agregado a la institución de tribunales investidos de plena jurisdicción en disputas que pudieran promoverla, pondría fin a este desastroso dualismo moral, haciendo posible el desenvolvimiento de un grupo coherente de ideal morales, susceptibles de ejercer acción eficaz en la determinación de la conducta international.—LA REDACCIÓN.

ANTE la situación actual de las relaciones entre las naciones, aun personas ordinariamente poco inclinadas al pesimismo se sienten tentadas a declarar que no existe conexión alguna entre la ética y las relaciones internacionales. El título del presente artículo despierta asimismo la tentación de lanzar una violenta diatriba contra la inherente inmoralidad de las relaciones internacionales. Es posible sostener con justicia que sólo las gobierna la fuerza, el fraude y las intrigas secretas, y que las consideraciones morales se arrojan a los cuatro vientos cuando quiera que se encuentran en conflicto con las ambiciones nacionales o el espíritu nacionalista; o, identificando la moral, ya sea equivocada o razonablemente, con lo que está llamada a representar, es posible forjarse algún ideal y señalar las discrepancias entre este ideal de lo que debería ser la ética y lo que es en realidad. El segundo método termina naturalmente en exhortaciones y apelaciones a la conciencia moral de la humanidad.

No intento desarrollar aquí las consideraciones aducidas, sino indicar simplemente la extraordinaria confusión que existe en las ideas corrientes sobre la moral, conforme se reflejan en la ética de las relaciones internacionales. Ni es mi ánimo, por consiguiente, discutir las relaciones internacionales desde el punto de vista moral, sino discutir más bien el estado incierto, la condición poco menos que caótica, de los conceptos y creencias morales, en cuanto esta situación afecta la situación internacional. ¿A qué motivo obedece, el que la moral individual ejerza tan escasa influencia para regular la actitud recíproca de las naciones? Aun el más cínico vacilaría en afirmar que los hábitos, y mucho menos los ideales, de la generalidad de hombres honrados en sus

asuntos ordinarios se revelan adecuadamente en el reinado actual del odio, sospechas, temor y misterio que caracterizan la política internacional. Casi parecería que la moral humana sufre de parálisis en cuanto se refiere a normas internacionales; que se ve arrollada e impotente ante fuerzas superiores que siguen su curso sin cuidarse de la moral que rige en materias ordinarias.

Los problemas que sugiere este orden de cosas pueden examinarse bajo dos aspectos diferentes. Podemos preguntarnos: ¿Cuáles son esas fuerzas tan poderosas que han llegado a evadirse del dominio de la razón? ¿Cuáles son los factores que anulan la acción de los hábitos e ideas morales? Esto abre un campo vasto y extremadamente complicado que sólo puede abordarse mediante el esfuerzo combinado de historiadores, publicistas, jurisconsultos y economistas. Hay, sin embargo, un método menos pretencioso de investigación. Podemos investigar el campo de los conceptos y doctrinas morales, preguntándonos si son intelectualmente capaces de responder a las necesidades de la situación. Es posible que parte de la dificultad provenga de la falta de ideas morales coherentes y generalmente aceptadas; no de ideas vagas y abstractas, sino de ideas lo suficientemente concretas para ser eficaces. Este factor intelectual no es quizá en sí mismo muy considerable ni muy poderoso; pero representa, con todo, un elemento que aun cuando pequeño es condición indispensable para orientar las miras políticas y las fuerzas económicas cuya índole es mucho más enérgica y activa.

Así consideradas, las condiciones económicas que sirvieron de base para la formulación de leyes aplicables a las relaciones internacionales, ofrecen un punto natural de partida. Es indudable que la labor intelectual de Grotius y sus sucesores tuvo enorme influencia práctica. No tuvo carácter académico ni pedagógico, ni se concibió primordialmente para favorecer los intereses de nación alguna en particular. Aquellos hombres fueron sinceramente internacionales, y lograron apaciguar durante algún tiempo disturbios entre las naciones y hacer más equitativas las existentes relaciones internacionales. Estas contribuciones fundamentales brotaron todas de una fuente común. Todas encarnaban la idea de las leyes de la naturaleza, que son leyes morales de validez universal. No era nuevo el concepto de que las leyes de la naturaleza son las leyes fundamentales de moral para la conducta humana, en todo sentido y en todo tiempo y lugar. Los moralistas romanos habían puesto en práctica esta idea en conexión con el código romano; era un concepto familiar a seglares y a clérigos y, a decir verdad, a todo hombre ilustrado. La iglesia católica había adoptado, como base de su doctrina respecto de la ética seglar, la noción de que no todas las obligaciones se derivan de la revelación divina; más aún: que estas obligaciones expresaban solamente un orden superior y esencial de cosas que no era dado comprender sin ayuda al hombre. Los moralistas y teólogos protestantes aceptaron igualmente este concepto, insistiendo cuando mucho en la existencia de una luz interior en la conciencia del individuo, en que se revelaban y reconocían las leyes de la naturaleza como norma suprema a que debía ajustarse la conducta humana.

Había, por lo tanto, principios y métodos morales universalmente reconocidos en toda la cristiandad; había también consenso general en cuanto a los estatutos del código de obligaciones definidas por dichos principios. La gran obra de Grotius y sus adeptos consistió en estudiar las existentes relaciones internacionales y en criticarlas y organizarlas de acuerdo con el concepto aceptado de las leyes naturales. Más de una autoridad contemporánea en jurisprudencia—como Póllock, por ejemplo—ha hecho observar las ventajas obtenidas a favor del concepto de las leyes de la naturaleza en el desarrollo de varias ramificaciones de la ley, tanto pública como privada, y en la práctica de equidad. Todos convienen en que su aplicación al formular ciertos estatutos de conducta internacional ha sido la principal y más conspicua ventaja. No quiero significar con esto que sin factores responsables en la actual situación política y económica, la aplicación intelectual del concepto de las leyes naturales a las relaciones recíprocas entre las naciones hubiera llegado a ejercer la influencia humanitaria y moderadora subsecuente a

las enseñanzas de la escuela de Grotius; pero sí deseo hacer notar que la difusión y aceptación general del reconocimiento de la ley natural como norma suprema de la ética, dió por resultado que los sentimientos e ideas morales del cristianismo se concentraran en los problemas de conducta internacional, haciendo posible la eficaz obtención de todo aquello que las ideas morales son susceptibles de realizar en cuanto a la regulación práctica de la conducta humana.

Durante el siglo diecinueve, la noción de las leyes naturales como base de la moral decayó grandemente, quedando en desuso fuera de los moralistas ortodoxos de la iglesia católica. En años recientes se ha manifestado cada vez en aumento la tendencia a reconocer que en principio todo aquello que se juzga ley natural es ley moral que debe aplicarse al examen y creación de leyes positivas, en sentido administrativo tanto como legal. Se ha sugerido que debemos, o bien abandonar la noción de que los principios morales tienen algo que ver con leyes positivas, internacionales o municipales, o, de lo contrario, admitir la idea de leyes naturales en cualquier forma o expresión. Hay gran diferencia, sin embargo, entre admitir la noción general de leyes morales en oposición a las costumbres y leyes positivas y atribuir a la ley de la naturaleza el carácter y significación que le atribuían los moralistas del siglo diecisiete. Aunque Grotius afirmara que la ley de la naturaleza se impondría siempre, aun en el caso de que no existiera la revelación ni existiera Dios como legislador y juez supremo, la idea conservaba en la mente popular y en su propia mente cierto fondo teológico y fuerza religiosa. Las leyes de la naturaleza representaban todavía los designios y preceptos de Dios y la forma en que deberían realizarse estos designios en cuanto concierne a la vida del hombre. La ciencia y moral seglares de aquel período substituían únicamente causas y leyes "secundarias" a la acción primordial y directa de Dios.

Mas, a medida que el espíritu del hombre abandonaba gradualmente el hábito de relacionar asuntos seglares con materias teológicas y religiosas, primarias o secundarias, desvanecíase también gradualmente la enorme fuerza de la sanción y conexiones religiosas de la ley natural. Y, por lo menos entre los protestantes, aun entre aquellos en quienes las ideas religiosas conservaban el antiguo vigor moral, la mayor parte de los hombres perdió el hábito de asociar el factor religioso en la moral con las leyes de la naturaleza, y hasta cierto punto con ley alguna, si hemos de decir verdad. El amor divino y las aspiraciones humanas reemplazaron el concepto de mandamientos, preceptos y prohibiciones divinas. Así, en las relaciones internacionales como en otras esferas de la vida, fué debilitándose y desapareció al cabo la noción de una norma universal y definida de moral fundada en las leyes naturales. Aunque se conservara en ciertos textos, era más bien a fuer de convencional deferencia a la tradición que como fuerza intelectual inspiradora. Pero su decadencia no ha estado acompañada de la práctica de principio moral alguno igualmente reconocido y aceptado en general. En su lugar surgió una multitud de doctrinas morales, más o menos contradictorias, y ninguna de ellas sostenida con gran convicción salvo por un pequeño número de ardientes partidarios.

Además, aparte de la cuestión de fortalecimiento religioso, otros factores han dificultado el antiguo concepto de la ley natural. Esta noción estaba siempre asociada con la idea de la razón como fuerza o facultad material tanto como fuerza o facultad intelectual. Las leyes de la naturaleza implicaban que ciertos principios racionales están íntimamente encarnados en la naturaleza del hombre en su relación con el resto de la naturaleza. Obedecer la ley natural era lo mismo que obedecer los dictados de la razón. Y la razón se juzgaba no simplemente como una posesión psicológica del individuo, sino como el vínculo de la unidad social. Aun las leyes de la naturaleza, en su calidad de universales y capaces de "gobernar" ciertos fenómenos empíricos, eran racionales. Los animales tienen encarnadas en su organismo leyes racionales e instintos a que obedecen sin darse cuenta. La superioridad del hombre consiste sencillamente en su facultad de discernir los principios racionales a que están inconscientemente sujetos

los animales y el universo físico. Es imposible, a mi entender, que alguien pueda hoy estimar el poder que agrega al concepto de las leyes de la naturaleza su relación implícita e innegable con la razón y con el progreso e intereses comunes que ligan a los hombres en la sociedad.

Apenas es necesario hacer notar las diversas influencias que minaron esta relación y que, al minarla, debilitaron también la eficaz influencia de las ideas morales sobre costumbres y leyes. Aun entre los mismos que podrían adherirse a estas ideas, si se les presentaran ya formuladas, las ideas invisten escaso poder vital. La ciencia moderna ha familiarizado aun al hombre mediocre con una noción radicalmente diferente respecto de las leyes de la naturaleza. Al escribir estas páginas me he visto casi compelido a usar el término "leyes de la naturaleza" en vez de "ley natural," tan diversas son las connotaciones familiares de la segunda definición. En el concepto popular la ley natural es más bien física que racional; se la asocia con energías: el calor, la luz, la gravitación, la electricidad; y no con la racionabilidad. Y sería difícil hoy en día encontrar en la mayor parte de los círculos quién prestara siquiera oídos atentos a la idea de que la razón es lo que mantiene unidos a los hombres en la sociedad. Los economistas, sociólogos, historiadores y psicólogos han trabajado de consuno para desvanecer esta idea, para darle colorido irreal y añejo, a pesar del desacuerdo radical que existe entre ellos mismos acerca de la índole exacta del vínculo social. Cuando tratamos de investigar lo que ha reemplazado a la vieja ley de la naturaleza, de la razón en la naturaleza y en la sociedad, nos encontramos frente a una escena de contención, de confusión e incertidumbre. ¿Dónde está la idea moral capaz de ejercer la fuerza cristalizadora, concentradora y directora que ejerció en otro tiempo la idea de las leyes de la naturaleza sobre leyes y costumbres positivas? Pocos de aquellos que insisten en que es necesario revivir el concepto para tener una base de criterio y esfuerzo constructivos revivirían la idea en su antigua forma. Y difieren sus opiniones cuando se les pregunta qué es lo que deberíamos poner en lugar de esto. La divergencia entre los intelectuales no asumiría gran importancia, si no fuera porque expresa divergencia, confusión e incertidumbre en la mente popular.

Naturalmente se han llevado a efecto muchas tentativas para llenar el vacío creado por la desaparición gradual de la idea de las leyes de la naturaleza en el terreno práctico; y algunas de dichas tentativas han obtenido éxito, formando no sólo escuelas de pensamiento, sino ejerciendo considerable influencia práctica en diversos campos. De estas escuelas podemos seleccionar la utilitaria y la que por mayor facilidad llamaremos "hegeliana," para analizarlas especialmente. No puede acusarse a la escuela utilitaria de falta de claridad en sus propósitos ni de sólidas convicciones. Ni puede observador imparcial alguno de las reformas legales, políticas y sociales que se han llevado a cabo en Inglaterra durante el siglo pasado afirmar que ha carecido de influencia práctica considerable. Prescindiendo de algunos detalles técnicos, relacionados principalmente con cierta psicología de sentimientos, goces y sufrimientos, desarrollada en gran parte a favor de investigaciones intelectuales, podemos decir que la fórmula del bien mayor para el mayor múmero, contándose cada individuo como unidad y solamente como una unidad en la enumeración, se ha traducido en la convicción de que el bienestar social es la norma suprema y legítima de la conducta. La consideración del bienestar general es la fuente genuina de todas las reglas y obligaciones morales. En vez de estudiar las leyes previamente hechas, deberíamos investigar sus *consecuencias* sociales para descubrir los principios criticables en las leyes positivas y las costumbres corrientes así como en los planes legislativos y los nuevos arreglos sociales.

Por grande que haya sido la eficacia de esta idea en asuntos particulares, ¿hacia dónde que se dirija la mirada encontramos trazas de su influencia en la moralidad internacional? Aun admitiendo que ofrezca una sana perspectiva de la norma moral y de la fuente de las leyes morales, ¿ha sido aplicada alguna vez con eficacia a la conducta de los asuntos internacionales? A fuer de norma moral coloca a igual nivel el bienestar de los ciudadanos de comarcas

extranjeras y de los nacionales. ¿En qué ha influído este principio para instituir alguna provisión importante de derecho internacional? ¿Qué ha hecho, no diré para evitar la guerra, pero siquiera para mitigar sus horrores? Imagino que su aplicación general a las relaciones internacionales parecerá tan utópica a muchas personas como la aplicación literal de las enseñanzas de Jesús. Se dice a menudo que el utilitarismo nos inculca principios morales bajos y aun algo sórdidos. Mas, en este respecto por lo menos, parece ser demasiado elevado, demasiado superior, a cuanto es posible realizar al presente.

Más concretamente: podría decirse que las diversas tentativas iniciadas para demostrar que no son provechosos la guerra en general ni los métodos basados en la fuerza y la intriga en general representan ejemplos de la tentativa de aplicar la teoría utilitaria a los asuntos internacionales. La demostración de que la guerra no es provechosa ni siquiera para las naciones vencedoras ha sido lo suficientemente convincente para todo el mundo, imagino, después de la gran conflagración europea. Pero ni la demostración ni la convicción parecen haber ejercido gran influencia práctica. La teoría utilitaria es demasiado racionalista; asume en forma demasiado exclusiva que los hombres están gobernados por consideraciones interesadas, consideraciones de pérdidas y de ganancias. No solamente los críticos del utilitarismo, sino un gran partidario de la doctrina utilitaria, John Stúart Mill, criticaba la primera versión de Béntham fundándose en que hacía demasiado hincapié en los intereses materiales del hombre sin acordar suficiente atención a los motivos que pueden llamarse sentimentales, ideales o espirituales, según la tendencia individual. Y casi podría decirse que la misma existencia de la guerra, con su disposición al sacrificio de vidas y propiedades, es prueba de la solidez del argumento. La guerra será tan estúpida como se quiera, pero no *persiste* en razón de erróneos cálculos de lucro, aunque erróneos cálculos de provecho nacional influyan a veces en el ánimo de los estadistas que la inician.

Las razones para el fracaso práctico del utilitarismo en la moralidad internacional pueden encontrarse dentro de la doctrina misma. Es una teoría no sólo de normas morales sino también del motivo moral, es decir, del interés por la felicidad general. Desde luego los mismos partidarios de la doctrina utilitaria reconocieron que, después que la consideración de las normas hubiera demostrado el camino que debería seguirse, subsistía la cuestión de coordinar el propósito moral con los motivos llamados a hacerlo prevalecer en la conducta. Enumeraron los motivos que podrían ponerse en juego: simpatía natural por los demás; educación en aspectos sociales de la conducta; mutuas ventajas mediante cooperación recíproca industrial, división de trabajo y canjes; y la sanción penal, el sufrimiento personal, cuando prevalecen motivos antisociales.

Ahora bien; es obvio que bajo las condiciones existentes estos motivos tienen muy poca probabilidad de ejercer acción sobre asuntos internacionales. La proporción de simpatía entre los individuos depende en concreto del contacto habitual y de impresiones comunes y familiares. Puede manifestarse vigorosamente en tales condiciones, y ser muy débil cuando hay de por medio barreras de lenguaje, costumbres y afilicaciones políticas. La simpatía experimentada hacia nuestros semejantes inmediatos se torna fácilmente en antipatía hacia el extraño y el extranjero. La educación está limitada asimismo por el radio de contacto e intercambio; y, al presente, las fuerzas que educan en el patriotismo nacional son poderosas, y débiles las que educan en igual consideración y estima por los extranjeros. El motivo económico actúa en ambos sentidos. Conforme hemos manifestado, la guerra implica casi inevitablemente pérdida para una nación en conjunto; el peligro de pérdidas producidas por la derrota es grande. Pero también hay oportunistas, gente que aspira al lucro personal, y no hay garantía de que tales personas no ocupen puestos de poder e influencia. Aparte del ansia del lucro, la existencia de tarifas protectoras demuestra cuán lejos se hallan los hombres de creer que el libre intercambio implique necesariamente ventajas mutuas.

En cuanto a sanción punitiva legal no existe absolutamente, puesto que no hay

autoridad política común con facultad de dictar leyes acompañadas de penas en caso de transgresión. En una palabra; todas las condiciones que hacen eficaz la doctrina utilitaria en asuntos domésticos o internos no se encuentran o se encuentran muy debilitadas en las relaciones internacionales. Debe tenerse entendido que estas observaciones no implican ataque ni defensa de la doctrina utilitaria. No se exponen con el objeto de determinar las ventajas o desventajas del sistema, sino para poner de relieve la falta actual de un grupo coherente de ideas morales que pueda aplicarse con eficacia a los asuntos internacionales. La evidencia es todavía más resaltante tratándose de doctrinas morales utilitarias, porque, a pesar de no haber sido universalmente aceptadas—a la verdad, más bien han sido acerbamente atacadas—demostraron, sin embargo, su eficacia en la vida nacional interna.

El tipo de doctrina moral que, a fuer de definición, se ha llamado "hegeliana," es, en realidad, mucho más amplio que cualquier otra escuela de filosofía. En su forma más primitiva se remonta hasta Machiavelli y Hobbes. Ambos escritores fueron atacados en su época y han sido atacados hasta el presente como preconizadores de inmoralidad más que de moralidad. Representan, no obstante, un tipo definido de ideas morales. Eliminando idiosincracias de personalidad y ambiente, encontraremos que su principio fundamental es que instituciones capaces de ejercer sanción, especialmente la institución llamada "estado," son condición previa y necesaria para la moralidad de los individuos. De allí que la organización social asuma una posición moral privilegiada, única, a decir verdad. A fuer de condición sin la cual una moralidad en concreto es imposible, es también superior a la moral en sentido ordinario, es decir, a la moral que se exige de individuos particulares y de comunidades voluntarias. La idea penetró más tarde en la filosofía alemana, procediendo no de Machiavelli y Hobbes directamente, sino del resurgimiento de la ética politica de los griegos (especialmente Aristóteles) interpretada por las enseñanzas de Spinoza. Viviendo éste en un período de guerra casi universal, tanto exterior como civil, con la consiguiente inestabilidad de existencia, ensanchó enormemente las doctrinas de Hobbes. Demostró particularmente que la autoridad del estado es condición previa y necesaria para la estabilidad de la vida social y personal y para toda amplia difusión de libertad y racionalidad en la vida. Es imposible aun para el más racional de los seres poner en práctica su racionalidad y alcanzar libertad, si no cuenta con el apoyo externo y asistencia positiva de los demás. Sin la autoridad política los individuos estarían gobernados por sus pasiones, y el más sabio de los hombres se vería a merced de su ambiente y de sus apetitos y pasiones.

La condición política, externa e interna, de Alemania, subsecuente a las guerras napoleónicas, creó una situación favorable para el resurgimiento de estas ideas. Produjo asimismo una situación en que tales ideas constituyeron poderosas armas intelectuales para regenerar y unificar los divididos y quisquillosos estados de Alemania bajo la hegemonía de Prusia. Estas ideas, enseñadas por primera vez en las universidades, se adaptaban tan bien a las necesidades políticas de Alemania que pronto dieron prácticos frutos. Si no presentaron fuerzas activas para promover la centralización de la autoridad política anteriormente dividida, por lo menos formularon el propósito y le dieron justificación intelectual.

Es innecesario dedicar mucho espacio a demostrar que este tipo de concepción ética, que insistía en la seguridad, unidad y estabilidad de las instituciones, del mismo modo que insistían los partidarios de la doctrina utilitaria en la difusión de la felicidad personal para todos, no afectó ni podía afectar favorablemente la moralidad internacional. Tendía por completo a la intelectual glorificación del estado nacional. La lucha entre los estados era un incidente necesario en la historia. Más aún; contribuía a fortalecer y consolidar la autoridad de las instituciones. El buen éxito en la guerra era prueba objetiva de organización social superior, y, por consiguiente, de moralidad superior. Si es posible alguna vez obtener un orden pacífico internacional, será únicamente por medio de la *pax romana;* algún estado necesita llegar a ser

tan poderoso que pueda imponer su voluntad a todas las demás comunidades.

No pretendo implicar que estos dos tipos de doctrina moral constituyan la suma de concepciones éticas que se han desarrollado en el vacío dejado por la decadencia de la teoría de la ley natural. Hay otras de considerable importancia. Pero el desenvolvimiento de estos dos tipos elegidos puede servir como ilustración de nuestra tesis principal: en el fondo mismo de las creencias éticas, en sus confusas y contradictorias divergencias, reside un factor importante en el actual problema de la ética y las relaciones internacionales. La dificultad no existe por entero en el lado práctico. No es mi intención proponer doctrina alguna de creencias morales que yo juzgue capaz de remediar la situación. Me contento con indicar que, encontrándonos como nos encontramos en una etapa muy primitiva de lo que pudiera llamarse "el mundo moderno," no hay razón para desesperar del porvenir. A medida que todo orden de vida avanza hacia organización coherente, desarrolla su propio *ethos*, sus propias normas y regulaciones. A pesar de la magnitud y complejidad interna de la situación presente, mayor que cualquiera otra en la historia, hay motivo suficiente para esperar que avanzamos hacia condición más coherente de vida, y que se establecerá un código moral uniforme cuando las relaciones sociales se encuentren mejor coordinadas. Es trivial decir que vivimos en una época de inmensas transiciones; no observamos suficientemente que la confusión en normas morales es característica de tales épocas.

Esperanzas futuras, sin embargo, brindan poco consuelo y seguridad en el presente. A mi juicio, hay una medida que concentraría por lo menos y dirigiría los sentimientos, deseos y emociones morales, que indudablemente andan ahora diseminados en medio de nuestra confusión e incertidumbre intelectual. La *ley* ha sido siempre el instrumento para condensar y definir los deseos y expectativas morales de la comunidad. Por vigoroso que sea el impulso que yace al fondo de las aspiraciones más elevadas de los miembros mejor dotados de la comunidad, la ley ha precipitado la proporción general de sentimiento moral, infundiéndole mayor eficacia de la que habría podido obtenerse en otra forma. Ha encauzado las emociones morales dirigiendo su curso hacia determinado propósito. Empleando otra metáfora, le ha dado positivo punto de apoyo.

Ahora bien; hay, a mi parecer, cierto cambio legal que, si llegara a establecerse, ejercería una influencia enorme en aclarar la presente situación y daría gran impulso al desarrollo de ideas definidas y normas válidas. Me refiero al movimiento iniciado en esta nación por Mr. Lévinson, eminente abogado de Chicago, para proscribir la guerra. Bajo las regulaciones actuales del derecho internacional la guerra es legal. No existe, a la verdad, cosa más ilegal que la guerra, excepto aquellas guerras que generalmente se consideran justificables desde el punto de vista moral: las guerras internas de liberación. No solamente se considera legal la guerra, según el derecho internacional: constituye el método *más* autorizado para arreglar violentas disputas entre las naciones. Acudir a la fuerza organizada es la *ultima ratio* de los estados. Este hecho representa con mucho el mayor abismo que existe en cualquier esfera de la vida entre el sentimiento moral y la práctica autorizada. Con respecto a desavenencias menores hay métodos ordinarios de arreglo en que la ley interviene como único factor. Hay leyes, tribunales y procedimientos forenses para conciliarlas. No espero que las causas de disputa desaparezcan entre naciones, como no puede esperarse que desaparezcan entre individuos. Pero no es permitido ya a los indivíduous resolver sus disputas riñendo guerras privadas; aun en los casos en que el honor se halla en juego, el duelo ha quedado proscrito.

No comprendo cómo todo aquel que confronta la situación puede evadir el convencimiento de que la legalidad de la guerra constituye la anomalía mayor que existe actualmente en la moral del mundo.

En tanto que esta anomalía persista, el sentimiento moral está en contradicción consigo mismo: hay una doble norma de ideas morales que provoca conflictos casi inevitables, obligando al individuo a elegir entre una beligerante lealtad a su propia comunidad y un inerte pacifismo que raya

casi en pasividad moral. La proscripción de la guerra, como método de arreglar disputas nacionales bajo cualesquiera circunstancias, con la institución correspondiente de tribunales investidos de jurisdicción completa en disputas que pudieran conducir a la guerra, y funcionando bajo un código hondamente meditado, pondría fin a este fatal dualismo moral.

La comunidad de sentimiento moral existe aun entre quienes profesan diferentes creencias intelectuales sobre la moral. La exclusión de la guerra ofrece un centro común para la expresión de esta comunidad de emociones y deseos morales. Una ley internacional contra la guerra produciría sobre la moral con respecto a las relaciones internacionales el mismo efecto condensador, precipitante, cristalizador, que la ley ha producido dondequiera en su desenvolvimiento histórico. Es la culminación lógica del histórico desenvolvimiento de los tribunales como instrumento para el arreglo de disputas; mientras no se llegue a este punto, la influencia del sentimiento moral estará dividida y diseminada.

Esta proposición no implica necesariamente la eliminación de las guerras. La ley no ha evitado la comisión de crímenes; es posible que aunque la guerra sea considerada un crimen se haga uso de ella todavía. Mas la persona que juzgue ineficaz una ley que proscribiera la guerra en vez de admitir su legalidad, tiene un concepto peculiar de la historia y de la naturaleza humana. Cierto antiguo proverbio afirma que aquello que el soberano permite, lo ordena. No es necesario tomar a la letra este proverbio para reconocer que la existente sanción legal de la guerra le otorga una sanción moral que al cabo contribuye a fomentar la guerra. Aquello que la ley autoriza ejerce influencia poderosa en determinar las ideas y aspiraciones morales del común de la humanidad. Lo que afirmamos aquí principalmente es que hasta tanto que la guerra no se haya proscrito por acción internacional conjunta, no habrá posibilidad de que los sentimientos morales funcionen eficazmente en las relaciones internacionales, y casi ninguna esperanza del rápido desenvolvimiento de un grupo de ideas morales coherentes y ampliamente aceptadas que ejerzan acción eficaz en la determinación de las relaciones internacionales. La primera medida para elevar la moralidad internacional es proscribir la guerra. Mientras no se adopte esta medida, no veo probabilidad de que cualquiera otra de las que puedan sugerirse para mejorar las relaciones internacionales obtenga el beneplácito general o sea de ejecución practicable.



EL ALGODÓN Y SU HISTORIA

POR

C. A. CARRIÈRE

El algodón es uno de los principales factores materiales de la civilización contemporánea y desempeña un papel de importancia tanto en las artes de la paz como en las de la guerra. Este artículo es un sucinto esbozo de los orígenes y desarrollo del cultivo del algodón y de su explotación industrial en los Estados Unidos.—LA REDACCIÓN.

DESDE el punto de vista comercial, el algodón ocupa el primer puesto entre las principales materias primas del mundo. Su origen se pierde en la antigüedad de los tiempos. No cabe duda, sin embargo, de que es oriundo del Asia, de la porción más antigua del Viejo Mundo habitada primero por los hombres. Fué quizás una de las muchas plantas que adornaron el jardín del Edén. ¿Quién sabe? La palabra "algodón" es el vocablo arábigo *alghoton*. Los ingleses la asimilaron a su idioma desde que llegaron a la India. Es cierto que los antiguos hebreos conocían el algodón, puesto que *charpas*, el vocablo oriental con el cual se le designa, aparece en el libro de *Ester*, capítulo primero, versículo sexto, en la siguiente frase: "El pabellón era de blanco, verde y cárdeno, tendido sobre cuerdas de lino y algodón."

Herodoto, "el padre de la historia," describió, cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de Jesucristo, un árbol silvestre de la India que da un fruto cuyo contenido es semejante a la lana, y con el cual los nativos fabricaban una tela duradera y de hermosa apariencia.

Marco Polo, el célebre viajero italiano, en su libro famoso por la descripción que en él hizo del Asia, mencionó, entre las más bellas cosas que deleitaron sus ojos, "un árbol de algodón de seis yardas de altura que conservó su fecundidad durante veinte años."

Plinio asegura que el algodón era conocido en el Egipto Superior y lo describe como un árbol que produce lana. Por datos históricos sabemos que el ejército de Jerjes estaba vestido con telas de algodón. Los antiguos griegos no tuvieron noticia de esta preciosa planta; fué sólo al cabo de muchos años cuando vinieron a desarrollarse sus conocimientos acerca del algodón.

Los chinos lo cultivaron centenares de años antes de que aprendieran a usarlo. Gracias al comercio que mantenían con los moradores de la India, aprendieron pronto los variados usos de este opimo fruto. Los árabes introdujeron el algodón en España en el siglo décimo. Sólo en el siglo dieciséis es cuando viene a encontrarse mencionado el algodón en Francia.

Cómo y por qué medio o conducto vino el algodón al continente americano es cosa que se ignora. Cuando Colón en su juventud soñaba con el Nuevo Mundo, es posible que los nativos de la India que llegaron a América por esa misma época, con las corrientes del océano y el soplo de los vientos por únicos guías, tuvieran la precaución de traer consigo algunos productos de su tierra natal. Puede asegurarse que, de las fecundas plantas que han contribuído a la gran prosperidad de los Estados Unidos, el algodón se lo debemos a los indios.

Cuando Colón desembarcó en la isla de San Salvador, vió que el algodón se daba allí en abundancia, y los indios le informaron que con su borra hacían hilo y con este hilo fabricaban redes y hamacas. Colón y sus compañeros cambiaron algunas de sus bujerías por unos rollos de ese hilo. Por consiguiente, puede decirse sin vacilaciones que los aborígenes de América usaron artículos de algodón en el primer trato comercial que se hizo entre el extranjero y el continente americano.

Cuenta la historia de la conquista de Méjico que cuando Cortés llegó a aquella tierra encontró que los mejicanos usaban

trajes hechos de algodón. Entre los presentes que Cortés le envió al emperador Carlos V figuraban mantas de algodón, unas blancas y otras pintadas de diversos colores, tapicerías, asimismo de colores variados, y alfombras de algodón.

No se sabe con exactitud cuándo ni por quién fué introducido por primera vez el algodón en Mississippi y en Louisiana, si bien se supone que lo trajeron de Santo Domingo los primeros colonos franceses. Es muy probable que el cultivo del algodón para el consumo doméstico fuera en esos estados anterior a su cultivo en Georgia.

Leemos en autores bien informados que en 1721 se hicieron grandes esfuerzos por cultivar el algodón en Virginia. La primera exportación digna de mencionarse, que consistió en ocho balas con un peso de quinientos cuarenta kilogramos, se hizo del estado de Virginia en 1784.

Cuando el jesuíta François-Xavier de Charlevoix, explorador de nota, visitó a Natchez en 1772, fué recibido cortésmente por Sieur Le Noir, un colono, y hablando de la visita que hizo al huerto de Le Noir, menciona el algodón como una de las plantas que allí admiró.

En uno de sus relatos, fechado en abril de 1735, Bienville habla del cultivo del algodón, calificándolo de "benéfico para el país."

El juez Martin, el famoso historiador, cita un pasaje de una comunicación del gobernador de Vaudreuil para el ministro francés en 1746, en la cual se alude al algodón como uno de los productos que se recibían en los buques que bajaban todos los años a Nueva Órleans. Fué bajo la administración de Vaudreuil en 1750 cuando se hizo el primer embarco de algodón.

En 1758, Louis XV, rey de Francia, solicitó informes que dieran pábulo a las magníficas promesas que ofrecía Louisiana. A fin de que el monarca y el pueblo de Francia pudieran juzgar de las ventajas comerciales y de las riquezas de Louisiana, escribió su historia Lepage du Pratz. En ella, al referirse al algodón, dice:

> El algodón que se cultiva en Louisiana es una de las especies del algodón blanco de Siam; aunque no es tan suave ni tan blanco como el algodón de seda, es, sin embargo, extremadamente blanco y fino y puede usarse con provecho. El algodonero no llega a la corpulencia de un árbol, como en la India, y es más productivo en los terrenos bajos que en los elevados.

También dice que, después de cogido del árbol el algodón, los muchachos se encargaban de limpiarlo de semillas: proceso lentísimo y tedioso, pero que constituía para ellos más una diversión que un trabajo. Deduce que este hecho contribuía no poco a estorbar que se extendiera el cultivo del algodón, obligando a desistir de ese cultivo a los moradores de Louisiana. Esta dificultad le sugirió la idea de buscar un modo práctico de separar las semillas, de donde se originó el uso de la desmotadora, y declara que estas circunstancias le proporcionaron la oportunidad de inventar un aparato de esa clase. "Las desmotadoras que se usan," escribe, "son harto costosas; la mía está hecha de madera ordinaria y es muy fácil de manejar. Hice un experimento que resultó satisfactorio. He enseñado a manejarla a dos vecinos, quienes se mostraron muy complacidos y prometieron usarla, siempre que yo en persona dirigiera su construcción."

El relato de Lepage du Pratz nos translada a la época en que lo escribió, o sea a los primeros días de la colonia francesa de Louisiana. El célebre historiador, cuando estuvo en Nueva Órleans, conoció bastante a Bienville, y hay razones para creer que los documentos auténticos de que dispuso se los suministró el "Padre de Louisiana."

Este relato demuestra que las desmotadoras se usaron antaño. Sabemos de una, inventada por Debreuil, que comenzó a usarse en Louisiana desde 1750. Lo cierto es que para 1769 el algodón era un importantísimo producto de ese estado, pues leemos en la historia de Gayarre que O'Reilly, a la sazón gobernador español de Nueva Órleans, instó al gobierno de la metrópoli a que permitiera el libre cambio de mercaderías entre España y sus colonias y, en especial, Nueva Órleans.

Vendría a cuento aquí dar una noticia acerca de los notables adelantos y mejoras introducidos en las máquinas que se usan para separar el vellón de la semilla. Puede mencionarse, como anterior a la desmotadora de algodón de Eli Whitney, un invento de James Hárgreaves, quien, en 1764, fabricó en Nottingham, Inglaterra, un artefacto

conocido con el nombre de "torno de hilar," el cual consistía en ocho husos y una rueda horizontal a la que puso el nombre de "telar de algodón." Más tarde, por el año de 1878, Ríchard Árkwright de Preston, Inglaterra, construyó una máquina conocida como "máquina de hilado continuo," en la cual introdujo mejoras considerables en 1775. En 1779, Samuel Crompton de Bolton, Inglaterra, inventó una máquina que tenía semejanza con el telar de Hárgreaves y con la máquina de Árkwright, a la que puso el nombre de *mule* [mula].

Las primeras desmotadoras usadas en Georgia fueron las de pie o de cárcola, las cuales se supone que procedían de las Indias occidentales. Un tal Eaves introdujo en 1790 otra que resultó mucho más eficaz que la de pedal y que se movía por medio de fuerza hidráulica o de caballos, mulas o bueyes. En la Carolina del Sur fué donde primero se empleó el rodillo de mano, pero también se usaba de cuando en cuando una desmotadora llamada "de cilindro."

Luego, en 1793, se conoció la desmotadora de algodón de Eli Whítney. Creo necesario decir dos palabras acerca de este hombre genial. Nació en Massachusetts en 1776; se graduó en el Yale College; y después de graduado aceptó el cargo de preceptor privado que le ofreció una familia en el estado de Georgia. No congeniando con sus deberes de preceptor, dejó el cargo y dedicóse con ahinco al estudio del derecho. Fué durante su residencia en Georgia cuando comenzó la obra que había de inscribir su nombre entre los de los grandes inventores del mundo. Lord Macáulay dijo de Eli Whítney: "Lo que Pedro el Grande hizo para convertir a Rusia en una nación poderosa, lo ha sobrepujado el invento de Eli Whítney en cuanto a la potencia y al adelanto de los Estados Unidos." Jamás podrá ensalzarse lo bastante a este hombre de fama inmortal. El sur de los Estados Unidos le debe mucho de su riqueza y prosperidad.

El algodón es la más importante de las plantas textiles. Los botánicos lo designan con el término genérico de "*gossypium* Peruvian,"[1] perteneciente a la clase de las malváceas. Es una planta indispensable, porque las diversas industrias comerciales necesitan una enorme cantidad de algodón. Se le usa para vestir a la mayor parte de la humanidad, para fabricar algodón de pólvora, diferentes explosivos y municiones, y se le dan muchos otros empleos, demasiado diversos para enumerarlos en este artículo.

Nada sería tan interesante como seguir la evolución del algodón, desde que se hace la siembra hasta que nacen las flores y aparece la cápsula; desde que se coge en la planta hasta que se le devana; desde que se le embala hasta que se le lleva al mercado y va de allí a poder del que ha de usarlo. He aquí una descripción sumaria de las especies de algodón y de las plantas que lo producen: la planta que generalmente se cultiva en los Estados Unidos tiene tamaño de arbusto, por lo común de uno a dos metros de altura; en un suelo sumamente fértil alcanza una altura de tres metros; en la India, el Brasil y el Perú se da espontáneamente, es perenne[2] y se le llama el "arbol del algodón."

Las variedades originales del algodón que se conocen son: el herbáceo o algodón de hierba; el hirsuto o algodón peludo; y el arborescente o árbol del algodón.

En los Estados Unidos se dan esas tres especies de algodón: nuestro algodón de las tierras altas proviene de las primeras dos variedades, y el que se cultiva en el litoral del sur de los Estados Unidos pertenece a la tercera, pero de éste último la cantidad que se cultiva es pequeña.

La planta de algodón consta de un tronco recto del cual brotan las ramas. De éstas, las más largas están cerca de la base de la planta y las más cortas en lo alto de la copa: disposición que le da una forma de pirámide. Las hojas son anchas y dentelladas, por lo común tricótomas, y varían algo de tamaño y de forma, aun las de una misma planta. Las flores, grandes y hermosas, son acopadas y tienen de cinco a siete centímetros de longitud. En la mañana en que abren ostentan un color de crema pálido, que se cambia al siguiente día en rosado; y luego van cerrándose gradualmente, durante uno o dos días más, hasta que se marchitan y caen.

[1] Así en el original, aunque no existe tal nombre científico, y es la especie *Gossypium Barbadense* la que se cultiva con muy buen resultado en el Perú.—La Redacción.

[2] Perennes son todas las especies de algodón. En la zona templada, por estar fuera de su habitación natural, suelen perder ese carácter.—La Redacción.

La corteza, dentro de la cual están contenidas la simiente y la borra, se llama "la cápsula." Cuando la cápsula está bien madura se abre, dejando al descubierto el pericarpio membranoso al cual están adheridas las vedijas fibrosas, o sea la borra. El algodón no se coge de la planta sino cuando la cápsula está bien abierta, lo que permite que el sol y el aire maduren la fibra. La fibra más larga es generalmente la más fina y se usa en la fábrica de los más preciados artículos de algodón. Después de la fibra, la parte más valiosa es la semilla. Los Estados Unidos consumen anualmente tantos millones de toneladas de semillas como millones de balas de algodón.

Las mejores semillas se apartan para la siembra anual; y el resto se envía a molinos especiales donde se le extrae el aceite, y la pasta que forma el remanente se usa como pasto de vacas y ovejas. Las semillas y la pasta suelen emplearse como abono.

El algodón de hebra corta, que se cultiva en las tierras altas de los Estados Unidos, y las variedades de hebra larga constituyen la mayor parte de nuestra cosecha. El algodón del litoral del sur, que es superior, por la extensión y por la calidad de la fibra, se emplea en la fabricación de buenos tejidos y de costosos encajes. Su cultivo está circunscrito a unos cuantos estados ribereños del Golfo de Méjico, y sus principales zonas de cultivo se encuentran en la Carolina del Sur, Alabama, Georgia, Florida y la Salton Baisin. En Louisiana no se introdujo esta clase de algodón sino cuando el estado fué admitido en la confederación. Louisiana posee muchos terrenos fértiles y brinda especiales incentivos a los plantadores de algodón del estado; sus condiciones climatológicas le dan ventajas especiales que no posee ningún otro de los estados de la Unión. Ni existe comarca tan ventajosamente situada para este cultivo, pues la madre naturaleza le ha concedido espléndidas riquezas y dones. Además del algodón del sur, hoy día se cultiva con buen éxito en Louisiana el algodón de Siam.

Sigue luego, por la calidad de la fibra, el algodón de Egipto, del cual existen dos variedades: la de borra blanca y la de borra parda. La lujuriante vegetación de esta valiosa planta embellece el valle del Nilo. A los Estados Unidos se importan todos los años varios millares de balas de algodón egipcio que se emplea en la fabricación de artículos a los cuales, por medio del procedimiento de Mércer, se les da el brillo de la seda.

El algodón puede cultivarse en cualquier terreno, siempre que se le fertilice con la debida cantidad de abonos. La preparación de un terreno para la siembra de algodón es costosa. Es preciso poner bastante esmero al labrar la tierra, si se desea obtener resultados satisfactorios. En febrero y marzo comienza la época de la aradura, la cual consiste en formar surcos y caballones en el terreno. El arado debe penetrar a ocho a diez centímetros de profundidad, si bien una profundidad de quince a veinte centímetros es la que se considera como una buena preparación, pero debe llegarse a ella por aumento paulatino, es decir, arando unos ocho centímetros más hondo cada año, hasta llegar a la profundidad requerida. En la región central de los estados del Golfo de Méjico y en los que están situados cerca del mismo golfo, la siembra empieza a mediados de marzo o en abril. En los surcos profundos se colocan, dispuestas en hileras, las semillas, que son redondas y negras y más o menos del tamaño de un guisante: operación que puede hacerse con la mano o con un instrumento. En seguida se tapan las simientes con la tierra removida.

La cogida es el proceso más costoso del cultivo del algodón. La mayor parte de la recolección se hace a la mano, y generalmente se principia en agosto y dura hasta noviembre. Cuando llega esta época, casi toda la gente de los contornos se dedica a la tarea: hombres, mujeres y niños. El algodón se reúne en sacos o en canastos, que se vacían de tiempo en tiempo en un carro estacionado cerca.

Luego viene la operación de desmotarlo, que se realiza por medio de máquinas de vapor, las cuales separan las fibras de las semillas. Al terminar esta operación, el algodón queda listo para embalarlo.

Existen dos tipos principales de desmotadoras: las de rodillo y las de carda. Las primeras se usan para desmotar el algodón del sur y todas las demás variedades de fibra larga; y las últimas, para desmotar las variedades de fibra corta.

Después que se le ha despojado de las semillas, se mete el algodón en prensa y se le empaca, ordinariamente en balas de doscientos cuarenta kilogramos cada una. La parte de la cosecha que se destina a la exportación se lleva a comprimir a establecimientos especiales, donde se le reduce de volumen sometiéndolo a una alta presión.

El precio del algodón lo determina la calidad de la fibra. La clasificación del algodón es un estudio arduo y se requieren esfuerzos perseverantes para llegar a ser un experto tan competente que le baste una ojeada para reconocer la fibra más valiosa.

Según la clasificación comercial corriente existen siete clases principales de algodón, a saber: fino, medianamente fino, bueno, medianamente bueno, mediano, mediano inferior y ordinario.

La calidad de la fibra depende, sobre todo, de su longitud. La fibra blanca como la nieve y la de color crema muy claro son las que tienen más demanda.

Para formarse una idea del tremendo incremento del cultivo del algodón, debido en gran parte al invento de Eli Whítney, deben tomarse en cuenta los guarismos siguientes: el marqués de Pontalba presentó en 1800 una memoria al emperador Napoleón, según la cual se exportaron en 1799 por la ciudad de Nueva Órleans doscientas mil libras, o sea cuatrocientos fardos de algodón. La desmotadora de Whítney, inventada en 1793, empezó a ser de uso general a los comienzos del siglo diecinueve. En 1802, las exportaciones de algodón por Nueva Órleans fueron de tres millones de kilogramos o sea de doce mil balas. Para 1850, poco antes de la guerra civil, esta cifra se había aumentado a 178,737 balas, y el algodón se había convertido en un factor comercial de primer orden. En 1890 las exportaciones por el puerto de Nueva Órleans llegaron al enorme total de 604,661 balas. Desde esa fecha ha habido un incremento continuo, de casi cien mil balas por año, y en 1910 la exportación fué de 2,351,660. A pesar de la guerra universal, cuya influencia disminuyó todas las exportaciones, el año de 1920 arrojó un total de 3,876,630 balas exportadas; y el de 1921, un total de 2,950,000.

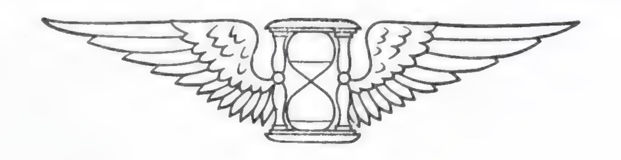
Con el aumento de su producción, ha corrido parejas el desarrollo de las facilidades para la manipulación de este "rey de las cosechas." Sería oportuno hacer aquí una reseña de los notables progresos y mejoras introducidos en los almacenes de algodón de Nueva Órleans. Esta ciudad se encuentra más cerca del centro de gravedad de la producción algodonera que cualquier otro puerto, situada, como está, a la desembocadura del mayor sistema de vías fluviales del mundo.[3] Las ventajas comerciales e industriales de su puerto explican cuánto conviene que la dirección y manejo de esos depósitos de algodón corra a cargo del Board of Commissioners del puerto de Nueva Órleans.

Una de las funciones de mayor importancia de los almacenes de Nueva Órleans y de la estación terminal es hacer del puerto un mercado central para el algodón. Los compradores del interior pueden enviar su algodón a esos almacenes, donde se les permite depositarlo a la orden de los compradores, e idénticas facilidades se les ofrecen a los cosecheros, para que almacenen su algodón hasta que les parezca conveniente venderlo.

Los almacenes y los depósitos de las estaciones terminales tienen una capacidad de dos millones de balas por año. El algodón llega allí todos los días por ferrocarril y directamente en los vapores del Mississippi y en los que proceden de otros puertos del golfo.

Aunque esos almacenes se construyeron con el principal propósito de depositar allí el algodón, son bastante capaces y sirven para almacenar otros productos cuando sobreviene una congestión en alguna parte de los muelles.

[3]Al decir esto, la autora se muestra más patriota que geógrafa, puesto que, en cuanto a extensión, no cabe comparación entre el sistema fluvial del Mississippi y el del Amazonas.—La Redacción.



LA CIENCIA Y EL ALMA

POR

VERNON KÉLLOGG

La eterna cuestión de la existencia de Dios y del alma humana, examinada desde el punto de vista de un hombre de ciencia, lleva al autor a sacar la misma conclusión a que llegaron los agnósticos: que existen conocimientos inasequibles para la inteligencia del hombre, por hallarse ésta, tal como es, sometida a irremediables limitaciones.—LA REDACCIÓN.

EN UNA carta fechada el 28 de noviembre de 1770 y dirigida al príncipe Fríedrich Wílhelm de Prusia, el anciano Voltaire, hombre de ingenio agudo y de lengua cáustica, escéptico, aunque no ateo, decía:

Es verdad que no sabemos a ciencia cierta qué es el alma, y que nadie la ha visto jamás. Todo cuanto sabemos es que el eterno Señor de la naturaleza nos ha dado la facultad de pensar y de conocer la virtud. No está probado que esta facultad subsista después de nuestra muerte, pero tampoco está probado lo contrario. Es posible, sin duda, que Dios haya concedido el pensamiento a una partícula a la cual, cuando hayamos dejado de vivir, seguirá concediendo todavía la facultad de pensar: no hay falta alguna de lógica en esta idea.

En medio de todas las dudas que hemos discutido de cuatro mil maneras distintas durante cuatro mil años, el camino más seguro es no hacer nada que vaya contra nuestra propia conciencia. Con este secreto podemos gozar de la vida y no temer nada de la muerte.

Algunos charlatanes no admiten las dudas. . . . La duda no es una condición agradable, pero la certidumbre es una condición absurda. . . . Aun en la sima de nuestra profunda ignorancia procedamos siempre lo mejor posible.

Si ésta era la conclusión y el credo de aquel sagaz anciano, que escribió esa carta cuando tenía setenta años de edad, después de estudiar el resultado de una discusión de cuatro mil años, sostenida de cuatro mil maneras diferentes, ¿cuál será nuestra conclusión después de oír ciento cincuenta años más de discusiones, sostenidas tal vez de unas cuantas maneras más?

Según el concepto popular, la creencia en el alma implica la creencia en Dios; y la ciencia, según el mismo concepto, implica la negación de Dios. De aquí que el vulgo tenga al hombre de ciencia por un hombre que no cree en el alma. No me parece buena la deducción, aunque, como es claro, en esta discusión y en la actitud que adopte en ella el hombre de ciencia, importa esclarecer qué es lo que se entiende por "alma." Creo que en la definición del alma que dan algunas personas constituye un punto esencial considerarla como algo emanado de Dios. Los hombres de ciencia que no creen en Dios no creerán, en tal caso, en esa especie de alma.

En realidad, al contrario de lo que supone el vulgo, muchísimos hombres de ciencia creen en Dios. Sería mera obra de imaginación, pues ignoro que haya censos adecuados sobre el asunto, tratar de calcular la proporción de los hombres de ciencia, la proporción, digamos de los nueve mil hombres de ciencia que aparecen enumerados en la obra *American Men of Science* [Hombres de ciencia de los Estados Unidos] por Cattell, que creen en Dios. Pero existen pocas iglesias en cualquiera ciudad de esta tierra donde, todos los domingos, no se vea a los hombres de ciencia sentados al lado de otros que no lo son, escuchando la palabra, más o menos inspirada, de un predicador, sacerdote cristiano o rabí judío. Y no van a sentarse allí por hipocresía, o, a lo menos, no hay entre ellos más hipócritas que entre sus cofrades que no son hombres de ciencia.

Voltaire, quien, no sé por qué motivo, goza de una reputación de archiateo, probablemente porque fué enemigo de la teología doctrinal, creía en Dios, como lo atestigua su citada carta al príncipe de Prusia y como lo revelan muchas otras de sus cartas, escritos y expresiones. En otro pasaje de esa carta mencionada, cita el famoso epigrama que él mismo escribió: "Si no existiera Dios, habría que inventarlo."

Y luego prosigue diciendo: "Pero toda

la naturaleza proclama que existe, que *es* una suprema inteligencia, un poder inmenso, un orden admirable, y todo nos enseña que dependemos de él."

Voltaire combatió con tanto vigor y acritud la persecución católica y la intolerancia calvinista, primero en su tierra nativa de Francia y después en su tierra adoptiva de Suiza, que, en su misma época, cuando se creía que combatir a la iglesia, aun en sus funciones menos pías, era combatir a Dios, llegó a considerársele como una especie de Lucifer en forma humana. Y así, como un archiateo, ha llegado hasta nosotros, que hemos aceptado dócilmente la opinión de sus enemigos.

También a la ciencia, por haber rebatido algunas de las enseñanzas u opiniones de los padres de la iglesia, se le achaca, sin más ni más, que niega a Dios y, por una transición fácil, que niega el alma. Pero conozco a muchos hombres de ciencia que, si se les preguntara lo que creen acerca de Dios y del alma, se mostrarían dispuestos a repetir las palabras dirigidas por el anciano Voltaire al príncipe de Prusia, hace ciento cincuenta años, como la más exacta definición de su actitud presente. Otros aceptarían quizá lo que dice Voltaire acerca del alma y de su inmortalidad, pero negándose tal vez a aceptar su declaración de que Dios debe existir, o de que el "inmenso poder" y el "orden admirable" de la naturaleza demuestran necesariamente la existencia de Dios.

Aquí en este lugar de la Sierra Nevada donde escribo, veo y siento en torno mío el inmenso poder de la naturaleza, pero mi educación y mi vocabulario de hombre dedicado al estudio de las ciencias naturales me inducen a describir ese poder empleando términos de fuerzas físicas y químicas que acepto como partes de la naturaleza existente y que son incidentes en la existencia del mundo. Cómo llegó a existir el universo es cosa que está fuera del alcance de mi conocimiento, y que no tengo esperanzas de llegar a conocer tampoco, por más que interpreto gran parte de sus formas, de sus métodos y de su historа como resultado de esas fuerzas físicas y químicas que son sus atributos fundamentales y axiomáticos.

De un modo análogo, mi vida de naturalista me ha revelado mucho del orden admirable de la naturaleza, junto con otro tanto que es desorden, a lo menos si se le considera desde el punto de vista de la razón humana. Acaso, en vez de desorden, debería decir discordancia, derroche y crueldad, tres elementos que denotan desorden antes que orden admirable, todo lo cual no nos revela a Dios, si Dios es lo que los hombres concebimos que ha de ser la divinidad, *por la enseñanza de nuestro espíritu.* Esto me lleva a volver de nuevo al alma y a las hermosas frases de Voltaire:

> Es verdad que no sabemos a ciencia cierta qué es el alma, y que nadie la ha visto jamás. Todo cuanto sabemos es que el eterno Señor de la naturaleza nos ha dado la facultad de pensar y de conocer la virtud. . . . En medio de todas las dudas que hemos discutido de cuatro mil maneras distintas durante cuatro mil años, el camino más seguro es no hacer nada que vaya contra nuestra propia conciencia. Con este secreto podemos gozar de la vida y no temer nada de la muerte.

Cuando quiera y como quiera que hayamos adquirido el alma, el hecho es que la poseemos. Por diversos que sean los significados y definiciones del alma, según las diferentes clases de personas que empleen la palabra, esas definiciones tienen de común lo suficiente para infundirnos la seguridad de que todos hablamos, a lo menos en parte, de una misma cosa. Todos tenemos la certidumbre de poseer una conciencia, un concepto de la virtud, algo que formula ideales, algo que engendra compasión y piedad, algo que produce admiración ante el hombre que sacrifica a la justicia el triunfo material y que tiene la visión, que se empeña en realizar, del progreso de la raza y de la sociedad hacia ideales determinados, como dice J. Árthur Thomson, por nuestra conciencia de raza.

No es difícil para el biólogo y el sociólogo trazar un esbozo plausible de la evolución de los instintos animales basándose en la ventaja o conveniencia de la raza o de la especie, como el cuidado de los hijos, la lealtad mutua de las parejas y de los individuos pertenecientes a un mismo grupo, como en las hormigas y en las abejas y avispas sociales, y la ayuda recíproca general, como se ve en los animales asociados, simbióticos y comunales, instintos animales

que se transforman en algunas de las virtudes altruístas del género humano. Las abejas obreras trabajan hasta la muerte recogiendo el alimento para sus compañeras de la colmena, para las crías y para la reina. Las hormigas obreras se consagran a velar con el mayor cuidado por los huevos, las larvas y las ninfas del hormiguero. Las termitas guerreras no hacen más que defender a las obreras ciegas e indefensas de la comunidad. La ayuda mutua es un factor biológico de ventaja en la vida de muchos animales, y tiene más importancia, en muchos casos, que la lucha recíproca. Y todos estos instintos biológicos, unidos al principio de la ayuda mutua, pueden haber sido la base del desarrollo de las prácticas del altruísmo entre los hombres. Pero el alma humana encuéntrase tan lejos, tan por encima y fuera de esos instintos, que la mayor parte de los hombres, inclusive la mayor parte de los espíritus científicos, no se satisfacen con considerar tales prácticas como prolongaciones cuantitativas del altruísmo animal.

Esta "alma" de los animales inferiores tiene su justificación natural, o su genuina razón de ser, en las ventajas biológicas materiales que proporciona a las especies que la poseen. Es claro que las ayuda a mantener la vida y a reproducirse y, por consiguiente, a conservar las especies. La producción y el cuidado de las crías hasta el momento en que estas crías pueden vivir por sí solas, denota en los animales, en proporción cada vez mayor, según que las especies van ocupando un lugar más alto en la vida animal, un comportamiento que se asemeja más y más a muchas virtudes comunes en el hombre. Algunos biólogos y sociólogos han visto en esto, como ya lo dije, una prueba suficiente de que todo altruísmo humano procede, por desarrollo, de este altruísmo animal.

Dos elementos de importancia distinguen, sin embargo, el "alma" humana del "alma" animal. El uno es nuestra conciencia de lo que llamamos alma; y el otro es que la ventaja biológica no constituye su justificación ni su causa. Todos podemos ver la ventaja biológica que resultó para el hombre de adoptar como especie—no es necesario que fuera conscientemente y, en realidad, es casi seguro que fué inconscientemente, en los primeros períodos de la existencia humana, medio millón de años ha—el principio de la ayuda mutua, contrario al principio de la implacable lucha personal. Pero no acertamos a distinguir la ventaja biológica que nos dan la conciencia, los ideales y las virtudes superiores. La conciencia personal, los ideales y aspiraciones personales y la virtud personal, que son ajenos a la ventaja biológica, convierten el alma humana en algo cualitativamente distinto del "alma" animal. Al mismo tiempo y por el mismo motivo le plantean al poseedor de esa alma problemas tremendos. ¿De dónde y cómo vino el alma? ¿Es parte del cuerpo material del hombre y está destinada a extinguirse cuando determinado músculo cese de funcionar? O ¿es algo que reside temporalmente en el cuerpo o un atributo del cuerpo que la muerte liberta? Y por último, para creer en el alma, ¿hay que creer en Dios?

Una respuesta afirmativa a esta última pregunta presupone desde luego que la contestación a la primera pregunta es: El alma le viene al hombre de Dios; Dios la creó.

En la dilatada discusión sobre el hombre y sobre Dios a que alude Voltaire al hablar de "las dudas que hemos discutido de cuatro mil maneras distintas durante cuatro mil años"—discusión que perdura todavía, tan seria e incesante como siempre—una de las explicaciones del alma más aceptada generalmente ha sido la siguiente: Dios creó el alma y la infundió en el hombre así como creó todo lo demás del hombre, de la tierra y del universo. Si una persona puede creer entera y honradamente en algo como la creación literal del hombre, la tierra y el orbe, de ello se sigue sencillamente que esa persona no se inquietará más con el problema del origen del alma.

Pero muchos de los que creen en Dios y saben que poseen un alma no aceptan hoy esa explicación del origen del hombre, de la tierra y del mundo en sus respectivas formas actuales. Se dicen a sí mismos, no con mucha claridad, pero con algún consuelo producido por la rebelión a un tiempo instintiva y razonada contra la primera explicación ingenua de las cosas, que Dios dispuso ab initio el origen y el plan de la evolución del hombre. Y en seguida se

dedican a la tarea de trazar, por medio del estudio de la astronomía, la física, la química, la geología y la biología, el interesante curso de la evolución.

Pero, ¿qué decir del desenvolvimiento o evolución del alma humana? ¿Dónde y cuándo fueron sus orígenes? Y ¿qué era el alma en los días primordiales? El universo estaba formado al principio por gas, para no retroceder más lejos, o por movimiento impetuoso que parece persistir todavía, y la tierra era en los comienzos una masa incandescente, y el hombre en sus orígenes un bruto de reducido cerebro, quijarudo y cubierto de abundante vello. El universo, la tierra y el hombre han cambiado, todos tres; han progresado; han estado sujetos a una evolución continua que todavía dura. Pero, ¿qué diremos del alma? Si el altruísmo animal no fué su origen, ¿cuál fué entonces?

Al hombre de ciencia le gusta ver, oír, oler, gustar y tocar las cosas; le agrada que éstas sean mensurables; le gusta conocer las condiciones en que existen las cosas y acaecen los fenómenos; se complace en observar que, cuando vuelven a concurrir las mismas condiciones, se presentan de nuevo las mismas cosas y de nuevo ocurren los mismos fenómenos; le gusta producir estas condiciones experimentalmente y poder cambiarlas, a fin de notar los cambios consiguientes de los fenómenos. Es en estas circunstancias cuando se siente algo seguro del universo . . . y de sí mismo. Este linaje de estudios y el conjunto de sus resultados son los que constituyen la ciencia.

Mas, por mucho que ello le desagrade, el hombre de ciencia puede aceptar ciertas cosas, convencido por pruebas de otra índole, a menos que se trate de un fanático científico. Hay fanáticos entre los hombres de ciencia, tantos y tan ciegamente fanáticos como entre los eclesiásticos, filósofos y políticos. Pero no son más numerosos, y probablemente lo son menos. Y estos hombres de ciencia que no son fanáticos pueden aceptar y aceptan el alma convencidos por evidencias distintas de las que les proporcionan sus instrumentos de precisión. Tienen la conciencia de que existe el alma y saben que es lo primero entre todas las cosas humanas. Muchos de ellos creen en Dios y lo tienen como lo primero entre todas las cosas que existen o que pueden concebirse. Pero pocos están dispuestos a confesar que todo cuanto puede decirse sobre el problema de cómo y de dónde procede el alma queda dicho en esta breve afirmación: Dios hizo el alma. Saben que están lejos aún de conocer el orden todo de la naturaleza; y por eso se muestran inclinados a aceptar que pueden existir en la naturaleza cosas y fenómenos acerca de los cuales su ciencia no les ha dado noticia hasta ahora. Entre esas cosas encuéntranse la conciencia y el alma. Pero son agnósticos con respecto a cómo y de dónde proceden esas cosas. Quizás algún día consigan conocerlas científicamente, o quizás no lo consigan nunca. Mientras tanto, tienen que creer y someterse, por más que no puedan explicar sus creencias.

Pero esto, naturalmente, los desazona. Es obvio que existen otras cosas que no pueden explicar o de cuya explicación apenas tienen vislumbres; pero la mayor parte de esas cosas pertenecen a distinta categoría. Existen medios manifiestos que permiten estudiarlas y parecen menos místicas. Considérese, por ejemplo, este árbol corpulento, al pie de cuyo altísimo tronco, que se eleva a centenares de pies, me siento a escribir. Este árbol es un pino amarillo, pero aquel otro, que se encuentra a ocho o diez metros de distancia, es un pino de azúcar. Ambos crecen en condiciones aparentemente iguales de lugar, temperatura, humedad y luz. Y, no obstante eso, el uno difiere del otro en la disposición de las ramas, en el carácter de la corteza, de las hojas y de las piñas y en unos cuantos rasgos más: pertenecen a dos clases o especies diferentes de pinos. Y existen, además, otras especies en las cercanías. ¿Por qué difieren? ¿Qué es lo que produce la diferencia de las especies? Ésta era la pregunta de mayor importancia para el espíritu de Darwin cuando escribió *The Origin of Species:* libro en el cual promulgó su explicación científica del problema. Y desde la época de Darwin para acá hemos averiguado otros hechos que nos han revelado algo más sobre las diferencias de las especies. No obstante, todavía estamos lejos de encontrar una explicación general

y satisfactoria de la formación de las especies. Pero hemos conseguido adelantar en nuestro conocimiento de ellas por medio del estudio científico, y lo que hemos averiguado ocupa un lugar perdurable en nuestra comprensión del orden general de la naturaleza. Tenemos que aprender muchísimo más acerca de ese orden de la naturaleza; pero nos damos cuenta de que ya hemos aprendido algo, de que vivimos aprendiendo diariamente más, y tenemos completa confianza en que seguiremos aprendiendo más cada día.

He aquí por qué el hombre de ciencia que cree en el alma, sencillamente porque así se lo dicta la propia conciencia, por más que no puede ver ni medir el alma, y que cree en Dios, se muestra rehacio, sin embargo, a aceptar esta simple afirmación: "Dios creó el alma." Concibe a Dios creando las cosas, pero no de una manera tan llana, tan de improviso, tan acabada como parece indicarlo la explicación de que "Dios la creó." Ve gran complejidad en la naturaleza, no sólo en las cosas y en los fenómenos tales como existen, sino también en el modo como han llegado a existir; y ve que esta complejidad, tanto en su existencia como en el modo por medio del cual adquirieron esa existencia, revela cada día más sus misterios, a medida que se dedican a su esclarecimiento mayor número de investigaciones más intensa y consumadamente científicas.

De modo, pues, que se siente inclinado a decir del alma: Es el mayor atributo del hombre. Sé que existe, pero ignoro de dónde y cómo provino. Querría saberlo y quizás algún día lo consiga. He descubierto otras muchas cosas acerca del hombre; y creo que existen muchas otras más fáciles que debemos tratar de averiguar primero, otros misterios de la naturaleza cuya explicación es más probable que encuentre con mi capacidad y mis métodos actuales de investigación. De modo que, si a alguien se le antoja decir que Dios hizo el alma, no tengo objeción alguna que hacerle. Pero, en cuanto a mí, prefiero declarar por mi parte: Sí; existe un alma, pero ignoro de dónde ni cómo provino esa alma. Como el anciano Voltaire, hace ciento cincuenta años, yo también soy agnóstico.



CHIMENEAS EN EL EDÉN

POR

CHARLES MERZ

He aquí un interesante análisis de la influencia de la maquinaria industrial moderna sobre el espíritu y sobre la conducta del hombre actual y, en general, sobre la civilización contemporánea. A los que preguntan si esta civilización no corre rápidamente hacia su ruina, el autor contesta, si no con afirmaciones optimistas, a lo menos con frases llenas de esperanza.—LA REDACCIÓN.

I

RECIENTEMENTE, en un mismo día, un sastre de Chicago arrojó de súbito su máquina de coser por la ventana de un séptimo piso; el número de ejemplares vendidos de cierta novela cuya acción se desarrolla en una isla del Mar del Sur sobrepujó al de todas las demás que se vendieron en una librería de Boston; y trescientos patriotas de la India inglesa danzaron en torno de una hoguera formada con camisas de dormir británicas.

Estas tres noticias adquieren cierto aire de familia a poco que se reflexione sobre ellas. Son enteramente distintas la una de la otra; proceden de tres lugares distantes y, sin embargo, no dejan de tener cierta armonía. Los patriotas indios quemaron sus camisas de dormir, como nuestros abuelos echaron al agua su te británico, porque estaban en armas contra el sistema político y, más que nada, contra el sistema económico occidental. El sastre de Chicago encontróse, enteramente de improviso, con que era incapaz de hacer, por la diez milésima vez, dos costuras de pantalones, y cogió su máquina y la lanzó con estrépito por la ventana, aun antes de que se diera cuenta de lo que hacía, tan instintivamente como el viajero presa del mareo aparta de sí con la mano una bandeja de viandas humeantes. En cuanto a la novela cuya acción se desarrolla en el Mar del Sur, que tan bien se vendió en Boston y que se vende mucho asimismo en cualquiera otra ciudad, la causa de su venta es quizás que invita a la imaginación a volar del campo de la rutina al de la fábula. ¿Quién puede dudarlo?

El enemigo común, en todos estos tres casos, es nuestra edad de las máquinas. Y aunque no cabe disertar mucho a propósito del salto en la noche de un sastre de Chicago, es evidente que entre ciertas personas la edad de las máquinas comienza a encontrar desertores. Esa deserción la revela unas veces un salto aislado hacia la libertad, otras veces la marcha violenta de patriotas armados en son de guerra; en ocasiones manifiéstase por la acción puramente refleja de "la edad del exceso de máquinas," como durante los días de la guerra, y en otros casos parece el clamor de un malestar implacable que ha venido cobrando fuerzas durante dos décadas. Una escuela de profetas cada vez más convencidos saludan el advenimiento de una nueva rebelión. La llaman "rebelión contra la moderna civilización industrial," "rebelión cont-a el predominio de la maquinaria."

Y donde primero descubren las señales de la rebelión es en el menos ruidoso de todos los grupos, en el exiguo grupo de la familia cuya cabeza es "el hombre de negocios cansado." ¿Quién no ha oído a este caudillo de la era moderna lamentarse del inmutable transcurso de la vida? Días vienen y días van, y el trabajo impone una misma rutina, un mismo tren suburbano a las ocho y media de la mañana, una misma tarea en la oficina hasta la hora del almuerzo, un mismo tren a las cinco y media, de vuelta a casa, por la tarde. "Tengo que cambiar de vida; tengo que pasar una semana en Maine." Y ¡ved cuánta energía se gasta en distraerlo! Centenares de hombres y de mujeres preparan películas de cinematógrafo y fabrican automóviles y buques costaneros que han de navegar por las aguas de Coney Island; de cada tres hombres de negocios cansados, uno tiene un fonógrafo en su casa; hay especialistas que se ocupan en facilitar las veladas de invierno ideando nuevos modos de jugar

juegos antiguos, y nuevos deportes se apresuran a llenar los vacíos entre una y otra temporada de *base-ball*, el cual encuéntrase de tal manera extendido que apenas existe una ciudad de veinte mil almas que no tenga su "liga;" las novelas salen de las prensas con la misma abundancia que los marcos de papel moneda en Alemania; los salones de baile son tan comunes hoy como las cajas de rapé en 1760, con nuevos tangos que se suceden de continuo perennemente; los teatros se multiplican como gérmenes epidémicos; y hay terrenos de jugar el *golf* en toda aldea bastante grande para poder ufanarse de su club de excursionistas o de su bomba automóvil contra incendios.

II

TODO esto se hace principalmente para distraer al cansado hombre de negocios. ¿Se rebelará, a pesar de todo? No, por cierto. Los profetas de la nueva rebelión lo consideran como el último de sus reclutas. Sus quejas son un gruñido sin mordisco; pero el hecho de que gruña es significativo de por sí. Pues él es entre nosotros la última palabra en materia de civilización industrial. Si vive en desasosiego, en medio de su propia tierra encantada, si necesita de estos refinadísimos medios de distracción para ser feliz, ¿qué no les pasará a sus vecinos menos afortunados?

Hay un hombre, por ejemplo, cuya versión de la "monotonía" del industrialismo moderno no consiste en una historia de trenes suburbanos y de rutina oficinesca, esto es, no consiste en la monotonía de las diversas partes de un día, sino en la monotonía que produce el repetir interminablemente, desde la mañana hasta la noche, una operación que sólo dura medio minuto. Yo me he detenido junto al lugar en que trabaja un hombre de cuarenta y cinco años de edad, a quien la civilización moderna no le ha pedido, desde que tenía dieciocho, sino que haga una y otra vez, millares de veces todos los días, una parte pequeña de un pequeño resorte de una pequeña cámara de fotografía. Jamás ha visto ese resorte colocado en su sitio, ni tiene idea de cuál es su uso. Jamás ha tenido en sus manos una cámara fotográfica, ni le gusta tampoco contemplar fotografías. Y allí está, dándole con el pie al pedal de una máquina infatigable que vomita en un día resortes suficientes para colmar un barril.

No estoy seguro de que los profetas de la rebelión se hallen siempre en lo cierto cuando dicen que los trabajadores no podrán sobrellevar eso. Pero hay momentos en que es verdad. El número de trabajadores nuevos que necesitan los industriales de los Estados Unidos para reemplazar a los que se marchan por su cuenta o son despedidos llama a menudo la atención por ser muy grande. Un estudio hecho recientemente en ciento cinco fábricas de todas partes del país, fábricas que tienen un cuarto de millón de obreros, revela que la proporción en que se necesitan esos substitutos es de ciento por ciento anual, lo cual se debe en parte al hecho de que "la repetición continua de un mismo acto resulta a la postre fatigosa."

Escudríñense los informes de los administradores de las fábricas, escúchese el clamor de los trabajadores organizados en sus convenciones anuales, o, mejor aún, háblese con los obreros de una fábrica antes de que suene el pito que señala el término de la tregua que se les da para que almuercen, y se adquirirá el convencimiento de que el proceso de repetición gana a veces para las filas de los descontentos tantos adeptos como los salarios exiguos y las largas horas de trabajo. El obrero descontento, cuyo papel es indispensable en la industria, aparece en primer término, en la mayor parte de las predicciones de rebelión contra las máquinas. Pero no está sólo allí. La rebelión, y de ello están convencidos sus profetas, se ha propagado mucho más allá del taller. Ha invadido el arte, la política y la teoría de la administración. Pintores y escultores se rebelan contra cánones que consideran arbitrarios. Los reformadores políticos dirigen nuevos movimientos en pro de la autonomía de las ciudades, condados y municipios, movimientos que van contra la centralización política, que ha acompañado a la centralización del poder económico. Los políticos teóricos, que son el polo intelectual opuesto de los cansados hombres de negocios y que están inspirados, ¡cosa extraña! por el mismo desasosiego, desarrollan nuevas teorías de "pluralismo," de socialismo de gremio y otras por

el estilo, que sirvan de defensa al hombre, como individuo, contra las demasías de la autoridad.

Ni es solamente en nuestra patria donde se oyen estas protestas. También las hay en el Viejo Mundo. El hecho es que en ciertos lugares la amenaza de rebelión ha pasado ya del período de simple quimera. En estas últimas semanas el corresponsal de *The World* telegrafía de Berlín que "la rebelión contra el industrialismo ha sobrevenido en Alemania a la hora más fatídica para ella." Sugiere que ese problema puede supeditar pronto a todos los demás. "Es una rebelión contra la máquina de la industria, contra la producción intensa, contra el reloj especial que señala la hora de entrada y salida, contra el pito de la fábrica." Más al sur, en los Balcanes, Mr. Álfred E. Zimmern es uno de los muchos observadores competentes que notan que los gobernantes de las naciones, con los ojos fijos en "la influencia desnaturalizadora del industrialismo," vacilan en seguirnos "por la triste senda de nuestra historia del siglo diecinueve." Del lado allá del Bósforo los patriotas turcos de Angora lanzan su desafío contra algo abrumador que denominan "esclavitud al banco del trabajo." Gandhi proclama en la India que nuestra edad moderna es "la edad negra." En China organízanse aquí y allá planes para abstenerse de comprar mercancías occidentales y hasta huelgas en factorías occidentales que han ido a instalarse en China después de recorrer un camino tan largo fuera de la patria. ¿Por qué sorprendernos? El industrialismo moderno ha entrado en China con la lanza en ristre. Seis centavos es el jornal que se paga por trece horas diarias de trabajo en las fábricas de seda de Chifú. Los mineros trabajan diez horas diarias bajo la tierra durante los siete días de la semana, y no es raro el caso de que los vigilantes les propinen una tunda cuando no sacan del socavón la cantidad que les corresponde. Niños hasta de nueve años trabajan en las fábricas de fósforos desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche. No saco estos datos de ninguna fuente china, sino de un informe de la junta de las misiones extranjeras. "En una fábrica solamente," declara ese informe, "ochenta de estos párvulos trabajadores tienen que ir todos los días al hospital a someterse a un tratamiento médico. Los vapores del azufre y del fósforo de mala calidad les dañan los ojos y los pulmones. Esto podría evitarse en mucha parte empleando mejores substancias químicas, pero entonces las ganancias de los propietarios no serían tan pingües."

Existe grandísima diferencia, por supuesto, entre el ardiente esfuerzo que hace por distraerse el cansado hombre de negocios y esta miseria de China. Y con todo, en la misma multiplicidad de aspectos de la "rebelión" descubren sus profetas la evidencia incontrastable de su realidad. Es una rebelión en muchos lugares y en múltiples formas, a veces sentimental, ora económica, ya política. De lo que podemos estar seguros es de que, si esa rebelión está produciéndose de veras, es más fundamental que las amenazas que aparecen de vez en cuando en los títulos de los artículos y noticias de los periódicos, amenazas con las que estamos más familiarizados y en las que se protesta contra el predominio del poder público en el orden existente, y no contra el orden todo.

III

UNA exposición, escrita con singular energía, de los factores fundamentales que entran en la rebelión contra el industrialismo apareció recientemente en *The Century Magazine*, firmada por Nathániel Péffer. Tan cuidadosamente revisa Mr. Péffer una multitud de protestas distintas, que yo me tomo la libertad de resumir su acusación contra la era de las máquinas, como préambulo de mis propias observaciones.

Mr. Péffer principia por decir que la duración de la vida es larga, y que el hombre y sus obras no pueden juzgarse por lo que han sido desde el año de 1800 hasta el año de 1921. Cuando Dios hace el recuento de su creación comienza probablemente por el principio. Nuestra progenie occidental, aun midiéndola con las medidas materiales, empezó hace poco, digamos siglo y medio ha. Para esa época China, por ejemplo, tenía caminos, sanidad y todo lo demás, tan buenos como los de nosotros y hasta mejores.

¿Cuál ha sido, pues, la contribución de

esta moderna edad nuestra? Dos cosas, por encima de todo: la ciencia, por de contado, y el cristianismo. Todo lo demás: arte, literatura, reglas de conducta, sistemas filosóficos, todos los refinamientos de la vida, en una palabra, los tenían también, y los tienen todavía, las civilizaciones más antiguas; pero la ciencia y el cristianismo son decididamente nuevos.

Es contra la ciencia contra la que arremete Mr. Péffer. Parécele el cristianismo algo que, como es ostensible, no ha podido establecerse en la práctica, y que, por lo tanto, es abstracto y ejerce influencia menos directa sobre la vida de los hombres. Pero sí estamos dominando verdaderamente la ciencia. ¿Con qué fin? Mr. Péffer supone que él mismo estuviera tratando de explicarle la más flamante de nuestras invenciones, el radiófono, a un grupo de amigos chinos, cierta noche, durante una comida. El aparato está instalado en un rincón del aposento. Mr. Péffer entra a explicar por qué, para realizar ese invento, hubo que arrebatar la electricidad a las nubes y aprovechar la fuerza de las cascadas, tender rieles de ferrocarriles por los campos y obscurecer el firmamento con humaredas, abrir rutas en el aire del cielo y en las entrañas de la tierra, encerrar hombres en las fábricas, donde no pueden contemplar el espacio ni los árboles, llevarlos con protervo impulso a que se aglomeren en las vastas ciudades industriales. Cuando se encuentra en ese punto de su disquisición, el radiófono rompe a cantar de súbito la canción *I Am just Wild about Harry* [Estoy verdaderamente loco por Enriquito].

¿En qué se enriquece la vida con todos estos gigantescos adelantos de superhombres? pregunta Mr. Péffer. Se enriquece muy poco, responde. Los mejores frutos de nuestra edad de máquinas son la sanidad, la educación universal, la velocidad de los transportes, la prensa y un tipo superior de vida. Pero la sanidad por sí misma no prueba nada: Atenas era una ciudad inmunda, y sus pobladores, sin embargo, se asemejaban a la imagen de Dios más que los habitantes de Detroit. La instrucción universal es ciertamente algo excelente, pero no hemos conseguido verla realizada; lo que hemos conseguido, a lo sumo, es establecer el universal "alfabetismo." De nada sirve el transporte rápido, porque los ojos que no ven y la imaginación obtusa abarcan tan poco en cien mil millas como en ciento. El efecto principal de la prensa ha sido fortalecer la hipocresía y aumentar el singular poder del populacho. Las condiciones de la vida moderna son superiores, es verdad, pero, al obligar a sus servidores a que marchen al mismo paso que un monstruo de acero arrastrado por un poder oculto, ¿produce acaso mayor y más verdadera felicidad?

Mr. Péffer lo duda. El precio que se ha pagado por los beneficios es un precio costoso: los instintos ultrajados por el vehemente impulso de la maquinaria; la belleza muerta; y una rígida igualación que arruina el espíritu. Porque es imposible poseer maquinaria sin producción copiosa, según opina Mr. Péffer; no se puede obtener producción copiosa sin uniformidad de los productos; y no es posible establecer la uniformidad de todos los elementos accesorios de la vida sin uniformar las ideas, la conducta, la moral y las opiniones de los individuos.

Agréguese a esto que es probable que el industrialismo moderno, al ensanchar el campo de las conquistas, y de ese modo las ventajas que saca de esas conquistas, haya aumentado los motivos de la guerra. ¿Cuál es la verdad? pregunta Mr. Péffer: ¿la ciencia ha proporcionado al hombre la verdadera conquista de la naturaleza o va a destruir al hombre en el acto de vencer?

IV

MR. PÉFFER y yo hemos entrado tan a menudo en este terreno, manteniendo un activo pugilato en algún rincón apartado, que, al traer a la prensa nuestro cordial desacuerdo, parece como si saliéramos, disputando todavía, de un portal obscuro al medio de la calle llena de gente. Mas mis últimas palabras, dichas, según creo, simultáneamente con otras de Mr. Péffer, eran que si no es posible tener maquinaria sin uniformidad, no cabe duda de que la China de Mr. Péffer demuestra que es posible tener uniformidad sin maquinaria. Paréceme que nadie, a no ser un acérrimo enemigo de todo cambio, discutirá en conjunto las censuras de Mr.

Péffer contra la edad de las máquinas en su fase presente. En cuanto a mí, estoy casi por completo de acuerdo con él, siempre que se detenga en este punto. Pero, en primer término, me desazona que Mr. Péffer le dé, sin percatarse de ello, un carácter romántico a su disyuntiva; y, en segundo término, lejos de ser único en este sentido, es representante típico de una escuela cada día más numerosa de escritores modernos. Si existe un nuevo industrialismo, no muy firme todavía sobre sus pies, existe también un nuevo romanticismo, el cual, en cierto modo, encuéntrase en una situación análoga.

Considérese esta cuestión de la uniformidad de cuya introducción se acusa a la edad de las máquinas. A todos nos toca nuestra parte de responsabilidad en ella. Sinclair Lewis la describe con bastante exactitud en su libro *Babbitt*:

> Así como era socio de los Elks y de los Boosters y miembro de la cámara de comercio, así como los ministros de la iglesia presbiteriana determinaban sus creencias religiosas y los senadores que dirigen el partido republicano decidían en Wáshington, en salitas llenas de humo, lo que debía pensar acerca del desarme, de los aranceles y de Alemania, asimismo los grandes anunciadores de su patria determinaban la apariencia exterior de su vida y fijaban lo que él creía que era su individualidad. Aquellas mercaderías uniformemente avisadas—pastas dentífricas, medias, corbatas, cámaras fotográficas, calentadores instantáneos de agua—eran sus símbolos y los testimonios de su excelencia. Primero, los signos y, luego, los substitutos del gozo, de la pasión, de la sabiduría.

¿Es esto bastante cierto? Probablemente sí. Pero, ¿qué decir de los Babbitts chinos? Aldeas y aldeas, a lo largo del valle del Yang-sé, son tan parecidas unas a otras como dos gotas de agua: parias que trastabillan, a modo de bueyes bajo cargas de piedra; mujeres que caminan difícilmente, con sus pies constreñidos, a trabajar durante dieciséis horas en una tarea que un automóvil de tracción podría realizar en sesenta minutos; niños que se dirigen llenos de cansancio a la choza doméstica, tan uniforme treinta millas arriba como treinta millas abajo de Chang-hai. ¿Dónde se encuentra allí la diversidad? En los jardines, sí. El hidalgo chino, distante de las máquinas que rodean a Babbitt, encuéntrase en mejores condiciones para conservar su individualidad. Pero, ¿y la gran muchedumbre que se ahoga de calor afuera? La abyección de la miseria puede ser una causa igualadora tan eficaz como la misma maquinaria de la industria. Ni lo moderno ni lo antiguo pueden, por el hecho de serlo, escapar a esa influencia. Los seres felices de este mundo son los campesinos que poseen una tierra fértil que cultivar, los sabios con fortuna propia, los millonarios que empiezan a conformarse o . . . pero de esto hablaremos después.

Considérese, repito, la cuestión del obrero individual esclavizado por la máquina. Si se quiere, olvídese a los cien millones de chinos, malayos y parias indios esclavizados por algo más primitivo que una máquina: por la tarea de empujar, arrastrar y levantar unas mismas cosas, día tras día, y véase el grupo mucho menor de los artesanos prácticos. Es verdad que éstos son sus propios patrones en mayor proporción que los artesanos de nuestro oriente contemporáneo. No fabrican perpetuamente una misma parte mínima de una misma estufa o de un mismo cepillo para alfombras. Pueden hacer ensayos al trazar el diseño de lo que van a construir y pueden escoger sus propios días y horas de trabajo, pero eso dentro de ciertos límites. Llamar "independientes" a estos trabajadores, porque no dependen de la maquinaria, es olvidar que apenas son independientes de nada más. ¿Hasta dónde es independiente un hombre cuando, como dice Mr. Péffer, "tiene siempre por delante la inopia," o cuando, como acaece en la India, porque no existe allí la ciencia moderna, cuatro millones de personas perecen de fiebre todos los años?

Considérese aún la cuestión de la maquinaria como destructora de la belleza. ¿Que hay ciudades pequeñas y feas consagradas a la fabricación de acero, como Duquesne y Bráddock? Aceptado. ¿Que hay enormes trechos desolados en las laderas de las colinas, donde han cavado los hombres para extraer carbón o hierro? Si tal. ¿Y los sitios desolados que aparecen, como cicatrices, en los apacibles valles de China, donde el hambre inexorable ha hecho estragos con su atroz cuchilla? ¿No

puede acaso equipararse lo mejor que nosotros poseemos con lo mejor que ofrecen las civilizaciones más viejas? La torre del Wóolworth[1] no puede competir con el Taj Mahal,[2] pero sí es el igual de cualquier otro edificio de la India. Y si se arguye que la torre del Wóolworth está dedicada al comercio y fué construída por "esclavos del salario," es lo cierto que la mayor parte de los templos de la India están consagrados a la superstición, y fueron construídos por parias sobre cuyas espaldas llovían los latigazos.

Al decir esto, no lo digo tanto en defensa de la estructura actual de la edad de las máquinas, como a manera de protesta contra el romanticismo de la disyuntiva que encontramos en el Asia. Por más real que sea el espectro que nos asusta, poco ganaremos con echar a correr desalados hacia adelante por el camino del tiempo.

V

SOSPECHO que Mr. Péffer, por reacción contra las crudezas de la edad de las máquinas, le da un tinte romántico no sólo al oriente sino también a la naturaleza humana. Yo lo acompaño a deplorar, por ejemplo, que la maquinaria haya acabado con la antigua destreza artística del artesano. Pero es forzoso admitir que si a los médicos de nuestra era industrial se les llama para que asistan casos de agotamiento nervioso producido por la demasiada monotonía del trabajo de las fábricas, es no menos cierto que tienen que atender también a otros casos producidos por la excesiva contribución que se requiere de la iniciativa individual; y que si la monotonía es perjudicial para algunos obreros, y cité ya un caso de tal índole al comenzar este artículo, existe otro tipo de trabajador sobre quien la repetición de cualquier acto ejerce un efecto agradable. Henry Ford, gran caudillo de la producción en grande, acepta que algunas de las operaciones de su fábrica son "indudablemente monótonas, tan monótonas que apenas parece posible que un hombre se avenga a permanecer mucho tiempo en una misma ocupación." Sin embargo, no en teoría sino en realidad, hay hombres a quienes eso les gusta al parecer.

Probablemente la tarea más monótona en todos los talleres es una en la cual un hombre recoge un objeto con un gancho de acero, lo mete y sacude en una cuba de aceite y luego lo echa en un cesto. Los movimientos que ejecuta no varían jamás. Los objetos que ha de recoger aparecen siempre exactamente en un mismo sitio, le da a cada uno de ellos un número igual de sacudidas y lo deposita en un cesto que está siempre en un mismo lugar. Para eso no se necesita energía muscular ni inteligencia alguna. Todo lo que hace es mover sus manos suavemente de aquí para allá, pues la vara de acero que maneja es sumamente liviana. Y, sin embargo, el hombre que desempeña esa tarea ha estado desempeñándola ocho años arreo. Ha ahorrado dinero y lo ha invertido con provecho, de modo que hoy día tiene cuarenta mil dólares, pero resiste con testarudez a toda tentativa que se haga para inducirlo a que acepte un puesto mejor.

Existen en todas partes fábricas que pueden ofrecer ejemplos parecidos. Los hombres no son probablemente más semejantes en su reacción ante la monotonía que en cualquier otro sentido. El hecho de que a un hombre le guste de veras permanecer haciendo una misma cosa de un mismo modo puede ser culpa de la máquina misma o puede ser resultado de nuestra descendencia del mono desprovisto de espíritu creador, o tal vez de ambas causas. Pero mientras la ciencia de interpretar los deseos no haya profundizado algo más en el lado humano de la industria, poco se gana con confundir el anhelo de que el industrialismo ofrezca mayores oportunidades al espíritu creador con la creencia de que el espíritu creador está presente allí *ahora mismo* en cada individuo, y de que la máquina lo gasta hasta anularlo o lo sofoca a fuerza de monotonía.

Y, en todo caso, ¿qué es la monotonía? ¿Sabemos de positivo hasta qué punto es la monotonía fruto de la clase de trabajo que ejecuta un hombre y hasta qué punto fruto de la circunstancia de verse obligado a ejecutar un trabajo, cualquiera que sea? ¿En qué grado es monotonía del trabajo mismo y en qué grado monotonía resultante

[1]Edificio gigantesco de sesenta pisos en la ciudad de Nueva York.—LA REDACCIÓN.

[2]Grandioso mausoleo de mármol que se encuentra en Agra, en la India, y que está considerado como una de las obras maestras de la arquitectura oriental.—LA REDACCIÓN.

del escaso interés que pone el obrero en lo que pasa fuera y del poco vagar que tiene para divertirse con ello? La mujer del inquilino de una casa de vecindad tiene que cumplir una labor diaria más variada que la de su marido en la fábrica; tiene que cocinar, barrer, lavar, planchar, atender a los pilluelos mugrientos; pero probablemente los más de nosotros creen que mayores horas de trabajo y menos comunicación con el mundo exterior contribuyen a hacer más penosa la vida de esta mujer que la de su marido.

El alma humana, dotada del don del vuelo, permanece a veces de buena gana a ras de tierra. Somos supermonos y no superáguilas.

En otras de sus censuras de nuestra edad moderna podemos estar de acuerdo con Mr. Péffer: en que la prensa no proporciona regularmente a sus lectores informes desinteresados, rigurosamente imparciales; pero esto, ¿es principalmente el resultado de una era industrial acaso, o entra en ello la disposición del hombre a creer lo que le interesa o le conviene, la misma disposición que abulta las "noticias" que el morador de una aldea china comunica a su conocido de otra aldea vecina? La mayor parte de los hombres gustan de noticias que halaguen sus prejuicios y favorezcan sus creencias preconcebidas. Lejos de vernos forzados a aceptar las opiniones de los editoriales de la prensa, preferimos, en realidad, que nos las sirvan enteramente aderezadas. Nos someteremos a cualquiera mortificación antes que tomarnos la intolerable molestia de pensar por nosotros mismos.

Esto lo demostramos con nuestra actitud durante la guerra. Mr. Péffer arguye que el industrialismo engendra conflictos internacionales. China, empero, ha tenido sus guerras, tiene una ahora y allí se encuentra, además, el bandolerismo en grandes proporciones. Pero dando por sentado que el industrialismo dilate el frente en que se libran las batallas, concediendo que instigue a los magnates y a los reyes a apoderarse de nuevas presas que de pronto han quedado al alcance de sus manos, queda en pie el hecho de que uno de los motivos por los cuales reyes y magnates consiguen reclutar soldados es la viva emoción de "alistarse bajo la bandera," emoción que puede sembrarse en el pecho de cualquiera generación que ignore lo bastante cuál es la horrenda realidad de lanzarse efectivamente a los combates. Las guerras suelen sobrevenir en ciclos. El oriente puede atestiguarlo así, tanto como el occidente. Quizás el único medio de acabar con la guerra es hacerla superlativa y ostensiblemente onerosa. Y eso, en todo caso, sí pueden conseguirlo las máquinas.

No estoy ni siquiera cierto, por último, de que Mr. Péffer tenga razón en cuanto a esa canción del radiófono, *I am just Wild about Harry.* Sería fácil argüir que la mecánica moderna tiene muy poco que hacer con la selección de los aires de música, y que es más probable que el paria chino, lejos del industrialismo y de sus añagazas, silbe el aire chino que corresponda o equivalga en China al *I Am just Wild about Harry,* y no la "danza de Anitra." Pero además de eso, es muy posible que, para los descendientes de los simios, la unidad social sea menos asunto de elevado designio que de sentimentalismo ordinario. Los mensajes del presidente Hárding acerca de la situación nacional; Mr. Calvin Coólidge, hablando con gravedad para dos millones de personas entusiastas del radiófono, y el sermón del obispo de Rhode Island, divulgado por los aparatos inalámbricos el domingo en la noche, nada tienen que hacer con el perenne magnetismo de "Mutt"[3] y "Jeff"[3] o con un nuevo aire de las Follies. Los norteamericanos poseemos un rasgo que nos une y asemeja, y es que entre nosotros se encuentra muy difundida la aptitud para apreciar lo que es melodioso y lo que es risible. Si algún beneficio se deriva de que exista la unidad nacional, no es entonces trivial el pormenor de que un millón de personas rían con los "Jiggs"[3] y, con "Dinty,"[3] y que la misma música de la canción que granjea fama en Broadway la silben, dos meses más tarde, los pregoneros de periódicos de Spokane, los estibadores de Chárleston y el comerciante de Boston que se viste para asistir a la ópera. La estación X. Y. Z., de Chang-hai,

[3]Personajes imaginarios, de carácter jocoso, que aparecen en las caricaturas de algunos periódicos de los Estados Unidos.—La Redacción.

puede acudir en ayuda de la China desgarrada por las facciones comunicando la canción *Silver Threads among the Gold.* [Hebras de plata en el oro]. Ni es eso todo. Conviene recordar, asimismo, que si los inventos suelen rayar en lo sublime, contribuyen también a lo ridículo, así sea solamente de un modo eventual. Las ninfas de color de rosa y de naranja que aparecen danzando en los cartelones de anuncios colocados a lo largo de Broadway pueden inspirarnos ciertas dudas acerca del acierto que hubo en aplicar la electricidad a los propósitos del alumbrado; pero esos mismos filamentos que iluminan a Broadway iluminan también la mesa de operaciones donde los cirujanos extirpan el cáncer. Y si el inalámbrico transmite música llena de síncopas despacibles, también envía, al través del océano, el llamamiento de los náufragos.

Creo que todo eso es verdad; y no obstante, después de haberlo promulgado así, el hecho de que los censores de la edad moderna puedan darle visos románticos a una civilización antigua no sirve de gran consuelo si la edad moderna permanece estática.

Me pregunto si no es éste, precisamente, el punto en que es fácil precipitarse a sacar conclusiones. Mr. Péffer nos advierte que el hombre y sus obras no se deben juzgar por el breve lapso comprendido entre 1800 y 1921; y es justo reclamar que al hombre y a la edad de las máquinas no se les mida con esa misma vara tan corta. Al reparo de Mr. Péffer de que la "educación universal" es sólo "alfabetismo universal," por ejemplo, la respuesta obvia es que no se llegará jamás a la educación sino por medio del "alfabetismo."

La edad de las máquinas apenas se encuentra en su infancia. Es, de seguro, no atinar a ver lejos suponer que su estado actual es algo más que forma fortuita de una transición todavía llena de confusiones. La edad de las máquinas no tiene nada de estática; es tan dinámica como la misma luz; y la actividad de nuestras propias máquinas puede adoptar un rumbo que destruya más de una premisa enunciada por la crítica romántica.



DANIEL WÉBSTER Y ABRAHAM LINCOLN

SUS IDEALES POLÍTICOS

POR

WÍLLIAM LYON PHELPS

El autor establece un paralelo interesante entre dos de las grandes figuras de la historia política de los Estados Unidos, a quienes estudia desde el punto de vista literario, retratándolos con una vitalidad y energía que evoca en rasgos precisos al famoso orador y al eximio hombre de estado y patriota. —LA REDACCIÓN.

DANIEL WÉBSTER pertenece no sólo a la historia y a la literatura de los Estados Unidos: es una figura universal. Fué un estadista de primer orden y uno de los más grandes oradores de todos los tiempos, de la misma excelsitud que Demóstenes, Cicerón y Burke. Sus discursos lo acreditan como un maestro del estilo y le aseguran un lugar permanente en la historia de la literatura.

Wébster nació en New Hámpshire en 1782. De niño fué enfermizo y se vió condenado a la ociosidad física, con lo cual tuvo tiempo para leer y estudiar por su cuenta. El amor por los libros fué una de las pasiones de su vida, y durante la época en que asistió a la escuela de Éxeter, como durante sus días en el Dártmouth College, fué un lector asiduo, prefiriendo, sobre todo, las obras de historia, que constituyen la mejor preparación para la carrera de la política. No alcanzó altas calificaciones en sus estudios, pero se distinguió entre sus condiscípulos como orador y polemista. Cuando contaba dieciocho años pronunció un discurso en el Hánover College, a propósito del cuatro de julio. Aprendió a tener confianza en sí mismo ganándose la vida durante el tiempo que estuvo en el Dártmouth College, dando clases, escribiendo y dirigiendo un periódico. Se graduó en 1801; y en 1901 celebróse su centenario con festejos que duraron una semana, una reseña de los cuales publicaron los directores del Dártmouth College en un volumen que es valiosísimo para toda persona que sienta interés por el más ilustre de los graduados de Dártmouth.

En mi concepto, Wébster fué consecuente en su carrera política, desde el principio hasta el fin. No comparto yo la opinión general de que, en su discurso del siete de marzo de 1850, se apartó del camino que hasta entonces había seguido. Estuvo siempre por la constitución y por la unión, y ese discurso, tan vituperado, estaba, no sólo en absoluta armonía con sus declaraciones anteriores, sino también que fué el paso más sensato, hermoso, abnegado y patriótico de toda su vida. Recuérdense las dos palabras, "constitucióm" y "unión." y se tendrá la clave de su conducta, desde su mocedad hasta su muerte.

Por los días en que llegó a su mayoridad pronunció un discurso en el cual insistió en adherirse estrictamente a la constitución, no importaba qué región de la república se sintiera lesionada. Esa actitud era profética.

Estudió derecho en Boston, y se recibió en el foro en 1805. En los ocho años subsiguientes pronunció muchos discursos políticos, en los cuales censuró el rumbo adoptado por el gobierno nacional: rumbo que era sumamente impopular en la Nueva Inglaterra, pero que era, según él decía, "la ley de la patria, y estamos categóricamente obligados a acatarla." Eran ésos los días en que muchas personas hablaban acaloradamente en la Nueva Inglaterra de secesión en el sur. Wébster simpatizaba con sus querellas, pero era completamente opuesto a la idea de la desunión.

SU PRESENCIA DE ORADOR

REPRESENTÓ a Massachusetts en el congreso nacional en 1813, a la edad de treinta y un años. Se convirtió, casi al punto, en uno de los miembros más influ-

yentes de la cámara popular, llegando a ser tan conspicuo por la inteligencia como lo era por el continente. Todo el mundo se dió cuenta de que aparecía allí una nueva fuerza intelectual. Su capacidad de estadista la demostró su dominio de los dificilísimos problemas del manejo de la hacienda pública. Las complicadas cuestiones de esta índole no pueden resolverse por medio de la retórica, de la oratoria ni del sentimentalismo, sino por medio de la inteligencia lúcida y del estudio asiduo. Siempre estuvo por conservar una moneda sana, y sus servicios en esta materia son casi imponderables.

Es la moda del día hablar con desprecio de Gládstone, como si no hubiera sido más que una voz, y debería recordarse que Gládstone, como Wébster, fué una autoridad de primer orden en cuestiones de hacienda pública. Tal aptitud directiva sólo puede provenir de un cerebro bien puesto.

Entre tanto, Wébster habíase convertido en una lumbrera del foro, y se le consideraba universalmente como uno de los primeros jurisconsultos de los Estados Unidos. Contribuyeron a cimentar más aún su autoridad sus elocuentes alegatos en 1819, en el caso del Dártmouth College, en los cuales demostró su completa familiaridad con los hechos y con el tecnicismo legal; dió una prueba espléndida de lealtad a la universidad en que había hecho sus estudios; y, al ganar el pleito, ganó para las universidades de los Estados Unidos una suma que monta hoy más de mil millones de dólares.[1]

La vida pública de Wébster no tuvo interrupciones desde 1813 hasta su muerte, acaecida en 1852. En 1827 entró en el senado y en 1841 se le nombró secretario de estado; en 1845 perteneció de nuevo al senado y en 1850 fué, por segunda vez, secretario de estado.

El famoso triunvirato de Clay, Wébster y Calhoún es único en nuestra historia, y es interesante recordar que los tres vivieron exactamente en una misma época. Henry Clay nació en 1777 y murió en 1852; Daniel Wébster nació en 1782 y murió en 1852; y John C. Calhoún nació en 1782 y murió en 1850.

Clay tenía extraordinaria gracia de modales y llegó a contar con el mayor partido personal que jamás ha tenido un candidato, si se exceptúan a James G. Blaine, Théodore Róosevelt y Wílliam J. Bryan, pero su presencia era necesaria a sus discursos; era él, y no sus discursos, el que triunfaba: sus discursos solos no hubieran bastado. Calhoún era un razonador implacable, cuyos discursos son cadenas de argumentos, cada uno de cuyos párrafos conduce al siguiente. Su integridad y su talento les prestan gran fuerza a sus discursos, pero, por su rigidez y austeridad, resultan difíciles de leer. De los tres, sólo Wébster supo combinar la lógica con la gracia, la profundidad con la elegancia. Sus discursos pertenecen a la literatura, porque son todavía no sólo fáciles de leer sino también conmovedores.

La mayor parte de los oradores son como los actores: al desaparecer la generación que los oyó, desaparecen con ella. Pero las postreras palabras de Wébster fueron proféticas: "Vivo todavía."

Jamás hombre alguno tuvo un aspecto tan adecuado a su papel. Era imponente como una montaña. La dignidad olímpica de sus facciones, su porte soberbio, su voz magnífica, han pasado a ser tradicionales. Vestido, según la pintoresca moda de aquellos días, con traje de paño azul y de ante, y cubierta la cabeza con alto sombrero de castor, más que un hombre parecía una institución pública. Por una vez siquiera la naturaleza hizo todo lo posible por formar un individuo consumado, dándole a su grande alma una envoltura corporal de adecuada sublimidad. Preciso es acudir a Shákespeare para encontrar una descripción que pueda aplicársele:

> Qué obra! . . . ¡Cuán noble su razón; cuán infinitas sus facultades; cuán expresiva y admirable en sus formas y movimientos; en la acción, un ángel; por el entendimiento, un dios; la belleza del mundo; el parangón de los animales!

En su discurso en el centenario de Dártmouth, dijo el honorable Samuel W. McCall:

> No cabe duda acerca de lo majestuoso de su presencia. Los negocios quedaban suspendidos

[1] Los informes completos del caso del Dártmouth College se publicaron en Pórtsmouth en 1819 y forman un volumen de más de cuatrocientas páginas.

temporalmente cuando bajaba por State Street, mientras las gentes se agolpaban a las puertas y ventanas para verlo pasar. Para la imaginación popular parecía llenar toda la calle. Tenía una estatura de cerca de seis pies y parecía más alto aún; poseía un pecho amplísimo; y su cabeza era una de las más imponentes y nobles que jamás soportaran hombros humanos. Tenía el color moreno, "color de pólvora," como se le dijo; frente ancha y despejada; y grandes ojos negros, de ordinario llenos de calma, pero que en los momentos de excitación resplandecían con terrible intensidad. Uno de sus más severos críticos, Théodore Párker, expresó la opinión de que, desde Carlomagno, no se había visto una figura humana tan imponente en toda la cristiandad. . . . Poseía una de las voces más nobles que jamás resonaron en oídos humanos: una voz de gran extensión, alta y clara de ordinario, pero capaz de asumir tonos profundos que estremecían al auditorio. Se hizo oír por cerca de cincuenta mil personas en el Búnker Hill.

Thomas Carlyle, quien lo conoció en un almuerzo en Londres, dijo de él:

Aseguro que es uno de los más poderosos polemistas y atletas parlamentarios que pueden encontrarse hoy en el mundo: un hombre formidable, alto, fornido, de color pálido; con cejas como peñascos escarpados y, bajo ellas, ojos grandes y negros, melancólicos y cansados, y, no obstante, incansables; nariz tosca y prominente; y la más colérica de las bocas apretadas que he visto en mis días. El lado superior, caído a un lado, parece exactamente el de un mastín y ofrece un aspecto magnífico, dando, al mismo tiempo, una impresión de tranquilidad. Creo que no me gustaría ser el negro de este hombre. Es, sin embargo, un hombre avisado en su conducta y no carece tampoco de cierta especie de socarronería; habla con seguridad didáctica de "nuestras instituciones republicanas" y otras cosas por el estilo, y así desempeña su papel.

También dijo de él Carlyle: "Sus ojos son como hornos apagados que aguardan sólo la hora de que los enciendan."

Wébster fué un estadista fecundo, que cambió con su palabra el curso de la historia. Desde antes del año de 1830 columbró la nube de la guerra civil, no mayor entonces que la mano de un hombre. Creo que comprendió que nada podía impedir que esa nube se convirtiera en desapoderada tormenta, y de allí que consagrara su vida a conseguir la seguridad de la nave del estado cuando se desatara la tempestad. El estadista es como un médico: el estado es su paciente, y su deber es conservar al paciente vivo todo el tiempo que pueda. Sus discursos formaron una idea tan fuerte de la unión que al fin esa idea pudo resistir al frenético embate de sus enemigos. Creo que si no hubiera sido por Daniel Wébster, el pueblo de la nación que hoy se llama los Estados Unidos estaría viviendo bajo dos banderas distintas.

LA PÉRDIDA DE LA POPULARIDAD

WÉBSTER estaba contra todo enemigo de la Unión, ya se llamara nulificador del sur o abolicionista del norte. Como casi todos los hombres dotados de prudencia, era partidario de la moderación y aborrecía a los extremistas. Vió la insensatez de los agitadores de ambos bandos y comprendió que el único modo cómo podía acallárseles era por medio de razones, apelando al fundamental sentido común. Cuando clamaba "libertad y unión," no era a modo de figura retórica ni estaba diciendo una pamplina; exponía una proposición combatida de continuo por los hombres del norte y por los hombres del sur; y se dedicó a demostrar que la fórmula de "libertad primero y unión después" era ilusión y locura: no podía existir más libertad en nuestra patria que la libertad bajo las leyes constitucionales, bajo la bandera de la nación unida. Antes que la unión, la gente del sur prefería la esclavitud y la separación; antes que la unión, los extremistas del norte preferían la abolición de la esclavitud y la separación. Wébster convirtió la unión en la cuestión suprema.

Su réplica a Hayne en 1830 convirtióse en *La biblia* política de los agricultores del norte, quienes se la sabían de memoria, porque les explicaba de un modo claro y transparente, que entendían bien, la constitución de los Estados Unidos y la necesidad de la unión. Cada discurso que salía de sus labios agregaba algo a la estructura permanente de esa unión misma, de modo que la constitución convirtióse gracias a él en un todo orgánico, en algo por lo cual valía la pena vivir, luchar y morir. Preparó a millares de agricultores del norte para discutir si la constitución era la ley

suprema o sólo un pacto entre estados soberanos e independientes. Cuando sobrevino la revolución política de 1861, el sentimiento público del norte no sólo era sólido sino también inteligente. Los obreros más humildes no eran como los campesinos europeos que ignoraban por qué motivo ni con qué fin combatían: era la inteligencia de cada cual la que lo impulsaba a alistarse como soldado.

La réplica a Hayne exaltó hasta tal punto la popularidad personal de Wébster que durante veinte años se le tuvo como canonizado y se le vió con idolatría. Luego pronunció su discurso del siete de marzo de 1850, y, ¡qué caída! Sus antiguos secuaces lo envolvieron en un torrente de vituperios y calumnias. Los epítetos mas suaves que le propinaban eran los de "contemporizador," "traidor" y "apóstata." Muchos de sus amigos no volvieron a aparecer a su lado, como suele ocurrir en la vida política. Contra la moralidad de su vida privada echáronse a volar imposturas con tanta prontitud y vehemencia que el aire parecía lleno de ladridos de canes.

El 29 de enero de 1850 Henry Clay introdujo en el senado un proyecto de transacción que esperaba aseguraría la paz de la república durante treinta años, cuyo propósito ostensible era "la paz, concordia y armonía de la unión." A Calhoún no le gustó el proyecto, pues era un extremista del sur y creía que, aprobado, significaría el fin de la esclavitud. Los abolicionistas, por su parte, detestaban ese plan, porque eran extremistas del norte y creían que aprobarlo significaría rendirse a la esclavitud. Con desencanto y horror de sus electores de Massachusetts, Wébster apoyó ese plan en su famoso discurso del siete de marzo. El pacto contenía ocho puntos, que todo el mundo puede leer en los textos de historia nacional; pero el punto que enfureció hasta la exasperación el sentimiento abolicionista fué el séptimo: "Deben tomarse medidas más eficaces para la entrega de los esclavos prófugos." Wébster votó en favor de esta cláusula, como en favor del resto del proyecto; no porque le agradara, puesto que, por el contrario, lo detestaba, sino porque el proyecto cumplía una disposición de la constitución de los Estados Unidos que él, bajo solemne juramento, se había comprometido a obedecer. Era su creencia que todo ciudadano de los Estados Unidos debía obedecer a la constitución, agradáranle o no todos sus artículos, y en ese discurso le recordó al norte que cada uno de los miembros de toda legislatura del norte había jurado cumplir la constitución de los Estados Unidos.

De niño me enseñaron a creer que Wébster sacrificó los principios de toda su vida a la esperanza de provecho personal. Con cuánta frecuencia he oído y he leído esta lamentación: ¡si hubiera muerto antes de 1850! Entonces no conocía yo el poema *The Patriot* de Brówning, que narra un suceso antiguo. Como todos los niños de la época, había declamado el exordio de la réplica a Hayne y me sabía de memoria muchos otros fragmentos de los discursos de Wébster, pero no me atrevía a leer el discurso de 1850, por la sencilla razón de que me era imposible aceptar la idea de ver a mi ídolo rodando por tierra. Pero un día, cuando contaba diecisiete años, resolví que era preciso leer ese discurso para completar mis conocimientos históricos, y de ese modo empecé a poner en práctica la excelente costumbre de enterarme a ciencia cierta de lo que ha dicho un hombre antes de dar crédito a lo que sus enemigos dicen de él. Acudí a las fuentes originales.

CONTEMPLANDO LO FUTURO

ME SENTÉ a leer el discurso esperando levantarme de allí plenamente convencido de que Wébster fué lo que el senador Henry Cábot Lodge dijo que había sido: un hombre moralmente inferior o, en todo caso, un hombre cuyo sentido ético era inferior a su capacidad intelectual. Leí el discurso de cabo a rabo y al terminarlo sentía por el gran estadista un entusiasmo ante el cual resultaban pálidos mis sentimientos de admiración anteriores. El discurso me pareció entonces, y ha seguido pareciéndome siempre, la declaración más noble y más consecuente de toda su carrera. No se trata allí de un político que recomienda medidas paliativas: es un estadista con la mirada fija en lo futuro.

Todos los libros de historia que había leído hasta entonces lo condenaban; y desde esa época ha sido un placer para mí observar que la actitud de los historiadores

para con él ha cambiado a tal punto que hoy día la más autorizada opinión de los especialistas en cuestiones históricas es que Wébster, intelectual y moralmente, tuvo razón.[2]

La lealtad a la constitución, tan característica de las primeras producciones del Wébster estudiante, como defensor de la unión contra las amenazas separatistas del sur, inspiró también sus discursos cuando los abolicionistas del norte proclamaron que debía desgarrarse y desecharse la constitución.

El discurso del siete de marzo representa a Wébster en el ápice de su talento. Todos los niños de los Estados Unidos deberían estudiarlo como texto que los enseñe a ser ciudadanos conscientes. Además de tratar muchas cuestiones palpitantes, Wébster contestó en él a la pregunta que todo miembro del congreso debe hacerse a sí mismo: Mi obligación principal, ¿es para con mis electores o para con mi patria? Esto constituye un tema excelente de discusión, "pues hay mucho que decir de ambos lados."

En *The American Senator,* novela de Ánthony Tróllope poco conocida aunque interesantísima, el autor incurre en un desliz de tal naturaleza que bastaría por sí solo, si no supiésemos de quién es el libro, para revelarnos que no es de autor americano: invariablemente escribe senador *por* Minnesota en vez de senador *de* Minnesota. Esta breve preposición indica la mucha diferencia que existe entre el método de representación de la cámara de los comunes británica y el de nuestro congreso nacional. Una de las razones por las cuales el término medio de la representación británica es superior al de la nuestra es que los electores no tienen ciertas restricciones y pueden elegir a los mejores, evitándole a la nación que se vea privada de sus servicios en el caso de una derrota local. Apenas un estadista inglés sale derrotado en una elección, varios distritos electorales se apresuran a pedirle que les haga el honor de representarlos en las cámaras. Entre nosotros, el senador tiene que residir en el estado que lo elige; y el representante, en el distrito respectivo. Las ventajas de nuestro sistema quedan, en mi opinión, supeditadas por sus inconvenientes. Me parece que sería lo mejor que cada estado y cada distrito escogiera al hombre más idóneo, prescindiendo de su residencia; pues entonces podríamos contar en Wáshington con un grupo formado por los hombres más capaces de toda la nación, reunidos para velar por los legítimos intereses de la patria. Por lo que atañe a las necesidades locales, un hombre competente podría descubrirlas con facilidad. Y no me refiero aquí a la tarea de buscar oficinas de correos y otros cargos para famélicos colaboradores políticos.

¿DE QUIÉN ES AGENTE UN SENADOR?

ANTES que todo, debería cambiar la actitud de los senadores con respecto a su propio cargo. Años ha, el más diestro pugilista professional de todos los tiempos, John L. Súllivan, se presentó como candidato al congreso en cierto distrito de Massachusetts. Su alocución a los electores fué la siguiente: "Las funciones de un diputado al congreso consisten en obtener para sus comitentes todo lo más que sea posible, y eso puedo hacerlo yo tan bien como cualquiera otro." Expresaba así con su acostumbrada franqueza y sinceridad el credo tácito de muchos de nuestros hombres públicos. La creencia de los electores de que el senador y el representante que eligen son sus agentes políticos, y el hecho de que éstos se avengan a considerarse a sí mismos como tales redunda en perjuicio de unos y otros y, a la postre, en perjuicio de la república.

Creo que la esencia del gobierno representativo consiste en una actitud intelectual diametralmente contraria. Deberíamos elegir a los hombres mejores, y después dejarlos que resuelvan por sí mismos cuáles son las medidas que más convienen a los Estados Unidos, por más que, en ciertos casos, una de esas medidas sea opuesta a los deseos o a lo que se supone que es la felicidad de los hombres y de las mujeres que votaron por uno de esos representantes. Un senador no debe sentirse obligado por

[2]A los que deseen informes completos y detallados acerca de este importante punto de la historia de los Estados Unidos y de la vida de Wébster, les recomiendo el admirable y bien documentado artículo del profesor Hérbert D. Fóster, en *The American Historical Review* correspondiente a enero de 1922, y el opúsculo intitulado *Daniel Webster* por Frank Bergen, distinguido miembro del foro de Néwark, New Jérsey.

las demandas de su estado, si esas demandas son contrarias a los dictados de su conciencia y al dictamen de su juicio.

Ésta fué la actitud que adoptó Daniel Wébster en su discurso del siete de marzo. Nada más absurdo que el cargo de que procedió movido por interés personal, pues era bastante discreto para saber que iba contra las convicciones de Massachusetts. Se consideraba como un estadista libre, cuya obligación era ejercitar su propio juicio y seguir su dictamen, sin atender a los deseos de sus electores.

Sin que ello sea incurrir en vulgar maledicencia contra nuestros hombres públicos es quizá cierto que la cualidad más rara en la vida pública es el valor. Es lástima que esa cualidad sea tan rara, porque hay veces en que deja cuenta ser valeroso. Wébster estableció un precedente, y aunque perdió por cierto tiempo su popularidad, el supremo tribunal del tiempo ha revocado aquel fallo condenatorio. Hay circunstancias, sin embargo, en que no debe uno esperar aprobación. En la reciente lucha por el sufragio femenino la legislatura de Nueva York les dió instrucciones a los dos senadores del estado para votar por la afirmativa. El senador Cálder declaró que, para él, los deseos de sus comitentes tenían carácter de mandato, y el senador Wádsworth desatendió las instrucciones, alegando que no podía votar contra su propia razón y su propio juicio. Sus enemigos clamaron: "Dios lo ha entregado en nuestras manos;" pero, por más que sus mismos amigos pensaban que su proceder había destruído su porvenir político, fué reelecto por una enorme mayoría.

Un representante de uno de los estados del oeste central votó en el congreso contra la opinión ostensible de su distrito. Un grupo de políticos de nota de la capital del estado le envió una carta colectiva pidiéndole que compareciera ante ellos a explicar su conducta. Contestó que, en su opinión, se le había elegido no para que sirviera de testaferro sino como a pensador libre e independiente en cuestiones políticas; que invariablemente procedería y votaría de acuerdo con su razón y con su conciencia; y que no consideraba deber suyo desatender sus obligaciones en Wáshington para ir a su ciudad nativa a defenderse de los cargos que se le hacían; pero que de buena gana recibiría en Wáshington a cualquiera de sus electores que fuera a visitarlo y a hacerle las preguntas que a bien tuviera. Aparentemente su derrota en las elecciones era segura; pero fué reelegido por una mayoría más considerable aún.

El senador Cárter Glass de Virginia se vió amenazado por sus electores con la derrota en las urnas electorales si no votaba en favor de la ley que proveía una recompensa para los soldados que combatieron en la guerra. Su contestación, tal como la publicó el *New York Herald* del 25 de febrero de 1922, merece recordarse:

> Tendréis que admitir que estáis en un gran error acerca de las circunstancias cuando aseguráis, en tono de amenaza, que violaré mis promesas de la propaganda electoral si rehuso, como indudablemente rehusaré, votar en favor de la ley sobre recompensa a los soldados; estáis igualmente en un error al suponer que se me envió al senado como simple vocero de una clase cualquiera de ciudadanos que declaren formar o se imaginen que forman la mayoría del pueblo de Virginia. Mi convicción es que fuí enviado a representar a un estado soberano como mejor me fuera dable, de acuerdo con mi juicio y con mi conciencia, y no a proceder con contemporizaciones para adquirir aura popular. No votaré por una ley que, en mi opinión, sería ruinosa para la patria y cuyas consecuencias redundarían en daño de los ex soldados, que serían sus víctimas tanto como los demás ciudadanos.

POR EL BIEN DE LA PATRIA

FUÉ el del siete de marzo un discurso que, en un momento de desenfrenadas pasiones políticas, excitó a la nación en conjunto a defender la constitución, y el mismo orador, dió el ejemplo. Este alegato en favor de la moderación evitó la guerra durante otros diez años, hasta que el norte se sintió bastante fuerte para salvar al sur de sus propios errores. Mr. Lodge llama a Wébster, en resumidas cuentas, un cobarde moral; pero, si su conducta entonces era errada, ¿qué camino debería haber seguido? De ceder al clamor de sus electores, quebrantaba su juramento de cumplir la constitución.

Antes había desafiado ya a sus partidarios de Massachusetts al permanecer en el gabinete del presidente Týler. Esto aconteció en 1841, y los que condenaron su actitud

de 1850, so pretexto de que buscaba el medro personal, deberían haber recordado que nueve años antes no vaciló ante la contingencia de perder la popularidad y de que se interpretaran torcidamente sus intenciones, a fin de prestar sus valiosos servicios a la patria. En el libro del centenario de Dártmouth el honorable Stephen Moody Crosby relata así sus recuerdos de una noche en Boston:

Era yo un mancebo de trece o catorce años cuando Wébster, después de haber pertenecido al gabinete de Týler en Wáshington, regresó al seno de sus amigos de Massachusetts, políticamente caído en desgracia. No hay para qué referir de nuevo la historia política; el hecho es que regresó a Boston para encontrarse con que casi todo el mundo le volvía la espalda y con que nadie lo acataba. Se preparó en el Fáneuil Hall una reunión con el propósito de que explicara por qué había permanecido en el gabinete de Týler. Mi padre, que toda su vida quiso y admiró a Daniel Wébster, me llevó a esa reunión siendo yo apenas un niño. . . . Recuerdo cuando Mr. Wébster apareció en el tablado, vestido con el magnífico traje de corte que usaba siempre en ocasiones solemnes . . . un hombre cuyo aspecto, como dijo de él Carlyle, era el de una catedral. Avanzó hacia el proscenio cuando le tocó el turno de hablar, y alguien pidió que se le dieran tres vivas, pero sin conseguirlo. Se dió el primero, pero el segundo se quedó en la tentativa; ni hubo tampoco el aplauso que de ordinario se tributa a un hombre de tal prominencia. Sus ojos ardían materialmente, y me parecieron como los dos fanales de un buque en el mar. Empezó su discurso en un tono tranquilo de plática. . . . Quisiera recordar con exactitud sus palabras cuando se enderezó y dijo: "Si hay aquí algunos caballeros que esperan oír de mis labios una palabra de explicación o de excusa por haber permanecido en el gabinete de John Týler, es muy probable que regresen a su casa sin haber satisfecho el deseo que los trajo aquí;" y rugió esas palabras sobre el salón de tal manera que dominó al numeroso auditorio, el cual prorrumpió entonces en tres vivas. Antes de que concluyera la reunión, en la que habló durante cerca de hora y media, en poco estuvo que las aclamaciones y los aplausos hicieran caer el techo.

IGUAL ANTE CUALQUIER AUDITORIO

EN SUS discursos, Wébster hablaba a la cabeza y al corazón. Convincentes por la argumentación, son casi irresistiblemente persuasivos. Poseía esa combinación intelectual y sensitiva en más alto grado que ningún otro orador. Estoy convencido de que el idioma inglés brotaba de sus labios con más potencia conmovedora que de los labios de cualquier otro personaje histórico.

Su auditorio, fuese cual fuera, jamás escapaba a su elocuencia. Podía hipnotizar y excitar a las turbas y podía hacer llorar en su sitial a un juez de la corte suprema. Podía apoderarse de la voluntad de un jurado con un alegato puramente sentimental y podía revestir de tal forma a una abstracción legal que le daba apariencia de cosa viva. Me pregunto: ¿Con cuánta frecuencia hallarían los jueces de la corte suprema que les era imposible conservar el dominio de sí mismos bajo el imperio de esa emoción repentina? A menudo debieron sentirse conmovidos, a punto de verter lágrimas; ¡llorar de emoción en público! Wébster es el único hombre que jamás consiguió semejante cosa, con la posible excepción de Orfeo, quien

Hizo a Plutón verter llanto de hierro.

Su amor por la moderación, que lo hizo odiar a los extremistas del norte y del sur y lo hizo odiado de ellos es la cualidad fundamental de su estilo. El hecho de que se reprimía constantemente a sí mismo denota una vasta reserva de fuerzas, y uno comprende que en cualquier instante hubiera podido desatarlas. Es como un gran cantante que produce la impresión de cantar siempre dentro de su propia capacidad vocal. Así como es desagradable oír a un cantante que de continuo da las mayores notas que su garganta le permite, asimismo es angustioso escuchar a un orador que vocifera de continuo o que de continuo emplea superlativos. Wébster jamás empleó palabras en abundancia y sin deliberación, y sacó el mayor partido posible de los epítetos. Es sorprendente el resultado que obtiene con palabras ordinarias y triviales. E. P. Whipple, en su ensayo sobre Wébster, un tiempo famoso, observó el tremendo poder que Wébster comunicó a vocablos tales como "interesante" y "respetable." Hizo famoso para siempre a Dártmouth con sólo admitir que era un colegio pequeño. ¿Cuándo se conquistó

la inmortalidad con tanta sencillez? Al decir que era pequeño, pero que tenía quienes lo amaran, expresó en una frase de palabras breves la fervorosa lealtad de muchas generaciones. Y así como podía hipnotizar a su auditorio por medio de palabras ordinarias, consiguiéndolo no por el tono de la voz sino por la sugestión que ponía en sus monosílabos; así también podía hacer un objeto eternamente sublime con sólo señalarlo. Nos pidió que contempláramos a Massachusetts y así lo hicimos. Esa frase iluminó toda la historia de Massachusetts.

En el libro consagrado al centenario de Dártmouth College el juez David Cross, al referirse al discurso de Búnker Hill, que oyó por encontrarse en el auditorio, dice:

Mr. Wébster habló dándole la espalda al monumento, con cincuenta mil o más personas al frente y a sus lados. Vi a Daniel Wébster de pies en la tribuna. . . . Lo recuerdo de un modo clarísimo erguido allí. No puedo repetir sus palabras. Quizás no conseguiré daros una idea de ellas, pero, de pies allí, volvió el rostro hacia el monumento, dándonos la espalda a los oyentes, y dijo, apostrofándolo: "Éste es el orador de hoy." No trato de reproducir sus palabras; pero el calofrío que sintió el auditorio, el calofrío que sentí yo en aquel momento, me ha acompañado desde entonces hasta hoy. . . . Y desde entonces, cada vez que transito por las calles de Boston y llego a contemplar ese monumento de piedra, no sé cómo sucede, pero cada vez que paso cerca de ese monumento, me parece que me habla. No puedo evitarlo. Me corre por las venas el mismo calofrío de 1843. Para mí, ese monumento está vivo.

EL DON DE LA CLARIDAD

EL ESTILO de Wébster, con su sencillez y su noble ritmo, se inspira, en gran parte, en *La biblia* que conocía a fondo. En una carta del cardenal Gibbons para el director de *The Yale Review,* fechada el 10 de enero de 1920, dice el prelado, refiriéndose a un libro sobre *La biblia* al cual acababa de consagrar un artículo crítico el honorable Francis Egan:

Celebro ver el interés que despiertan *Las escrituras*. Setenta años ha, los hombres públicos de nuestra patria parecían saturados de *La biblia*. Estaban familiarizados con su contenido y citaban con facilidad texto tras texto. Entre muchos otros, Mr. Wébster parecía tener en la punta de la lengua las palabras de este libro inspirado. Recuerdo haber contado en los alegatos de Mr. Wébster como abogado, en el caso del testamento de Girard no menos de cuarenta citas de *Las escrituras* o de alusiones a ellas. Aparte su carácter de libro de inspiración, *La biblia* sigue siendo un medio de cultura.

Preguntáronle una vez a Wébster cuál era la cualidad principal que debe poseer un abogado, y contestó que "el don de expresarse con claridad." Al tratar las más complicadas cuestiones, como hacienda pública, enrevesados pormenores de litigios sobre límites, tecnicismos legales y comentarios de la constitución, exponía sus ideas y sus interpretaciones de una manera asequible a las inteligencias ordinarias. A menudo presentaba los asuntos de un modo tal que parecía exponer un argumento incontrovertible y concluyente. También era maestro consumado en el arte de definir la actitud de su antagonista.

En todos sus discursos forenses y en sus arengas de tribuno se revela un temperamento de poeta. La cualidad poética es la que comunica vida a sus peroraciones. Le daba un color ideal al punto que se proponía ganar. Le dió a la palabra "unión" una vitalidad tan intensa que cuando sobrevino al cabo la guerra civil, todos los hombres del norte sintieron que combatir por la Unión era combatir por un gran ideal.

Daniel Wébster murió en 1852. Su obra la continuó Abraham Lincoln. Lincoln no era abolicionista ni extremista, y fué odiado por el norte y por el sur, como lo había sido Wébster. Siguió la senda abierta por éste, y de ella no consiguieron apartarlo ni las amenazas del sur ni las reconvenciones del norte. Su elección de 1860 es uno de los milagros de la historia, pero después de haber soportado años enteros de denigraciones que hubieran amilanado el corazón de un hombre menos fuerte, debilitando su confianza en sí mismo, asistimos hoy a su verdadera apoteosis. Lincoln ya no nos pertenece, como no pertenece Shákespeare a Inglaterra: es una figura universal, y ninguna lista de los grandes hombres de todos los tiempos puede omitir su nombre. Antes inspiró a ciertos

individuos; hoy día es una inspiración para toda la humanidad.

Lincoln fué el heredero de Wébster. Miraba la Unión y la constitución con los mismos ojos que su predecesor. La moderación, cualidad fundamental de ambos, se consideraba entonces como indecisión y oportunismo. Ahora reconocemos que era pura sabiduría. Nos damos cuenta ahora de que lo que parecía vacilación era firmeza.

UN AMIGO DEL SUR

ERA natural que el sur lo odiara, porque se interpuso como un coloso entre los hombres del sur y el deseo que abrigaban en su corazón. Y aunque hoy día la mayor parte de los meridionales comprenden que fué su mejor amigo y que su pérdida fué una pérdida incomparablemente mayor para el sur vencido que para el norte victorioso, las viejas rencillas se reencienden todavía en ocasiones: señal del triunfo del sentimiento sobre la razón y de la vitalidad de los prejuicios. En *The New York Times* del 23 de junio de 1922, se habla de un libro publicado por una escritora del sur y de la aprobación que le otorgaron los veteranos separatistas en una junta reciente. El libro es un ataque contra Lincoln como provocador de la guerra; en sus páginas se censura el discurso de Géttysburg como obra de mala retórica y se difama su carácter personal. "Lincoln no debe presentarse como ejemplo a niños cristianos."

A estas horas semejantes cosas no dejan de causar sorpresa, pero son, si bien se mira, naturales, y, por ser humanas, interesantes. Mas prescindamos de eso. Lo que quiero decir es que, por haber proseguido la obra de Daniel Wébster, Abraham Lincoln fué atacado públicamente en el norte, por personas nativas del norte, precisamente en el momento en que más había menester su apoyo.

En 1863, en el período más lóbrego de la guerra, Wéndell Phillips publicó un libro intitulado *Letters and Speeches*, que contenía los discursos pronunciados por este orador entre 1860 y 1863. Mientras andaba la guerra, Wéndell Phillips se dedicaba a poner en ridículo al presidente Lincoln ante sus auditorios del norte; y, no contento con decir semejantes cosas en el calor del discurso, las recopilaba e imprimía en un libro bien encuadernado que lleva en la portada la fecha de 1863.

Esta obra parece haber caído en el olvido, pero vale la pena leerla. Citaré algunos pasajes de ella. Wéndell Phillips no tenía idea del verdadero carácter del hombre a quien vituperaba, y alguien podría decir que su ceguedad es explicable, puesto que nadie comprendió a Lincoln. Por desgracia para Phillips, la belleza del carácter de Lincoln la apreciaron las personas que simpatizaban con él. En la mañana siguiente a su elección de 1860, apareció en *The Press and Tribune* de Chicago el siguiente elogio:

> Es un hombre a quien la Providencia ha sometido a las vicisitudes de una vida humilde, a trabajos y privaciones, luchas y sacrificios, para infundirle la confianza en sí mismo, la honrada sencillez de la vida, la elevación y pureza del carácter y el amor por la justicia, la verdad y la libertad, a fin de que fuera idóneo para cumplir su misión.

Lincoln no fué un hombre educado, en el sentido estricto del vocablo; pero tenía insuperables aptitudes para la literatura, en la cual llegó a ser un maestro. Sentía, en primar término, el amor por la verdad y por la sinceridad, que es la base de todas las bellas artes, y conocía tan bien *La biblia* y las obras de Shákespeare que podía sostener una conversación por medio de citas. Quienquiera que conozca *La biblia* como la conocía Lincoln posee la mejor cultura que puede alcanzarse dondequiera.

El arte de la composición literaria es el arte de expresar exactamente lo que uno quiere decir, de un modo claro que se grabe en el espíritu de quienes lo leen o lo oyen. Los discursos y las cartas de Lincoln resisten esta prueba.

Examinemos, a la luz de la historia, lo que decía Wéndell Phillips en 1863:

> No siendo un abolicionista y siendo apenas un antiesclavista, Mr. Lincoln consiente en representar una idea antiesclavista. Es un peón en el tablero del ajedrez político, y su valor depende de su posición: con un buen esfuerzo podemos convertirlo en caballo, alfil o reina y barrer el tablero.
>
> "Tenemos por axiomática esta verdad: que todos los hombres han sido creados iguales." ¡Salud, pues, desunión!

Creo, por el contrario, que el propósito actual del gobierno, hasta donde tenga ahora un propósito, es concluir la guerra y conservar la esclavitud. Creo que Mr. Lincoln dirige al presente esa guerra con el propósito de conservar la esclavitud. Tal es su presente política, por lo menos hasta donde lo revelan los indicios dignos de fe de que existe una política.

Desde que asumió la presidencia no ha dado un solo paso que sea puramente militar, ni ha podido darlo tampoco. Una guerra civil apenas puede ser otra cosa que una guerra política; esto es, todas las guerras civiles son una lucha entre ideas opuestas, y los ejércitos no son más que instrumentos de esas ideas. Si Mr. Lincoln creyera en el norte y en la libertad, dejaría que nuestro ejército procediera según los principios de la libertad. No hace tal cosa. Considera al sur como el instrumento más eficiente y vital en estos momentos y, por lo tanto, se muestra deferente con él.

No digo que McClellan es un traidor, pero afirmo que si fuera un traidor de pies a cabeza, no le hubiera servido mejor al sur de lo que le ha servido desde que le nombraron comandante en jefe [aplausos]; no hubiera conducido la guerra con más exquisita deferencia hacia la política de aquel lado de la Unión. Y casi lo mismo puede decirse de Mr. Lincoln: que si hubiera sido traidor, no hubiera trabajado mejor por darle fuerza a un bando y evitar el triunfo del otro. Hoy día hay más peligro de que sea tomada Wáshington que Ríchmond.

Si se le juzga por las dos proclamas que sucedieron a la última ley de confiscación dictada por el congreso, el presidente no posee espíritu alguno. No ha pronunciado una sola palabra que nos dé la menor vislumbre de ningún propósito antiesclavista. Puede ser honrado: nadie se preocupa por que la tortuga sea honrada o no; pero no tiene ni penetración ni previsión ni decisión.

Con desconfianza y desdén crónicos por el pueblo, Lincoln se detiene temeroso. Nuestro amigo Cónway lo ha retratado bien. No es un genio, no es un hombre que, como Frémont,[3] imprime el sello de una idea en la masa de lava de la nación; ni es un hombre como Húnter, que con su experiencia fabrica sus ideas. Os diré lo que es: es un hombre de primer orden *entre los de segunda clase.* Es uno de los mejores ejemplares de un hombre de segunda clase, y espera honradamente, como cualquier otro criado, que el pueblo vaya a decirle qué es lo que desea que haga.

Así, cuando nuestros gobernantes asumieron la gran obra de defender a la nación en el mayor de los peligros, no se atrevieron a arrojarse en el seno de la muchedumbre y confiaron la suerte de la patria al corazón de los que la amaban. Vuestro presidente permaneció sentado en Wáshington, incierto acerca de lo que debía hacer y hasta dónde debía ir. Meses tras meses, vacilante, sin fe, inseguro, aventuraba ahora un paso y después otro, asombrado de que, a cada uno de esos pasos, la nación compareciera ante él, pronta a acoger cualquier palabra que tuviera a bien decir y a apoyar cualquier política que se le ocurriera proponer, de modo que cuestiones que han sido tema de enojosas disputas y cuestiones que han sido objeto de graves dudas han dejado de discutirse al aparecer cierta señal.

Cesad de apoyaros en el gobierno de Wáshington. Es una caña rota, si no algo peor. Estamos perdidos a menos que el pueblo logre correr el temporal sin capitán ni piloto; y de que lo consiga a pesar de que el timón anda todavía peor. El presidente es un hombre honrado, esto es, tiene una honradez a la manera de Kentucky, la cual es algo diferente de la honradez de Massachusetts o de Nueva York. Un hombre no puede elevarse por encima de la atmósfera en que ha nacido.

Aspira a cumplir con su deber y, dentro de la capacidad que Dios le ha dado, ha luchado y ha conducido al pueblo a la lucha, con el arma de la emancipación parcial que el pueblo sostiene ahora resplandeciente en la diestra. Pero debemos recordar que sus mismos prejuicios y su rigidez moral, que hicieron de él un buen candidato en 1860, cuando los partidos, iracundos y apenas educados a medias, luchaban por la victoria, hacen de él un mal conductor, o, mejor dicho, le impiden ser conductor en absoluto en una crisis como ésta por que atravesamos.

Phillips llamó a Lincoln "vacilante, sin fe, inseguro." Comparemos esa afirmación con la famosa carta de Lincoln a Gréely:

22 de agosto de 1862.

Acabo de leer la carta que me dirigió el 19 de los corrientes y que corre inserta en la *New York Tribune.*

Si hay en esa carta afirmaciones o presunciones erróneas, no voy a controvertirlas aquí ahora.

Si hay allí deducciones que me parezcan falsas, no voy a discutirlas aquí ahora.

[3]John Charles Frémont (1813-1890): explorador, general y político, nacido en Savannah, Georgia, a quien se llamaba Explorador de Rumbos, por haber descubierto el South Pass en las Montañas Rocallosas, donde, según la tradición, enarboló la bandera de los Estados Unidos en el pico más alto, que el autor de este artículo supone ser de origen volcánico.—La Redacción.

Si se percibe allí un tono impaciente y dictatorial, prescindo de él, en deferencia a un viejo amigo, cuyo corazón siempre he creído honrado.

En cuanto a la política que "parece que persigo," como usted dice, no puedo permitir que se tenga duda alguna sobre ella. Quiero salvar a la nación y quiero salvarla por el camino más expedito dentro de la constitución.

Cuanto más pronto se restablezca la autoridad nacional, más cercana estará la unión: la unión tal como existía antes.

Si hay quienes no salvarían la Unión a menos que, al mismo tiempo, pudieran salvar la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos.

Si hay quienes no salvarían la Unión, a menos que, al mismo tiempo, pudieran destruir la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos.

Mi objeto capital en la lucha es salvar la Unión, y no conservar ni destruir la esclavitud.

Si pudiera salvar la Unión sin libertar un solo esclavo, así lo haría; si pudiera salvarla libertando a todos los esclavos, así lo haría; y si pudiera salvarla libertando a unos y dejando a otros en la esclavitud, así lo haría también.

Lo que hago con respecto a la esclavitud y a la raza negra, lo hago porque creo que contribuye a salvar la Unión; y lo que dejo de hacer dejo de hacerlo porque no creo que ayudaría a salvar la Unión.

Haré menos siempre que crea que lo que hago es dañino para la causa de la Unión; y haré más siempre que crea que haciendo más ayudo a esa causa.

Trataré de corregir los errores cuando se me demuestre que son errores; y adoptaré nuevas opiniones tan pronto como vea que esas opiniones están en lo justo.

He declarado aquí mis propósitos de acuerdo con mi opinión acerca de mis deberes oficiales, y no me propongo modificar mi deseo personal, promulgado a menudo, de que todos los hombres de todas partes sean libres.

A UNA MADRE

Carta de Abraham Lincoln a Mrs. Bixby, Boston.

CASA PRESIDENCIAL,
Wáshington, *21 de noviembre de 1864.*

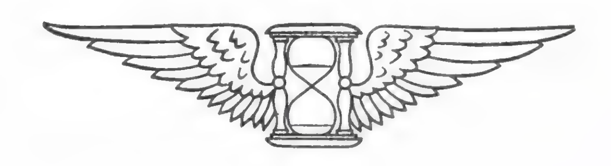
MUY SEÑORA MÍA:

He visto en el archivo del departamento de guerra y en informe del ayudante general de Massachusetts, que es usted la madre de cinco hijos que han muerto gloriosamente en el campo de batalla. Comprendo cuán débil y vana sería toda palabra que intentara distraerla del dolor de una pérdida tan abrumadora; mas no puedo prescindir de ofrecerle el consuelo que quizás le proporcione la gratitud de la república para con aquellos que murieron por salvarla. Quiera nuestro Padre celestial dar lenitivo al dolor que la aflige, dejándole sólo el recuerdo de los hijos amados y perdidos y el grave orgullo que ha de sentir por haber hecho un sacrificio tan costoso en el altar de la libertad.

De usted muy sincera y respetuosamente,

A. LINCOLN.

Como estadista y como hombre público Lincoln fué un discípulo de Wébster; por su carácter y en el trato con sus semejantes fué un discípulo de Cristo.



LOUIS PASTEUR

POR

W. W. KEEN

El nombre de Pasteur ha resonado en todos los confines de la tierra. Sus magnas labores son generalmente conocidas por sus brillantes resultados. Pero no son generalmente conocidos los detalles de sus investigaciones ni la manera cómo descubrió el bacilo y las causas de muchas enfermedades. Estos interesantes detalles y otros respecto del merecido galardón que sus triunfos le conquistaron nos hace conocer el autor del siguiente artículo.—LA REDACCIÓN.

RINDAMOS homenaje a los grandes hombres, decía Pasteur en 1884 a los estudiantes en ocasión del tercer centenario de la University of Édinburgh, con ingenua inconsciencia de que el título pudiera aplicarse a él mismo. Precisamente a causa de este homenaje de admiración celebramos ahora el primer centenario del nacimiento de Pasteur, uno de los hombres más eminentes del mundo.

Los tres acontecimientos más importantes de su vida física fueron: su nacimiento el 27 de diciembre de 1822; el ataque de parálisis que sufrió en 1868, a los cuarenta y seis años de edad; y su fallecimiento el 28 de septiembre de 1895, cuando contaba setenta y tres años. Afortunadamente, la parálisis se radicó en el lado izquierdo de su cuerpo, como resultado de la ruptura de un vaso sanguíneo en el lado derecho del cerebro. Si la ruptura se hubiera producido en el hemisferio izquierdo del cerebro, habría perdido la facultad de la palabra y convertídose en una ruina intelectual por todo el resto de su vida.

Comparemos ahora su labor anterior y posterior al ataque de parálisis. Antes de que le acometiera el ataque en 1868 había realizado sus descubrimientos en cristalografía y en las diversas fermentaciones. Había dado el *coup de grâce* a la generación espontánea. Había solucionado el problema de los cambios deletéreos en la cerveza y el vino. Había iniciado y hecho grandes progresos en sus estudios de las enfermedades de los gusanos de seda. Estos cinco triunfos solamente bastaban para hacerle famoso.

Después de su parálisis continuó su labor en la forma siguiente. Primero, completó sus estudios sobre los gusanos de seda, salvando así del desastre la industria entera de la seda en Francia. Segundo, demostró la validez de la teoría del germen en las enfermedades, revolucionando la medicina, la cirugía y la obstetricia. Tercero, evidenció plenamente la *vera causa* de la fiebre puerperal. Cuarto, descubrió la curación del ántrax, evitando que sus destrozos extinguieran los ganados de Francia: descubrimiento que representó a la nación una economía positiva, que ascendió a más del total de los cinco mil millones de francos exigidos por Alemania a raíz de la guerra de 1870 a 1871. Quinto, descubrió la causa del cólera en las aves de corral y formuló un virus para combatirlo. Sexto, encontró el origen de la erisipela septicémica en los cerdos y descubrió la vacuna para contrarrestarla. Séptimo, aun cuando no se haya encontrado todavía la verdadera causa de la hidrofobia, descubrió Pasteur un antídoto que ha abolido casi por completo la muerte producida por la mordedura de animales atacados de rabia. Pasteur ha constituído, solo, la más activa y eficaz sociedad establecida para la prevención y cura de las enfermedades de los animales, y no solamente de los animales de Francia, sino de todo el mundo; no solamente en su tiempo, sino en todos los tiempos.

Pasteur era un talento múltiple que poseía casi tantas facetas como sus queridos cristales. A ello se debe el asombroso múmero de descubrimientos, todos ellos de trascendental importancia, que llevó a cabo después de una enfermedad que para la mayor parte de los hombres había significado el considerarse completamente inválidos. Es verdad que cojeaba con su pierna paralítica; pero su mente, en vez de claudicar, manteníase más brillante, activa y fértil

que nunca. ¡Cuánto alentará este ejemplo a futuros paralíticos de análoga capacidad mental! Dejemos a los médicos el cuidado de referir a sus pacientes los trabajos que Pasteur llevó a cabo posteriormente a su enfermedad. En el presente artículo sólo podemos incluir unos cuantos ejemplos.

¿Cuál era el concepto científico y especialmente el concepto quirúrgico en la época en que Pasteur comenzó sus estudios de las fermentaciones?

Lille era sede de la universidad en que Pasteur fué nombrado profesor de química en 1854. Cierto manufacturero de alcohol de remolacha vino una vez a buscarle, solicitando sus consejos para prevenir serias pérdidas monetarias debidas a mala fermentación. El laboratorio de Pasteur estaba apenas provisto de un "microscopio de estudiante y una estufa enteramente primitiva de carbón vegetal." Cuarenta años más tarde, en Würzburg, el año de 1895, otro sencillo laboratorio estaba igualmente desprovisto de instrumentos, salvo un tubo de Crookes y una pila eléctrica de Rúhmkorff. Pero el genio se sobrepone a las deficiencias de equipo. Los dos magos que reinaban en estos laboratorios triunfaron de la falta de aparatos. Röntgen descubrió los rayos X, y Pasteur solucionó el problema de la fermentación. Los químicos opinaban por entonces que la causa de la fermentación era "obscura." Berzelius la atribuía a catálisis, esto es, a la teoría de que la sola presencia de las células fungosas produce la fermentación. Líebig, el químico autócrata de aquella generación, insistía en que la porción muerta de las células era lo que actuaba en el azúcar.

Pasteur estudió primero en Lille y más tarde en París las diversas fermentaciones —alcohólica, láctica, bútica—en su aplicación al vino, cerveza, leche, manteca de vaca, etcétera. Con ayuda del microscopio descubrió los diminutos gránulos que aparecían en las diferentes fermentaciones. Observó que diferían en forma y volumen tanto cuando la fermentación era normal como cuando se hacía anormal.

Introdujo algunos de estos gránulos en el líquido adecuado y descubrió que siempre producían fermentación. Evidentemente, allí *residía* el fermento. No solamente eran substancias químicas, sino células vivas. Las reacciones químicas de las diversas fermentaciones representaban todas "fenómenos de vida," y no simples reacciones provocadas por la química.

Cuando descubría en el curso de sus experimentos que sus deducciones eran erróneas, las abandonaba inmediatamente, buscando otras capaces de sostenerse a través de todas las pruebas. Era tan exigente que escribió: "En la ciencia experimental constituye siempre un error el *no* dudar hasta tanto que los hechos *obliguen* a afirmar." ¡Qué gran lección encierran estas palabras para los hombres de ciencia de nuestra generación! En 1860 escribía ya, comentando estos estudios de la fermentación, "Asumen interés trascendental, relacionados como se hallan con el impenetrable misterio de la vida y de la muerte," primera indicación del resultado completo de su descubrimiento final de la "teoría del germen en las enfermedades," hoy doctrina inatacable.

Mediante una serie de experimentos con gran número de frascos, comprobó Pasteur que el oxígeno no era la causa de la putrefacción, como afirmaba Líebig. (Emplearé las palabras "gérmenes," "bacterias," y "microbios" por ser prácticamente irreemplazables en este artículo). Llenó parcialmente cada frasco con algún líquido de fácil descomposición, sellándolo herméticamente mientras se hallaba en plena ebullición. Con las precauciones más minuciosas contra cualquiera contaminación accidental, abrió después estos frascos en diversos sitios: el patio del observatorio; el cuarto de una posada; una carretera distante de toda habitación; el Mount Poupet, a una elevación de setecientos sesenta y dos metros aproximadamente; el sótano del observatorio; y, finalmente, en el *Mer de Glace*, a una altura de cerca de ciento ochenta y tres metros. En los primeros sitios en que llevó a cabo el experimento, y donde había gran proporción de polvo en el aire, el líquido de los frascos entró en putrefacción. Luego, el número de frascos en que se producía la putrefacción descendió a cinco entre veinte en el Mount Poupet, a uno entre veinte en el aire largo tiempo tranquilo del sótano del observatorio, y a uno entre veinte asimismo en el *Mer de Glace*. En los últi-

mos dos casos se demostró que la putrefacción del líquido del frasco era debida a gérmenes llevados en el vestido o la persona del experimentador. De esta manera comprobó Pasteur que la fermentación y putrefacción provienen de gérmenes específicos *vivos*, y que el aire libre de gérmenes no puede causar putrefacción.

El famoso y confirmatorio experimento posterior de Líster se llevó a cabo con sólo cuatro frascos. Dichas vasijas contenían a su vez líquido de fácil putrefacción. Hiciéronse hervir abundantemente para destruir todos los gérmenes, pero en vez de sellarlos como en los experimentos de Pasteur, dejáronse los cuatro libremente abiertos al aire. El estrecho cuello de uno de los frascos se colocó verticalmente abierto al aire. Los otros se dejaron también abiertos, pero colocados a diferentes ángulos hacia abajo. El aire cargado de oxígeno penetraba lentamente durante la fresca noche en los cuatro frascos alineados en un escaparate del laboratorio para ser expelido de nuevo durante el calor del día. En el frasco de cuello colocado verticalmente, los gérmenes del aire caían directamente al líquido. En los demás, a causa de ser los gérmenes más pesados que el aire, deteníanse en la parte interior del cuello de los frascos obedeciendo al perezoso movimiento del aire. No llegaban, por consiguiente, a infiltrarse en el líquido. El contenido del primer frasco entró muy pronto en descomposición. El líquido de los otros continuó dulce e inalterable durante diez años, ¡hasta que los frascos fueron destruídos en un incendio!

La causa o causas de las diversas infecciones y enfermedades contagiosas obsesionaba de continuo la mente investigadora de Pasteur; "hurgaba su cerebro," como decimos a veces pictóricamente. En marzo de 1863 confesó audazmente a Napoleón III que "su mayor ambición era descubrir las causas de las enfermedades pútridas y contagiosas."

No permitió, sin embargo, que los estudios científicos afectaran la espiritualidad de su temperamento. En carta a Sainte-Beuve, en 1865, escribía: "Mi filosofía procede del corazón y no del cerebro; y me entrego a veces del todo, por ejemplo, a aquellos sentimientos respecto de la eternidad que acuden naturalmente al pie del lecho de un amado hijo pequeño, próximo a exhalar el último suspiro. En esos momentos supremos algo nos dice en lo más profundo del alma que quizá el mundo no es solamente una simple combinación de fenómenos propios de un equilibrio mecánico, que no ha brotado del caos de los elementos tan sólo en virtud de la acción gradual de las fuerzas físicas." La fe es una función de la mente, tanto como lo es la pura lógica. Mas debemos cuidar siempre de que la fe no degenere en superstición.

Restablecido del ataque de parálisis, Pasteur reasumió sus estudios sobre las enfermedades de los gusanos de seda. Estos estudios le ocuparon cinco años, cinco años muy fructuosos, porque descubrió la causa de las dos enfermedades del gusano de seda—*pébrine* y *flacherie*—y la manera de contrarrestar sus destrozos. Pero ésta es historia muy conocida, y podemos omitirla. Mencionaré de paso, sin embargo, el triunfante resultado de dichos trabajos. La existencia misma de la industria fabril de sedas en Francia veíase amenazada. A la mente investigadora de Pasteur se debió la restauración y afianzamiento del porvenir de esta industria.

Por aquel tiempo los rebaños de Francia se veían asolados por una plaga misteriosa, diversamente calificada de ántrax, carbunco y fiebre esplénica. Una maldición parecía haber caído sobre los ganados lanar y vacuno. Innumerables ovejas y carneros morían en pocas horas. A veces, aun antes de que el pastor se diera cuenta de que estaban atacados por la enfermedad, un veinte, treinta, cuarenta y hasta cincuenta por ciento del rebaño había muerto. En cuanto al ganado vacuno, la plaga se extendió por toda Europa con resultados igualmente fatales. En tres años perecieron ciento cincuenta mil cabezas de ganado en la Rusia europea, y quinientos veintiocho seres humanos contrajeron la enfermedad por contagio de los animales, y asimismo perecieron. De 1880 a 1890 hubo más de veinticuatro mil casos en Italia, con una mortalidad de veinticinco por ciento. Un arañazo, una lastimadura de alfiler abrían ampliamente las puertas a la muerte.

Cierto día, en una sementera recientemente cosechada cerca de Chartres, ob-

servó Pasteur un sitio en que el color del terreno difería del resto del campo. Su mente, siempre alerta, buscó inmediatamente la razón. Sus investigaciones le hicieron saber que allí se había enterrado el año anterior el ganado muerto de ántrax. Un examen cuidadoso demostró que la diferencia de color se debía a pequeños huecos cilíndricos dejados por las lombrices de tierra. Examinando estos gusanos, encontró que tenian los esporos del ántrax. Eran mensajeros de la muerte, que llevaban a la superficie los gérmenes del ántrax de las enterradas reses.

Los esporos (o semillas, como podría llamárseles) son extremadamente persistentes y virulentos. Aun después de diez o doce años existen en la sepultura de los animales muertos de ántrax; y si llegan a infectar cualquier lastimadura de la piel de un ser humano o las traga el ganado junto con la hierba, producen inmediatamente el ántrax con alta proporción de mortalidad. Son muy resistentes al calor, mucho más que las otras bacterias. Cuando se les somete a una temperatura de cuarenta y cinco grados, los esporos no se desarrollan. Después de sometidos a temperatura de cuarenta y dos a cuarenta y tres grados, se desarrollan débilmente, y, pasados diez o doce días, pierden poco a poco el poder de producir la enfermedad. ¡El virus debilitado se convierte entonces en antídoto contra el ántrax!

Todos estos hechos fueron manifestándose frente a una vigorosa oposición. Finalmente, en abril de 1881, la sociedad agrícola de Melún propuso un experimento público ante hombres de ciencia: veterinarios, agricultores, y, a la verdad, todo el círculo interesado en la agricultura. Tan seguro estaba Pasteur de los resultados que aceptó el reto, proponiendo el ensayo siguiente en la granja de Pouilly le Fort. El 5 de mayo vacunaría a veinticinco vigorosas cabezas de ganado lanar con una inyección hipodérmica de su primer virus preventivo. El 17 de mayo administraría una segunda inyección más poderosa a las mismas veinticinco cabezas. El 31 de mayo las veinticinco cabezas de ganado vacunadas y otras veinticinco que no hubieran sido sometidas a dicho tratamiento serían inoculadas con una dosis virulenta de ántrax. Predecia rotundamente que alrededor del 5 de junio las veinticinco ovejas vacunadas estarían vivas y en buenas condiciones de salud, y que las veinticinco que no recibieran la vacuna preventiva habrían perecido. Era en realidad una prueba feroz, pero concluyente. Uno de sus oponentes lanzó la advertencia: "No debe olvidar Monsieur Pasteur que la Roca Tarpeya está muy cerca del Capitolio." Pero la Roca Tarpeya encerraba muy pocos terrores para experimentador tan avisado como Pasteur.

La prueba se llevó a efecto en presencia de una numerosa asamblea, y se hizo todavía más severa administrando una triple dosis de ántrax el 31 de mayo. El 2 de junio habían muerto dieciocho de las veinticinco cabezas de ganado que no habían recibido el virus preventivo, y las restantes estaban moribundas. Todas habían perecido antes del 5 de junio, en tanto que las veinticinco cabezas vacunadas estaban bien, con excepción de una oveja que murió por causas diferentes, conforme se comprobó en examen posterior. Fué, en verdad, un éxito sorprendente.

El concepto quirúrgico de aquel tiempo era que "la fisiología no tenía aplicación práctica en la medicina. Es solamente una ciencia *de luxe,* sin la cual podemos muy bien pasarnos." Chassaignac, el *écraseur* barbárico, decía: "La cirugía de laboratorio ha destruído gran número de animales y salvado muy pocos seres humanos."

Cuando Alphonse Guérin desinfectaba en 1871 con ácido fémico o alcohol alcanforado las heridas recibidas en las asonadas de la *Commune,* Reclus no podía convencerse de que diecinueve de treinta y cuatro pacientes hubieran sobrevivido a las operaciones. "Nos habíamos acostumbrado a creer," decía Reclus, "que la infección purulenta era una condición inevitable y necesaria, una consecuencia casi de institución divina, en toda operación de importancia."

Pasteur y Líster "revolucionaron todo esto." Pasteur enunció y comprobó los principios fundamentales. Líster interpretó y amplificó estos principios, aplicándolos con habilidad maravillosa a la cirugía. Estos dos hombres, secundados más tarde por muchos otros—cirujanos,

bacteriólogos, químico-fisiólogos, patólogos y fisiólogos—revolucionaron la cirugía. De allí que la cirugía se haya convertido ahora en una ciencia completamente nueva. La humanidad tiene una deuda especial de gratitud para con estos primeros investigadores que exploraron la obscura selva de hechos a menudo contradictorios en apariencia, y nos sacaron de la obscuridad de la selva a la alegre luz de nuestros días.

Antes de la época de Pasteur, conforme lo demuestra la frase de Reclus arriba citada, la cirugía se veía obligada a luchar constantemente contra la infección aguda y a menudo fatal de varios gérmenes, tales como los estafilococos, los estreptococos, el bacilo del tétanos, de la tuberculosis, y otros microbios semejantes. Estos gérmenes producían la muerte en el cuarenta, sesenta, noventa y aun más del noventa por ciento de casos de operaciones y heridas accidentales, como amputaciones, ovariotomía y sus complicaciones, o sea, erisipela, tétanos y envenenamiento de la sangre.

Todos los hombres a quienes me he referido fueron contemporáneos míos. Hasta 1876 yo también practicaba ignorantemente la antigua cirugía séptica. Después de escuchar a Líster en el congreso médico celebrado en conexión con la exposición del centenario de Filadelfia en 1876, deseché por completo y para siempre aquellos métodos. La nueva cirugía inauguraba un paraíso de la ciencia quirúrgica.

Ósler compendió de la manera siguiente el informe de Paul Bert al gobierno francés: "la obra de Pasteur representa tres grandes descubrimientos. Primero: toda fermentación es producida por el desarrollo de algún microbio vivo especial. Segundo: toda enfermedad infecciosa es producida por el desarrollo de algún microbio vivo especial dentro del organismo. Tercero: el microbio de toda enfermedad infecciosa, cultivado bajo ciertas condiciones destructivas, experimenta una atenuación de sus actividades patológicas. De virus infeccioso se convierte en virus preventivo."

¡Qué cadena más maravillosa de descubrimientos! ¡Qué don más maravilloso a la humanidad! Es necesario repetírselo a sí mismo una y otra vez para que llegue a compenetrarse con la mente.

Consideremos la labor de Pasteur en relación con la fiebre puerperal. ¡Qué injusticia tan monstruosa constituía que —como pasaba en mis juveniles años de medicina—una función fisiológica normal necesaria para la continuación de la raza, el advenimiento de un nuevo ser humano, hubiera de representar un peligro mortal para la mujer; que la maternidad fuera temida; que cinco de cada cien madres hubieran de perder la vida, dejando un esposo desolado, un hijo privado de las caricias y amparo de su madre! Nuestro mismo compatriota, Óliver Wéndell Holmes, provocó en 1843 una violenta controversia afirmando que médicos y enfermeras transmitían la infección de uno a otro caso. Diecisiete años más tarde, cuando comencé yo el estudio de la medicina, ardían y humeaban todavía los fuegos de la controversia. En 1847, el vienés Semmelweiss demostró prácticamente esta verdad con los benéficos resultados de una rigurosa limpieza. Exigía que todas las personas que asistieran un caso de obstetricia se lavaran previamente las manos con cloruro de cal—un antiséptico—a pesar de que no podía comprender su acción germicida, porque en aquel tiempo los gérmenes eran totalmente desconocidos. Pero sólo en marzo de 1879 se reveló, gracias a los estudios de Pasteur, la verdadera causa, esto es, el germen definido de la fiebre puerperal.

En 1856, en la Maternité de París, fallecieron sesenta y cuatro madres de trescientas cuarenta y siete allí acogidas. El hospital hubo de cerrarse, y las sobrevivientes se refugiaron en el hospital de Lavoisier donde sucumbieron casi todas, atacadas de un mal "epidémico" según se creyó entonces. En 1864 ocurrieron trescientas diez muertes en 1,350 casos, y la Maternité tuvo que cerrar de nuevo sus puertas. La misma horrible historia se repetía en los demás países de Europa y de América. A veces, más del cincuenta por ciento—¡más de la mitad de las madres!—perecía. No obstante, las heroicas madres de la raza jamás se amedrentaron, siempre afrontaron valerosamente los peligros de la maternidad. Y ahora, gracias a Pasteur, sus sucesoras recogen el galardón.

Citaré la descripción de Roux referente a la escena que se desarrolló en la Académie de Médicine en 1879: "En una discusión

acerca de la fiebre puerperal, uno de sus colegas más caracterizados se extendía elocuentemente sobre las causas de la "epidemia" en los hospitales de maternidad. Pasteur le interrumpió desde su asiento: "Ninguna de esas cosas," dijo, "produce la epidemia; son los médicos y enfermeras quienes transmiten el microbio de una mujer infectada a otra sana." Y como el orador replicara que temía que dicho microbio jamás pudiera aislarse, Pasteur se dirigió al encerado y trazó el diagrama de un organismo semejante a una cadena, exclamando: "*Voilà!* El microbio asume esta forma." Había descrito y diseñado la bacteria purulenta más peligrosa, el estreptococo, que se encuentra no sólo en la fiebre puerperal sino en las erisipelas, en diversas formas de envenenamiento de la sangre, en la piohemia y en la septicemia.

¿Cuál ha sido el resultado? Sólo necesito mencionar la estadística publicada por el doctor A. W. W. Lea, de Londres. En una serie de mil trescientos setenta y tres casos consecutivos, ni una sola madre falleció de fiebre puerperal. En mis tiempos de aprendiz, hace sesenta años, hubieran muerto cuatrocientos madres entre más de ocho mil casos; y de prevalecer lo que se calificaba como "epidemia," ¡más de cuatro mil cuatrocientos madres podrían haber perecido!

Es oportuno observar especialmente el significativo hecho de que las enfermedades principales que todavía causan destrozos, como el cáncer, la escarlatina, el sarampión, tos convulsiva, etcétera, son aquellas de las cuales aun no se ha descubierto el germen. Encuéntrese el germen, y se habrá dado un gran paso hacia el descubrimiento del antídoto.

El tratamiento de Pasteur para la hidrofobia fué su triunfo más brillante, el último de la larga serie de beneficios con que ha favorecido tanto al hombre como a los animales. En razón de nuestra ignorancia de las causas de la hidrofobia, y del prolongado período de su incubación, era una investigación extremadamente dificultosa. La inoculación de la saliva producía la enfermedad, pero sólo después de transcurrido considerable intervalo.

Pasteur determinó primero, mediante experimentos en conejos, que el virulento veneno se radicaba en los centros nerviosos, especialmente en la parte superior de la medula espinal, llamada la medula oblongada. Inoculando al conejo "B" con dicha parte de la medula espinal del conejo "A," muerto de hidrofobia, e inoculando en seguida la medula espinal del conejo "B" al conejo "C," y la del conejo "C" al "D," y así sucesivamente, descubrió que el período de incubación se acortaba de continuo. Por último, quedó demostrado que siete días era el período más corto de incubación que podía obtenerse. De otro lado, el veneno que se desarrollaba en la medula oblongada era mucho más virulento que el producido por la saliva de un perro atacado de hidrofobia.

En seguida, de acuerdo con la lección aprendida en sus experimentos anteriores, especialmente en el cólera de las aves de corral, suspendió en un pote esterilizado de cristal la medula espinal de un conejo muerto de hidrofobia, depositando en el fondo del pote cierta cantidad de potasa cáustica destinada a absorber la humedad de la medula. Tras numerosos experimentos con dichas infectadas medulas espinales, descubrió Pasteur que la virulencia del veneno se debilitaba día a día; de manera que si, al cabo de catorce días, se inyectaba con una aguja hipodérmica una porción de esta medula, disuelta en agua esterilizada, en el cerebro de un perro, no tenía fuerza suficiente para producir la hidrofobia.

Comenzó entonces una serie de inoculaciones de medula espinal en animales, principiando por la inofensiva, la que había estado secándose durante catorce días. No se produjo efecto pernicioso alguno. El perro no contrajo la hidrofobia. El siguiente día repitió la inoculación con una medula que había estado secándose trece días, luego con otra de doce días, y así sucesivamente. El resultado fué que, al cabo de dos semanas, un perro inoculado con la medula de un conejo muerto el mismo día—dosis que infaliblemente habría causado la muerte, de usarse en animal que no hubiera recibido las inoculaciones preventivas—no contrajo la enfermedad. ¡El virus infeccioso se convertía así de nuevo en antídoto protector!

En la práctica, la hidrofobia no se desarrolla en todas las víctimas de una mor-

dedura. Entre cien personas mordidas por perros *que se supone* atacados de rabia, la proporción que contrae la enfermedad alcanza solamente a dieciséis. Pero estas dieciséis personas perecían todas. No se contaba un solo caso de cura después que se había declarado la hidrofobia. La proporción de mortalidad en estos casos era de ciento por ciento. Desde que se adoptó el tratamiento de Pasteur la mortalidad se ha reducido de dieciséis a medio por ciento, y menos todavía, no sólo en Francia sino en todas partes. No es de admirar que en todo el mundo civilizado existan institutos de fácil acceso para administrar el tratamiento de Pasteur contra esta horrible enfermedad.

En julio de 1920, en el Institut Pasteur de París, tuve el gran placer de estrechar la mano a Jóseph Méister, entonces *concierge* del establecimiento. Era "el pequeño alsaciano" que, cuando apenas contaba nueve años, había sido el primer ser humano salvado de una muerte desastrosa por la eficacia de este tratamiento. Es interesante leer en la *Vie de Pasteur*, por Vallery-Radot, las tremendas impresiones del sabio cuando salvó de la hidrofobia a su primer paciente. Presentábanle un niño terriblemente lacerado con catorce heridas, cuando Pasteur no había completado todavía los necesarios experimentos. ¿Qué haría, si en vez de curar al chico, provocaba la enfermedad al inocularle las inyecciones últimas de medula espinal, una del día anterior y la otra de animal muerto el mismo día? Noches de insomnio cruel fueron su lote hasta que el tiempo demostró que todo marchaba perfectamente.

No han transcurrido todavía ochenta años desde la primera victoria quirúrgica en que la anestesia triunfó sobre el dolor: dolor tan intolerable que muchos pacientes rehusaban el entonces problemático alivio del bisturí, afrontando deliberadamente la tumba. La anestesia, con su bienhechora eliminación del dolor, cambió por completo la actitud mental del enfermo hacia el alivio ofrecido por la agonía de una operación. Subsistía todavía una barrera, una terrible barrera: el vasto número de muertes producidas por infección, a raíz aun de operaciones sumamente sencillas practicadas por los mejores cirujanos de la época. Pasteur desbarató esta barrera, como se ha dicho, haciendo salva la cirugía excepto en pequeñisima proporción de casos.

Pasteur tuvo la fortuna de vivir lo suficiente para gozar los proficuos frutos de su admirable labor, para saborear triunfo tras triunfo. En 1881 me encontraba yo presente en la gran asamblea del Congreso Médico Internacional de Londres. Cuando Pasteur avanzaba hacia la plataforma resonaron aplausos y aclamaciones tumultuosas, que él creía dedicadas al príncipe de Gales, hasta que Sir James Páget, presidente del congreso, le aseguró eran para él, Pasteur, el héroe de la asamblea en razón de sus numerosos y trascendentales descubrimientos. Aunque la descripción siguiente de su apariencia personal fué escrita algún tiempo después, se amolda en general a la impresión que experimenté en aquella ocasión:

> Todo el mundo sabe que Pasteur es de pequeña estatura . . . y que arrastra un poco la pierna a semejanza de un herido veterano. La edad, las enfermedades, sus pesadas labores de tantos años; la amargura de la controversia, la pasión intensa por su obra, y últimamente, aquella postración que sucede al triunfo, se han combinado para modelar un rostro egregio. . . . La amplia y arrugada frente, surcada por las cicatrices del genio; la boca ligeramente entreabierta por la parálisis, pero llena de benevolencia . . . y, sobre todo, la llama del pensamiento que todavía fulgura en los ojos bajo la obscura sombra de las cejas: he allí a Pasteur conforme apareció ante mis ojos.

En 1884, el congreso médico de Copenhague se hizo memorable, y Pasteur fué aclamado como su héroe, ante el anuncio de la conquista de la hidrofobia por el sabio. Fué nombrado sucesivamente miembro de la Académie de Médecine, de la Académie des Sciences, y finalmente, en 1882, fué elegido como uno de los cuarenta inmortales de la Académie Française. En 1888, se edificó el Institut Pasteur, donde todavía perdura y perdurará por todos los tiempos su espléndida obra en beneficio de la humanidad.

Pasteur encontró la llave que franqueó las puertas a una certidumbre completa respecto de las causas de muchas enfermedades,

especialmente de la fiebre puerperal y de muchas condiciones quirúrgicas que representaban un continuo tributo a la muerte en todas las naciones, en todas las clases y en todos los siglos. Antes de Pasteur, podíamos solamente conjeturar las causas de aquella condición fundamental, ampliamente difundida, aquel mariscal de las huestes de la muerte, la Infección, con su holocausto de víctimas. Pasteur fué quien señaló el camino y nos facilitó las armas que nos dieron la victoria. Pasteur fué quien nos abrió primero los ojos para descubrir la multiplicidad de nuestros enemigos en el reino de lo infinitamente pequeño. Fué él quien inspiró la obra de muchos de sus colegas y admiradores.

No tengo la menor vacilación en afirmar que Pasteur ha sido el benefactor supremo en cuanto al bienestar físico de la raza humana. Desafió la ignorancia y los prejuicios, y, después de lucha encarnizada, hubieron de capitular. Desafió la enfermedad, y la obligó a revelar sus secretos. Desafió la muerte misma, y ésta huyó ante su presencia.

¿Se os hace difícil aceptar afirmación tan rotunda? Bien; razonemos juntos. Recordad su obra salvadora en relación con la existencia de los gusanos de seda. Son seres humildes, lo admito; pero indudablemente gozaban de la vida mientras devoraban las suculentas hojas de morera. Y de la existencia de aquellas miriadas de gusanillos dependía en medida considerable la prosperidad de Francia. Recordad cómo evitó el sufrimiento y salvó la vida de cerdos, aves domésticas, caballos, ganado lanar y vacuno, no sólo en Francia sino en toda la extensión de la tierra. Recordad cómo evitó horribles sufrimientos y salvó la vida de centenares y aun millares de seres humanos en virtud de sus investigaciones y estudio de la hidrofobia. Recordad cómo salvó del sufrimiento y evitó la muerte de innumerables millones de seres humanos a consecuencia de infecciones médicas, quirúrgicas y puerperales. Convendréis entonces conmigo prontamente, por más extravagante que al principio os haya parecido mi afirmación.

Hacemos bien, por lo tanto, en celebrar, con motivo del centenario de su advenimiento, la memoria de este eminente francés a quien todas las naciones civilizades reconocen hoy como uno de los mayores benefactores de miriadas de animales y de millones de seres humanos.



OLOR DE MAR

POR

WÍLBUR HALL

El protagonista de este relato se encuentra en las mismas condiciones que ciertos personajes de los cuentos orientales, a quienes el horóscopo ha revelado un destino fatídico y que tratan de eludirlo por medio de ardides más o menos ingeniosos. Una pareja de ancianos huye del mar victimario que les ha arrebatado a sus hijos y va a esconderse con el último vástago de su raza en las montañas, lejos de la fascinación de las inconstantes olas: de allí el desenlace.—LA REDACCIÓN.

En las tierras del interior no sabían qué misterio contemplaba Poltarness. En un día tranquilo, cuando reinaba la calma, y los hombres paseaban felices o apacentaban sus rebaños en las praderas, levantábase de pronto, del lado del mar, el viento del poniente. Presentábase cauteloso, gris y lúgubre, llevando hasta algunos el grito famélico del mar que clamaba por los huesos de los hombres; y aquel que lo escuchara, perdía el sosiego.—LORD DÚNSANY: *Beholder of Ocean.*

CUANDO el *Lucy S. Sterritt* naufragó a la altura de los Grand Banks, las primeras noticias de la catástrofe se recibieron en el pueblo por vías indirectas, y los pormenores sólo vinieron a conocerse cuando regresaron las embarcaciones.

El capitán Bádger, y Martha su esposa, una mujercita endeble, consumida por los cuidados, se aferraron a la esperanza de que habría sobrevivientes, tratando de convencerse a sí mismos de que, de los veintitrés tripulantes, su hijo Híram, que era el patrón, y Mark, hijo de Híram, que era el contramaestre, se habrían salvado. Trataban de engañarse a sí mismos alimentando la ilusión de que vendrían a bordo de alguno de los otros buques de la flotilla que los habría recogido. A no ser por esa ilusión, ninguno de los viejos hubiera podido contemplar de frente, sin dejar ver su tribulación, al pequeño Salem, chico de cinco años, último vástago que les quedaba de su dilatada prole.

—Nos ha robado a los demás,—le dijo el capitán a Martha, refiriéndose al mar grisáceo que batía sin cesar las rocas de The Point, al pie de la altura en que estaba la casa.— No acabó conmigo, pero me baldó y me sentó en esta silla a que me cuidaras durante quince años. ¡Bien puede perdonar a Híram y al muchacho!

—Bien puede,—contestó Martha en tono animoso. Y luego, con voz trémula, añadió: —Pero, ¿y si nos los ha quitado, Matt? . . .

—Si nos los ha quitado, a Salem no lo dejaremos ir al mar nunca. Nos lo llevaremos lejos, ¡donde jamás oiga hablar del mar, donde jamás vea un buque, donde jamás sepa lo que es sentir una cubierta bajo los pies ni un cabo húmedo en las manos. Es el único que nos deja.

—El muchacho lo tiene en la sangre, Matt.

—¡Hum!—gruñó el capitán,—todas ésas son patrañas de los libros. Si el muchacho crece donde nunca sepa de más nada que vacas, sementeras y cosechas, en vez de navegación y marineros y perpetua charla acerca del mar, la sangre de seis generaciones de marinos no hablará nunca en él. ¡La sangre! Es lo que mamamos desde que somos niños de pecho lo que nos hace marinos.

—Se la pasa en el astillero de Shípley,—dijo Mrs. Bádger. —No puedo sacarlo de allí.

—Haz que se quede en casa. La sangre no importa, pero sí la cabeza, y quién sabe si el mar se le meterá en la cabeza más fácilmente viendo construir buques que de cualquier otro modo. No lo dejes salir, por lo menos hasta que los muchachos vuelvan.

—Hasta que los muchachos vuelvan.—

Así trataban de desvanecer sus propias aprensiones.

El capitán Anson Doud, de la goleta *Out Bound* fué quien subió la colina a llevarles la noticia. Contó después que el viejo la recibió con una blasfemia, pero que su mujer no hizo más que apretar al nieto contra su seno, como para impedirle que oyera. Y en esto se equivocaba el capitán Doud. Lo que Martha Bádger hacía era defenderlo del mar, como si sus brazos pudieran impedirle que contestara al llamamiento que había arrastrado a cuatro generaciones ante su vista y que nunca le devolvió a ninguno de los suyos, excepto a su esposo, y ese baldado.

Al cabo de un mes los Bádger habían vendido cuanto poseían y se habían marchado de The Point para el oeste. El suceso parecía increíble y constituyó por un tiempo la comidilla de la aldea.

Sólo unas cuantas mujeres adivinaron el verdadero motivo del viaje; unas cuantas, cuyos compañeros no yacían en tumbas que pudiera señalar una lápida, sospecharon que el viaje de los Bádger con el niño era, en realidad, una fuga.

Para el tierno Salem el desarraigo significó solamente unas cuantas cosas e impresiones nuevas, llenas de delicia. Apreciaba el mundo por sus apariencias, se interesaba en todo, a todo estaba atento, mostrándose inquisitivo, curioso, infatigable. Aquel primer viaje en ferrocarril fué una aventura como nunca la soñara; y más todavía se divirtió en sus peregrinaciones por el oeste de Iowa, Nebraska, Dakota del Norte y Dakota del Sur, en busca de un lugar propicio. El capitán Bádger, sin embargo, no se satisfacía de buenas a primeras. Hacíales extrañas preguntas a las personas que le ofrecían en venta casas y granjas. Averiguaba siempre si vivían en los contornos personas de la Nueva Inglaterra o familias de navegantes. Esperanzados, en la creencia de que trataba de encontrar paisanos y cofrades, se los buscaban, y cuando los encontraban, él desaparecía, y el trato quedaba interrumpido con deplorable brusquedad. Al cabo el anciano encontro en Montana un valle pequeño, a manera de enorme copa, por el cual corría con violencia un río, y que estaba protegido por montañas altísimas. Era muy de dudarse que alguna vez hubiese llegado a ese rincón de las Montañas Rocallosas nadie que a lo sumo hubiera contemplado el mar. Allí se establecieron.

En su tierra de unas cuarenta hectáreas formada por cañadas, prados y colinas y una dehesa con árboles en la parte de arriba, Salem gustó las delicias que sólo un muchacho criado en la ciudad puede experimentar cuando por primera vez se encuentra en el campo. Joe Bónesteel, peón que había sido "comprado junto con el rancho," era tardo y estúpido, pero se prestaba para ser compañero de un muchacho de seis años.

Enseñó a Salem a montar a caballo, y le regaló una pistola de seis tiros, trasando en su culata con una lima emblemas de hazañas de tirador, a fin de que el muchacho urdiera una versión de su significado.

Exprimía en la risueña boca de Salem cálidos y espumosos chisguetes de la ubre de una vaca que olía de un modo "tibio y agradable," y divertíase inventando explicaciones fabulosas de los misterios de la ubre.

Afirmó que era menester que alguien fuera delante de la yunta del arado a fin de espantar de los surcos a los cuervos, y cuando Salem se cansaba, Joe le permitía que se montara en el caballo de la izquierda que avanzaba por el negro surco de tierra olorosa, el cual era muy manso y muy seguro en las vueltas.

Esto era sólo una parte de lo que Joe hacía para el niño. Durante largo tiempo, eso fué bastante; pero a la larga empezó a fastidiarlo. Principió a pedir nuevas cosas que ver y que hacer. Una mañana detuvo en el camino a tres chicos robustos y descalzos, los cuales le dieron a oler la caja en que llevaban su almuerzo y le hablaron de la escuela con jactancia. Ese día Salem preguntó a sus abuelos por qué no lo enviaban a él también a la escuela.

Los dos ancianos tenían tramada una conspiración extraordinaria. El capitán Bádger, condenado a vivir preso en su sillón casi todo el día, caviló tanto sobre el asunto que éste llegó a obsesionarle. La herida le había llegado al alma, volviéndolo agrio e implacable. No era fácil para un hombre nacido y criado en la atmósfera marina y entre marineros abstenerse de toda referen-

cia al mar, y sólo conseguía hacerlo a fuerza de estar siempre sobre aviso. Esto era lo más difícil de su propósito. Su vida había estado ligada al mar; mirar ahora en torno suyo, hora tras hora, día tras día, sin poder divisar el horizonte azul más allá del tumulto de la resaca; no oír el violento estruendo de las olas contra el promontorio; no percibir el olor del mar, sino contemplar sólo, los campos ondulantes de las laderas todos circunscritos—¡cuán poco espacio!—por la eternidad de las montañas constituía de por sí un castigo irritante y embrutecedor. Por eso era más de admirarse que consiguiera echarse un candado en la boca para bien del nieto.

Todo el amor que los dos viejos habían tenido que repartir entre sus muchos hijos reconcentrábase, ahora que el mar les había arrebatado a los demás, en el chico desgreñado. Eran gente severa, nativa de una tierra severa y acostumbrada a una severa disciplina, de modo que el pequeño Salem no resultó un niño mimado. Pero el afecto entrañable de los viejos los mantenía pendientes de él. Ellos eran su fortaleza y su defensa. La recompensa del anciano capitán y de su mujer consistía en que el muchacho confiaba en ellos y de ellos dependía, y en que no conocía el mar: sólo conocía el campo y sus labores y su vida tranquila.

Habían demorado el enviarlo a la escuela porque la temían. Cuando Salem expuso sus argumentos infantiles, entraron a discutir el caso. Por fin Martha convino:

—Eso lo mantendrá ocupado. Me acosa a preguntas y se la pasa poniéndome en aprietos.

—Bueno, que pruebe entonces—asintió a la postre el anciano. —Pero ve el primer día junto con él y observa qué es lo que le enseñan. El mar puede tenerlo todavía en la cabeza, esperando sólo una palabra para adueñarse de él.

SALEM asistió a la escuela. Pasó un año y luego otro, y los viejos olvidaron sus violentas aprensiones, aunque sin perder por eso nada de su cautela. De vez en cuando alguna pregunta o alguna observación trivial del muchacho los ponía en apuros. Su propósito de impedir que oyera hablar del mar era empresa complicada y difícil. Es claro que no lo consiguieron del todo. El chico se presento un día en casa, ya de ocho o nueve años, diciendo que quería un barco, porque todos los demás muchachos tenían y los echaban a flotar aguas abajo en el río crecido o con ellos organizaban regatas en la obscura superficie del remanso que usaban para bañarse.

El capitán Bádger le dijo al muchacho con voz tonante que no se acercara al agua.

—¡Barcos!— bramó. —Si no tienes bastante en que ocuparte, te encontraremos algo más.— Sin embargo, algún tiempo más tarde vinieron a descubrir que uno de los compañeros de Salem le había regalado un barco, y que Salem lo había aparejado, imitando a los demás chicos. Pálido de ira, el capitán llamó al nieto.

—¿Qué es eso de un barco otra vez?— Preguntóle con aspereza.

—Róscoe me regaló uno, y yo le puse las velas, pero no lo eché al agua.

—Déjamelo ver.—

El juguete era un trozo de madera como de treinta centímetros de largo, con una proa hecha toscamente con una sierra; tenía un mástil y las velas eran retazos cortados de una sábana vieja.

—¿Tú hiciste las velas, Salem?—preguntó el capitán.

—Sí; abuelito.

—Bueno. Si puedes jugar sin mojarte, ve con los muchachos y juega con tu barco en el remanso; pero si vienes a casa mojado te doy una zurra, ya lo sabes.

—No me mojaré.—

No comprendió el rezongo de satisfacción del viejo. El capitán Bádger le contó a Martha el incidente con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Es un pedazo de palo que no quiere andar sino acostado. ¡Y las velas!—y se detuvo para reír. —No te preocupes pensando que tiene el mar en la sangre. El barco está aparejado por todo un hombre de tierra, sin duda; ya se ha olvidado del astillero de Shípley.—

No los sorprendió saber, más tarde, que Salem se había aburrido pronto del barco y lo había regalado. El aparejar el juguete le había interesado por manejar con sus manos las herramientas, y comenzó a divertirse con la carpintería, mostrando

cierta disposición para ella; pero le gustaba hacer cosas útiles para la casa y la granja.

A los trece años, Salem estudiaba geografía, y el capitán se puso a observarlo de nuevo.

—¿Estás aprendiendo lo que son continentes, lagos, cabos y ríos?—Preguntó. —¿Por dónde van ahora?

—Vamos por África,—dijo el muchacho con seriedad.

—¿Africa? ¡Hum!—

Acudieron a la mente del viejo lobo de mar las bien recordadas escenas de playas tropicales y negros medio desnudos, hombres gallardos vestidos de blanco y poblaciones de chozas apiñadas, de la bulla de estridentes voces que hablan en jerigonzas exóticas, y del rumor de las olas que ruedan majestuosamente en las playas solitarias, cabrilleando a la luz del sol; de olores de calor húmedo de los que envolvían colonias de mala fama, donde acaecían cosas inusitadas; y, en medio de todo, el olor del mar del trópico. Las reminiscencias se le agolpaban a la punta de la lengua, pero se refrenaba.

—África es un lugar de terrible calor, según me han dicho. Hay allí fiebres, serpientes ponzóñosas, feroces tiburones y negros asesinos. ¿Qué más has aprendido?—

El muchacho recitó algunos hechos aislados, con dificultad y sin entusiasmo.

—¿No te gusta mucho la geografía, verdad, hijito?—preguntó el capitán.

—Algo; pero más me gustaría trabajar con las manos.

—Dentro de poco tendrás bastante que hacer en el rancho.

—Sí; así lo creo; pero eso no es viajar. Me gustaría ver el mundo.

—¡Ver el mundo! ¿Dónde puedes encontrar un lugar mejor que éste?

—Volvería aquí, por supuesto. No es que no me guste la granja.—

Más tarde el capitán le dijo a Martha:

—Eso es desasosiego de muchacho. Le encontraré más que hacer.—

Comprendió que había llegado la hora de arraigar profundamente al muchacho en el suelo, de inducirlo a que gozara del nuevo ambiente en que vivía. Salem estaba bien dispuesto, y, con la ayuda de Joe Bónesteel como aliado, el anciano hizo atractiva para el muchacho la ocupación de labrar la tierra, valiéndose del único medio práctico que conocía, es decir, atribuyéndole al nieto los méritos y dándole las recompensas de que eran dignas sus acciones. A poco Salem empezó a depositar dinero en un banco de la población vecina y a considerar ciertas partes de la finca como si fueran suyas propias. La escuela y el trabajo lo tuvieron sumamente ocupado durante un año o dos.

Crecía, convirtiéndose en un mancebo vigoroso e inteligente, bastante fuerte y robusto para sus quince años. Estaba satisfecho de la vida tal como la encontraba; era de índole tranquila y un poco tímido, pero lleno de energía, complaciente y capaz de adaptarse a los juegos, a los planes y a los entusiasmos de los demás, lo cual le granjeó el afecto de sus compañeros. Era muy capaz también para cuidar de sí mismo y, aunque no era pendenciero, tenía un genio que había que respetar una vez que se soliviantaba. Después de su primera riña, cuando tenía catorce años, tres o cuatro mocetones de más edad repararon en él, y un año más tarde, cuando estuvo listo para ello, los venció uno tras otro, en dos días de riña intermitente. Y no los venció solamente, sino que los aporreó hasta que pidieron gracia y después les dió unos porrazos finales que les parecieron a las almas tímidas gratuitos y hasta crueles.

—¿Por qué le seguiste pegando a Pete después que se dió por rendido, Salem? preguntóle alguien.

Salem contempló de frente a su interlocutor.

¡Para no tenêr que hacerlo otra vez,—contestó con la mayor tranquilidad. —Pueden olvidar que tuvieron que rendirse, pero no olvidarán que seguí golpeándolos después. Ésa es la razón.—

Un vecino que presenció el desenlace de una de las riñas fué a contárselo al capitán Bádger.

—Venció al hijo de Snowden,—dijo el vecino,—y luego le dió un par de golpes como si dijéramos para colmo. No es cosa de mi incumbencia, pero si fuera hijo mío, me parecería que revela una mala tendencia que debería quitársele.—

El capitán Bádger se enderezó.

—No se preocupe por las malas tenden-

cias de Salem,—dijo secamente.—¿Dice usted que el otro muchacho era más robusto que él? Pues bien; el otro se quedará aporreado, usted lo verá.—

Casi con júbilo se dijo más tarde:

—Mantendría una tripulación tan en orden como si estuviera en misa. ¡Qué buen contramaestre haría!—

No obstante, no le dijo a Martha nada de esto.

Salem se convirtió en una especie de jefe de los muchachos más circunspectos, y todos lo querían. Pero cada día experimentaba más el deseo de sentirse solo. La mayor parte de las cosas que entretienen a los muchachos comenzaron a parecerle tonterías. Hablaban de las muchachas y las reuniones de la feligresía en la iglesia, y las diversiones de la escuela significaban para ellos la presencia de muchachas. Salem sólo podía pensar en éstas como en la demás gente. Todo cuanto los otros mozos encontraban en ellas delicioso era para él desabrido y tonto. Iba a ser sano y recio, de modo que se mantuvo aislado. Así tenía tiempo para pensar en las cosas: en las cosas y en los lugares.

Habíase preguntado siempre qué habría detrás de las Montañas Rocallosas, y qué habría más allá de la tierra que estaba detrás de las montañas. Y entonces sentía en las piernas una comezón de echar a andar hacia algún punto desde donde pudiera ver el mundo. Sentíase como encerrado. Cuando fué a Two Forks, lo hizo con gran anhelo, pero sintió que sus ansias volvían a encenderse cuando, después que llegó a esa población rural, comprendió que su anhelo era ir más lejos. ¿Por qué? No lo sabía, ni pensó mucho en ello tampoco.

Tenía que hacer el trabajo de la granja; y poseía una prometedora cría de marranos de raza, su terreno propio de más de cuatro hectáreas y su caballo: todo lo que necesitaba. Era más de lo que tenían la mayor parte de los mozos de su edad. Todas esas cosas le gustaban, las miraba con interés y las cuidaba con inteligencia y esmero cada vez mayores. Pero una o dos veces había experimentado el sentimiento extraño, tan fuerte como una convicción absoluta, de que no había nacido para labriego; de que no había nacido para vivir encerrado entre dos montañas. Esto lo ponía perplejo.

—Viviría como perdido fuera del valle,—se dijo. —Éste es mi lugar. Y entonces, ¿por qué no he de permanecer aquí?—

Como no encontró respuesta renunció a seguir haciéndose preguntas.

HENRY MÁTHER iba a la ciudad de Helena en el otoño. Henry era el mejor camarada de Salem. Eran del todo diferentes, pero simpatizaba el uno con el otro. Henry invitó a Salem a que lo acompañara.

—Le escribiré al tío Port que vas conmigo. Tiene dos automóviles y un caserón; es un hombre acomodado. Veremos la ciudad, iremos al teatro y nadaremos en el Sweetwater. Díselo a tu abuelo.—

Así lo hizo Salem.

—¿Para qué?—preguntó el capitán con aspereza.

—Quisiera ver la ciudad, abuelo.

—Es exactamente lo mismo que Two Forks; sólo que es un poco más grande.

—Lo creo; pero Mr. McHarg nos llevará a pasear en automóvil, y de ese modo conoceremos la comarca, que es lo que deseo—

El capitán consintió. Salem regresó desilusionado, algo silencioso. Había sido una repetición del viaje a Two Forks: nada más claro ni intenso que el hecho de que Salem sólo deseaba ir más lejos. Volvió a su cría de cerdos y a su trabajo y hasta a la escuela superior, en la que entró ese otoño con entusiasmo. La mejor de sus marranas parió en agosto, y en septiembre, con su ventregada de cochinitos de pelambre afelpada y lustrosa, se ganó el segundo premio en su clase en la feria del condado. Este triunfo acreditó a Salem como criador. Sin embargo, dos veces, después de haber estado en Helena, sintió de nuevo el mismo extraño impulso de viajar.

Aquel invierno fué memorable por sus ventarrones. Todo el valle sufrió en consecuencia; y los Bádger perdieron el granero viejo. Fué un invierno largo, con copiosas nevadas, y la primavera se presentó tardía. Salem mostró mucha preocupación por sus animales y perdió varios días de escuela porque los caminos estaban intransitables, y también a causa de su trabajo. Leía bastante; pero el capitán Bádger, en secreto, censuraba estrictamente esas lecturas, y se

sintió más tranquilo cuando halló que los libros eran publicaciones del gobierno sobre la cría de cerdos y el cultivo de la alfalfa. También había un libro de aventuras en el interior de la China, obra truculenta y lúgubre que el viejo dejó pasar con desprecio.

Cuando sobrevinieron los primeros días tibios, Salem mostró una actividad febril. Tenía grandes planes con sus cerdos e iba a hacer un ensayo criando dos terneras de pura raza que un vecino le ofrecía a un precio tentador. Además, había que construir un granero nuevo. El capitán Bádger había empleado semanas enteras proyectándolo y sacando la cuenta del costo de la madera. Iba a ser un granero estupendo, pues lo construiría de tal modo que ningún ventarrón de Montana pudiera sacudirlo ni dañarlo. Su interés y el buen tiempo le permitieron vencer hasta cierto punto su incapacidad física, de modo que en abril salió de la casa a inspeccionar la fábrica de los cimientos y el corte de las vigas del piso. Salem estaba absorto en el proyecto, manejando la escuadra y el sierra.

El capitán se quejaba de los materiales.

—No se consigue buena madera en esta comarca, le dijo a Jóberson, el carpintero que había contratado en Two Forks. —Nada más que nudos y rajas: toda de clase inferior. ¡Si consiguiera madera de Maine! . . .

—Podía usted ver si Hámilton de Gállatin tiene una mejor,—sugirió Jóberson. —El otro día estuve allá y vi que llegaba de Séattle un tren cargado de cedro.

—Voy a ver,—respondió el capitán.—

Fué, en efecto, a Gállatin y encontró lo que buscaba. Dos semanas después un camión automóvil descargaba los grandes trozos en el sitio en que iba a construirse el granero.

Salem no asistió a la escuela esa semana. Había mucho que hacer en casa. Su vieja afición a manejar herramientas le infundía el deseo de ayudar a cortar la madera. Con sus animales y con un lote de terreno que había sembrado de alfalfa de Útah el verano anterior, mientras Bónesteel criticaba la innovación y refunfuñaba, porque con la vejez se hacía conservador, Salem no tenía tiempo para más nada. Por el momento no se acordaba de sus inquietudes. Estaba más contento con la finca mientras más esfuerzos pedía ésta.

EN UNA tibia mañana de abril en que el sol brillaba en un cielo límpido y la tierra ostentaba un verdor opulento que extendía sus matices claros hasta las obscuras arboledas de la montanña, el mozo comenzó a cuadrar las ocho gruesas vigas de las esquinas del granero: los nuevos trozos que habían venido de Gállatin. Jóberson había marcado los cortes, mientras el viejo capitán se agitaba atisbando detrás de él; y Salem colocó la larga y aguda hoja de la sierra en la línea marcada, con cierta noción de la importancia de su tarea. El capitán Bádger les había explicado con mucha insistencia que esa parte del trabajo del corte tenía que hacerse con gran exactitud, porque de eso dependería la firmeza y seguridad de la fábrica toda.

La sierra comenzó a zumbar en su vaivén, abriéndose paso lentamente en la madera. Salem, pensando en sus cerdos, trabajaba mecánicamente. Cuando el primer corte iba por la mitad, se detuvo, retiró la sierra y le pasó los dedos, distraído, a lo largo de los dientes, quitándole las partículas de aserrín que tenía adheridas. Estaba pensando que el próximo otoño sería menester construir un establo de cuatro pesebres, porque no podía dejar las dos novillas a la intemperie, y quizás tendría para esa época dos más, que Bláckinton había ofrecido venderle.

De súbito, con ese vago sentimiento, que todos hemos experimentado alguna vez, de que sucedía algo que había sucedido otra vez antes en alguna parte, olfateó, miró con rapidez hacia las montañas circundantes y comprendió que no debía estar allí pensando en el cuidado que debía tener con sus novillas en el otoño.

La voz del capitán Bádger vino a sacarlo de su abstracción.

—¿No te propones que esa sierra se caliente mucho, Salem?—preguntó con sarcasmo.—Si es mucho para ti. . . .

—Estaba pensando en los animales,—contestó Salem, y se puso a aserrar de nuevo.

Sentíase vagamente inquieto y desconso-

lado. La sierra llegó al otro lado del madero, y la punta angular de éste cayó por tierra con un golpe sordo. Salem se inclinó para ponerla a un lado y sintió de nuevo cierto olor especial. Distraído, recogió un puñado de aserrín.

Tenía éste el olor ordinario de la madera: olor de resina, fibras y savia que se ha secado entre las fibras; pero había algo más. Salem la arrojó al suelo como si fuera algo que le desagradaba. Se dirigió al otro extremo del madero y colocó la sierra en la línea marcada.

Pero no llegó a moverla. Púsola a un lado y se dirigió de nuevo al monton de aserrín que estaba debajo del primer corte.

—¿Qué olor es ése, abuelo?—preguntó, tendiéndole un puñado de aserrín al anciano.

—¿Ése? Olor de madera. ¿Por qué?

—Huele de un modo raro.—

Jóberson intervino:

—Es muy probable que esta madera la hayan traído en almadía por la sonda.—

Un torrente aterrador de injurias ahogó la voz del artesano estupefacto, el cual retrocedió un paso, empuñando instintivamente una azuela en la mano, como para defenderse. Jamás había oído semejantes palabras ni semejante tono.

—Debo tener este granero acabado antes del otoño,—concluyó sonrojándose.—Mueva un poco esa azuela.—

Salem se quedó tan sorprendido como Jóberson, pero el incidente le hizo olvidar la cuestión que lo había llenado de perplejidad. Todo el resto del día trabajó de firme, sin inquietudes ni cavilaciones conscientes.

A la hora de la comida estaba tranquilo; después dijo que deseaba ir a casa de los Máther a ver a Henry. El capitán gruñó, y Martha lo vió marcharse con mirada de cariño y de orgullo.

Salem se dirigió a la caballeriza, ensilló su jaco y se marchó para no regresar jamás.

En la mañana temprano Henry Máther se presentó en el coche en que acostumbraba ir a la escuela.

—Salem dijo que empezaría a ir a la escuela de nuevo hoy,—principió a decir.—¿es que? . . .—

Mrs. Bádger había salido de la casa, corriendo hacia él, y ahora estaba de pie cerca, apoyándose en una de las varas del coche.

—Henry, ¿no pasó Salem la noche contigo?—preguntó con voz temblorosa.

—No, señora; apenas estuvo un rato en casa. Parecía como si hubiera estado pensando en otra cosa. ¿No lo ha visto usted?—

El capitán apareció en la puerta apoyándose pesadamente en sus bastones.

—¿No estaba allá?—gritó con violencia, lleno de ansiedad.

—¡No! ¡No!—

Esa noche recibieron noticias: una carta de Two Forks. Salem decía que no le era posible permanecer en la granja. No sabía por qué, pero algo le pasaba que se lo impedía. Los quería mucho a ambos.

"Pero ahora," rezaba la carta, "me parece que voy a ver un poco el mundo. No se mortifiquen y déjenme viajar un tiempo. Voy al este, al lugar de donde vinimos. Después es posible que regrese aquí."

El capitán se dejó caer débilmente en su silla; tenía un aspecto de más ancianidad, un aspecto de vencido.

—El mar ganó,—dijo con desconsuelo.—No volverá.

—Pero, ¿qué ha pasado, cuando hemos tenido tanto cuidado? . . .

—La sal de esa madera que aserró ayer,—contestó el capitán.—¡El olor . . . tenías razón, Martha!

—¿Tenía razón en qué, Matt?—

—Dijiste que lo tenía en la sangre. Su sangre respondió.— ¡Era el olor del mar!



LA HISTORIA DE EUROPA Y LOS HISTORIADORES DE LOS ESTADOS UNIDOS[1]

POR

CHARLES H. HASKINS

Al tratar la cuestión del mayor o menor interés que ha de inspirar el estudio de la historia europea a los sabios de los Estados Unidos, el autor de este artículo hace una reseña de la labor realizada por escritores de su patria en el campo de la historia de Europa.—LA REDACCIÓN.

LA HISTORIA europea es de profunda importancia para los americanos. A veces parece como si pensáramos más en la deuda material que Europa tiene para con nosotros que en nuestra deuda espiritual para con Europa; a veces damos gracias al cielo, en ademán farisaico, por no habernos hecho iguales a esos pecadores del otro hemisferio; mas eso no puede desligarnos de la historia del mundo. Ya consideremos a Europa, genésicamente, como la fuente de nuestra civilización, ora la consideremos, prácticamente, como una parte del mundo en que vivimos, en ningún caso podemos desentendernos de las relaciones vitales que existen entre Europa y América, pues la historia de ambas viene a ser en definitiva una sola. La última estatua erigida a Abraham Lincoln mira hacia la Wéstminster Abbey y hacia la tumba del anónimo soldado británico que cayó luchando por una causa de libertad común a los dos lados del Atlántico.

Siempre y de algún modo tendremos que estudiar la historia europea, pero, ¿cómo? ¿La recibiremos de segunda mano, ya en las páginas de los autores europeos o bien como un derivado de éstas, después que se las haya condensado o diluído, digerido o aderezado para satisfacer el gusto nacional? O, ¿participaremos plena y directamente en todas las fases de la actividad histórica de nuestra época, eligiendo y examinando por nosotros mismos los hechos originales, sacando de ellos nuestras generalizaciones e interpretaciones, contribuyendo libremente con nuestras ideas tanto como con nuestro trabajo al adelanto general y a la interpretación de los conocimientos históricos? La cuestión es de importancia para el futuro de la ciencia americana y para su dignidad, independencia y capacidad creadora.

Por de contado que es inevitable y también de desearse que una gran parte de los esfuerzos históricos que se realizan en cada país se consagren a la historia nacional; pero, aunque la historia de los Estados Unidos debe ser nuestro principal objeto, no por eso ha de ser el único. Además de la producción de las obras necesarias para alimentar nuestra vida histórica nacional, debe haber también otras consagradas a la historia universal, y nunca fué mayor que ahora la necesidad de obras de esta índole. Si cada pueblo hubiera interpretado sus obligaciones en un sentido estrictamente nacional, no hubiera sido posible la aparición de los Gibbon, Grote, Ranke, Mommsen, Renan, Champollion, ni tampoco existirían las historias generales; y los Estados Unidos carecerían de tan buenos historiadores como Préscott, Mótley, Henry Charles Lea, Charles Gross y Álfred Thâyer Mahan.

Los inconvenientes materiales que encuentran los investigadores patrios en Europa son tan obvios que no requieren explicación. Estamos lejos de las bibliotecas y de los archivos europeos; nuestras colecciones de libros y manuscritos son insuficientes; y los grandes repositorios son escasos y a menudo no están fácilmente al alcance del escritor. No obstante, dos generaciones de fecundos eruditos demuestran que esas dificultades no son insuperables, y lo que fué arduo para Préscott y para Lea se ha hecho mucho

[1]Discurso presidencial pronunciado ante la American Historical Association, en New Haven, Connécticut, el 27 de diciembre de 1922.

más fácil con los nuevos métodos fotográficos y el rápido desarrollo de las grandes bibliotecas. De esto ofrece un ejemplo convincente la fundación, hace poco, en la costa del Pacífico de una gran biblioteca de la guerra universal. Con todo, los historiadores que disponen de escasos medios necesitan mucho todavía en materia de becas de viaje, fondos destinados a la investigación, esfuerzos cooperativos y un plan sabio y generoso para el ensanche de las bibliotecas y las facilidades de publicación.

La distancia produce desventajas más serias de carácter inmaterial. Los letrados de los Estados Unidos están menos versados en lenguas que sus colegas europeos, tanto en las lenguas clásicas, que son indispensables para estudiar muchos períodos de la historia, como en las lenguas nacionales de hoy día. Las nociones de lenguas extranjeras que tan laboriosamente se adquieren en la escuela y en el colegio pierden poco de su carácter extranjero con el aprendizaje; y el mismo epíteto "extranjera" puede tener en parte la culpa de la timidez con que, en general, se emprende el estudio de una lengua desconocida. El mínimum de conocimientos de una lengua extranjera necesario para llenar los requisitos del examen es un ideal harto común, aun entre los estudiantes más aprovechados. A menos que perdamos nuestro temor ante las lenguas, mucha parte de nuestra labor histórica será forzosamente inferior y superficial. Más difícil aún de adquirir es la familiaridad con las personas y con los lugares, la estimación y la simpatía para con las costumbres y los puntos de vista europeos que se adquieren con los largos viajes y con la larga residencia en el extranjero, y sin las cuales la historia resulta inanimada y desprovista de realidad, si no falsa. Aunque este factor es de importancia para cierto linaje de obras históricas, sobre todo en épocas recientes, no es indispensable para todos. Henry C. Lea visitó a Europa sólo una vez, y eso de paso; Gibbon, para poner un ejemplo extranjero, escribió el famoso capítulo décimoséptimo de su historia sin haber visto jamás a Constantinopla. Sin embargo, estos historiadores no eran ignorantes. Lea conocía muchas lenguas, antiguas, medioevales y modernas; Gibbon poseía los clásicos, y aunque se negó a aprender el alemán necesario para escribir una historia de Suiza, compuso su primer libro en buen francés, en el cual escribía mejor que en su lengua nativa. El historiador debe viajar por lo menos con la imaginación, y para la mayor parte de nosotros es más seguro viajar primero de veras. Como observaba un soldado de New Jérsey a fines de la guerra pasada: "Hay una diferencia morrocotuda entre Trenton de New Jérsey y París de Francia, ¡y uno no la ve hasta que llega a París de Francia!"

La historiografía en los Estados Unidos presenta tres fases principales que abarcan cronológicamente: el período literario del segundo cuarto del siglo diecinueve; el período medio, consagrado casi exclusivamente a la historia de los Estados Unidos; y el período de los últimos cincuenta años. La primera fase, con su interés romántico por tiempos y lugares remotos, ensanchó nuestro horizonte, dándonos, al mismo tiempo, las historias clásicas de Préscott y de Mótley, pero no fundó escuela, y su influencia duró poco. El segundo período, representado típicamente por el romántico nacionalismo de Báncroft, habló de Europa, de un modo indirecto pero brillante, en los volúmenes de Parkman sobre la Nueva Francia. El tercer período es menos fácil de caracterizar. Sus historiadores han tenido, por lo general, una preparación académica a la manera europea, y la mayor parte de ellos pertenecen a universidades y a otras corporaciones sabias; han prestado grande atención a la búsqueda y publicación de documentos; su actitud es, por lo menos en este punto, más científica y menos empírica; y se parecen a sus contemporáneos de Europa en su actitud ante los hechos y en su manera de trabajar. Esta época tenemos que examinarla ahora más de cerca, si queremos formar un concepto preciso de nuestras tendencias con respecto a la historia europea. Es obvio que hay que prescindir de una enumeración completa y de una clasificación crítica de autores, pero una rápida reseña puede indicar los asuntos que más han despertado el interés de los historiadores de nuestra patria y algunos de los rasgos característicos de sus obras.

A la historia de los antiguos tiempos, los Estados Unidos, naturalmente, no pudieron contribuir con iniciadores, pero dos de los más sobresalientes egiptólogos vivos son compatriotas nuestros, y otros se ocupan en descifrar los papiros de nuestras bibliotecas. Tenemos también expertos en la historia de Babilonia y de Asiria, por más que no pueda decirse exactamente que el estudio de sus dinastías haya sido para los nuestros cosa de juego, como lo fué para el joven Gibbon. Hemos entrado en el campo del judaísmo y de las religiones orientales. Por lo que hace a Grecia y Roma, ocupamos en el mundo un lugar definido en cuanto al estudio de la Atenas helenista, de los imperialismos griego y romano, de las asambleas y la vida económica de Roma; y tenemos entre nosotros, procedente de una nación oprimida, a la mayor autoridad del mundo en materia de historia económica de la antigüedad. El estudio de las antiguas religiones griega y romana debe no poco a nuestros sabios, y nuestras escuelas en Atenas y Roma han realizado buenos trabajos en arqueología. Hasta aquí, la contribución es buena, pero los que se ocupan en la historia clásica son pocos, en comparación con el tiempo y las energías que se han dedicado al estudio de las lenguas clásicas, y hemos producido muy poco nuevo en el terreno de la historia y de la interpretación literaria. Tucídides y Aristóteles, los dos historiadores principales de la antigüedad, les deben poco o nada a sus intérpretes de los Estados Unidos. Ahora empezamos a explorar el vasto campo del imperio romano. La "caída de Roma," reservada hace muchísimos años para los discursos patrióticos y otras formas de elocuencia exhortatoria, se ha convertido recientemente en tema de serios estudios, a lo menos para tres de nuestros historiadores.

Entre las diversas naciones de la Europa medioeval y moderna, Inglaterra es, naturalmente, la que ha recibido más atención, ya que la historia inglesa es, en cierto sentido, historia anticipada de los Estados Unidos. El medio siglo subsiguiente a la publicación de los *Essays in Anglo-Saxon Law*[2] ha presenciado un incremento continuo del conjunto de los trabajos fundamentales relizados por investigadores de los Estados Unidos, entre los cuales puede citarse especialmente a George Burton Adams y a Chéyney, a Gay y a Gross, a sus discípulos y a los discípulos de sus discípulos. Larga es la lista de los temas que han ocupado a nuestros historiadores: la vida doméstica de los sajones y la curia normanda, el *Doomsday Book*[3] y la Carta Magna; el consejo del rey; el parlamento antiguo y moderno; la formación de los partidos políticos y del gabinete; las ideas políticas y los movimientos religiosos del siglo diecisiete y el antiguo sistema colonial; la organización de los burgos y las tasas, el *frankpledge*,[4] el jerife, el *coroner*,[5] el palatinado, el jurado y el juez de paz; la Star Chamber[6] y la High Commission;[7] los impuestos sobre las fincas, los tributos de los pecheros y los impuestos sobre campos y cercados; la hacienda pública en la Edad Media y bajo los Túdor, las rentas, los monopolios y el comercio de granos, las diversas compañías comerciales, las minas de estaño y la orden de los templarios; los estatutos de los proletarios bajo la sociedad de los Túdor, el *Chartism*[8] y los movimientos con él relacionados, así como partes considerables de la historia jurídica y literaria de

[2]Serie de ensayos, publicada en Boston en 1905, y que consta de los siguientes capítulos: "Anglo-Saxon Courts of Law," por H. Adams; "Anglo-Saxon Land Law," por Henry Cábot Lodge; "Anglo-Saxon Family Law," por E. Young; "Anglo-Saxon Legal Procedure," por J. L. Laughlin; con un apéndice intitulado "Select Cases in Anglo-Saxon Law."—La Redacción.

[3]Censo agrario de Inglaterra levantado por orden de Guillermo el Conquistador, en 1086.—La Redacción.

[4]En el antiguo derecho inglés, un sistema bajo el cual, en ciertas condiciones, todos los varones de una familia mayores de doce años eran responsables por la conducta de los demás miembros de la familia.—La Redacción.

[5]En los paises donde se habla inglesa, magistrado que abre el sumario en los casos de muerte repentina o violenta—La Redacción.

[6]Literalmente, "cámara de las estrellas," por las que decoraban el cielo raso de la sala en que se reunía: antiguo tribunal inglés, con amplísima jurisdicción civil y criminal, sin intervención de jurado. Fué abolido en 1641.—La Redacción.

[7]Tribunal erigido por decreto de la reina Elízabeth en 1559, para conocer de los delitos contra la iglesia y contra la supremacía de la corona en la iglesia. Fué abolido en 1641.—La Redacción.

[8]Llamóse así el conjunto de principios proclamados por un grupo de reformadores políticos ingleses que, entre 1836 y 1848, trataron de conseguir que se implantaran diversas reformas para mejorar la condición social e industrial de las clases obreras.—La Redacción.

Inglaterra. Un tratado ya clásico sobre el moderno gobierno inglés es de autor norteamericano, así como también el mejor bosquejo de la historia constitucional de Inglaterra. A algunos de nuestros escritores los han atraído la historia política general del período normando, los ideales de los Túdor, el reino de Elízabeth, y han compuesto biografías de Canuto y Thomas Crómwell, Wálsingham, Árlington, Hólland y Nelson. La principal bibliografía de la historia inglesa es obra de uno de nuestros compatriotas, y varios de éstos han tomado parte importante en la preparación de publicaciones tales como los debates parlamentarios del siglo diecisiete, los volúmenes de la Selden Society y los *Year Books* [Anuarios]. Sin embargo, con algunas recientes excepciones, hemos hecho relativamente poco en cuanto a la historia del período moderno, a partir de 1783, y casi nada en cuanto a la de Escocia, Irlanda y las porciones del Imperio Británico que no están situadas en América.

En cuanto a las naciones de la Europa continental, era de esperarse menos, y menos se ha producido, en efecto. La revolución francesa, por ejemplo, nunca ha cesado de excitar el interés en todas partes de los Estados Unidos, y en varias de nuestras bibliotecas se encuentran materiales para su historia; pero, aunque existen muchos breves bosquejos de ella y una obra especial acerca de su política religiosa, las investigaciones de carácter monográfico han sido aisladas, y aunque cuentan con excelentes publicaciones, no tienen un centro organizado fuera del Fling's Seminary de la University of Nebraska. Tenemos varios libros sobre Napoleón, unos cortos y otros extensos, pero aun no contamos con uno definitivo, ni tampoco han dado frutos las prometedoras investigaciones acerca de la administración interna y de la política comercial bajo Napoleón. Sólo muy recientemente han aparecido señales de que comienza a despertarse el interés por la Francia del siglo diecinueve, como se ve por una ésmerada biografía de Lamartine y en otros volúmenes sobre la Alsacia-Lorena y sobreac ontecimientos políticos y sociales del momento. Salvo por una breve reseña general, los trabajos que versan sobre la Edad Media francesa han sido raros: se han publicado algunos sobre Louis VII y Philippe Auguste, los municipios, las universidades y los trovadores, los normandos y la guerra de los cien años, vidas de Jeanne d'Arc y de Charles le Chauve y valiosas y originales investigaciones sobre arquitectura. Los libros de James Breck Perkins, Edward Lówell y Fármer sobre el antiguo régimen han tenido imitadores, especialmente en el campo de la política económica y colonial; y a los de Baird sobre los hugonotes han seguido biografías de Calvin y de Catharine de' Medici y estudios acerca del movimiento político y económico coetáneo en Francia y en Ginebra.[9]

En cuanto a la reforma en Alemania, la contribución de los Estados Unidos es significativa: se han publicado biografías especialmente de Lutero, Erasmo y Zwinglio; estudios económicos y sociales; documentos nuevos e investigaciones sobre temas especiales, como el matrimonio de Philipp de Hesse. Hemos hecho menos para los demás períodos de la historia alemana. La *History of Prussia* de Tuttle permanece incompleta, lo mismo que una proyectada serie de biografías prusianas, mientras que el prusianismo está aguardando aún a su historiador. Un sabio estudia la época de la liberación y sus antecedentes inmediatos; otro se dedica a la cuestión de la investidura, el movimiento hacia el oriente y otros problemas de la edad media germánica; otro domina muchas fases de la Alemania moderna, inclusive los antecedentes de la guerra europea. La literatura alemana tiene en los Estados Unidos sus historiadores y traductores, y ya se ha realizado la tentativa de escribir una historia general de Alemania. La contribución de los letrados de la generación actual es más independiente que la de sus predecesores, quienes habían estudiado más exclusivamente en Alemania; y la guerra ha impuesto la revisión de muchas fases de la historia alemana, sobre todo, de la historia más reciente. Con Mótley los holandeses desaparecieron de primera fila, aunque

[9]Respecto de estudios por autores de los Estados Unidos sobre la historia de Francia véase la reseña de la *Revue de Synthèse Historique*, año de 1919, tomo xxix, páginas 251 a 277, y mi artículo "L'histoire de France aux États-Unis," en la *Revue de Paris* correspondiente al primero de febrero de 1920.

hemos agregado a nuestro haber una biografía de Guillermo el Taciturno, una narración de la edad de la decadencia y un estudio sobre el régimen holandés en Java. Suiza ha despertado interés mayormente como ejemplo de federalismo democrático y de gobierno popular directo.

Con respecto al norte y al este de Europa, no hay mucho que decir. Hace algunos años las figuras de Gustavo Adolfo y de Pedro el Grande llamaron la atención de biógrafos de los Estados Unidos, pero recientemente las obras que versan sobre esos asuntos son escasas. Hemos publicado una bibliografía bastante útil sobre la Europa eslava, pero contiene muy pocos nombres americanos. Se notan señales de que hay un interés creciente en la materia, y ya un compatriota nuestro se ha convertido en una autoridad reconocida en historia polaca; ni debemos olvidar las labores de la American-Scandinavian Foundation ni ciertas publicaciones recientes sobre la historia medioeval del norte de Europa. En los Balcanes la atención se ha reconcentrado en Turquía, acerca de la cual podrían citarse dos o tres buenos estudios. El imperio bizantino parece habernos dejado indiferentes; pero las cruzadas han sido objeto de considerable número de investigaciones especiales, principalmente por parte de Munró y de sus discípulos.

La curiosidad de nuestros compatriotas por la Italia medioeval ha sido, sobre todo, de carácter literario y se ha detenido en especial en el Dante, como lo demuestran numerosas traducciones de sus obras y varios ensayos acerca de ellas, sin olvidar al Petrarca ni a los poetas sicilianos. Uno de nuestros escritores ha hecho, hace poco, una reconstrucción de la Siena medioeval; otro se consagra a Génova; dos a la dominación de los normandos en Sicilia; y otro ha escrito una historia general del siglo trece. Pocos de nuestros conterráneos han utilizado los vastos recursos de los archivos del Vaticano en el estudio de asuntos medioevales y modernos. El renacimiento italiano ha producido poco, a no ser en la fase del arte, y hay un gran vacío entre Colón y la era napoleónica. La biografía clásica de Cavour es obra de un americano, como todo el mundo sabe, y la mejor biblioteca que existe sobre el *risorgimiento* ha sido coleccionada por un sabio oriundo de los Estados Unidos que reside en Roma.

España, nación de tanta importancia para ambas Américas, puede reclamar los nobles volúmenes de Préscott, la *History of Spanish Literature* de Tícknor y la monumental *History of the Inquisition of Spain* de Lea. Se ve un nuevo despertar en la labor de The Hispanic Society of America, en una historia de la formación del imperio español y en monografías que versan sobre temas económicos, tales como los galeones y la Mesta y sobre instituciones del Nuevo Mundo, como la audiencia. Es digno de notarse que algunas de las mejores investigaciones hechas en años recientes se han verificado en el terreno en que se rozan la historia de Europa y la de América: exploraciones y cartografía primitiva; los estudios sobre la Nueva España hechos en California; la obra de Lówery intitulada *Spanish Settlements*; la inititulada *Philippine Islands* por Blair y Róbertson; *Jesuit Relations* por Thwaites; y las obras de otros autores sobre la Nueva Francia; una serie de estudios sobre las Indias Occidentales y sobre las relaciones comerciales en que estas islas han desempeñado un papel de importancia; los volúmenes de Álvord sobre la ocupación francesa y británica del valle del Mississippi; las disquisiciones de Burr sobre los límites de Venezuela; el *Usselinx* de Jámeson; las colecciones de tratados y las series de manuales de los archivos europeos publicados por The Carnegie Institution of Wáshington; varios estudios acerca de los orígenes de nuestra revolución que han venido a culminar en la obra de Van Tyne y Bécker intitulada *Declaration of Independence*, la de Cóolidge, con el título de *United States as a World Power* y los brillantes estudios sobre la política colonial británica por el malogrado George Louis Beer.

Entre los trabajos escritos en los Estados Unidos sobre la historia general de la Europa moderna superan los escritos del almirante Mahan sobre el poder marítimo, tanto por la frescura y admirable lucidez de las ideas y del estilo como por su profunda importancia y por la influencia que han ejercido sobre la política de las naciones; y su triunfo debe servir de estímulo a los historiadores jóvenes. La

expansión europea, tanto intelectual como material, fué descrita con elocuencia a fines del siglo dieciocho; pero la historia general del siglo diecinueve, resumida en ciertos manuales dignos de nota, no ha inducido a ningún autor a traspasar los límites de uno o dos volúmenes. Sin embargo, "el día de anteayer" empieza a obtener la atención debida para sus acontecimientos políticos y sociales. Gran atención se ha prestado a la historia de la diplomacia y de las relaciones internacionales, especialmente bajo la influencia de la guerra universal; las obras de carácter más general ceden ahora el campo a las monografías, las cuales se resienten aún de las restricciones establecidas por los gobiernos de la Europa occidental y por el de los Estados Unidos para permitir el acceso a los archivos oficiales. La imponente serie de volúmenes que está publicando la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional acerca de la historia social y económica de la guerra pertenecen a los Estados Unidos por el plan y la dirección, pero son escritos por autores europeos.

En asuntos menos relacionados con la política los Estados Unidos han producido el manual clásico de la historia de la religión, pero menos estudios especiales de lo que podría esperarse en este terreno. En punto de historia eclesiástica, fuera de la Reforma y de la era apostólica, nuestra producción sería desconsoladora a no ser por los trabajos de Lea, quien sobresale como historiador de las instituciones de la iglesia romana. Hombre autodidacto, que no había viajado, y que vivió entregado a los negocios la mayor parte de su vida, sus dieciocho nutridos volúmenes de trabajo original constituyen el fruto más considerable que ha producido un historiador de los Estados Unidos sobre cuestiones europeas.[10] Los más estudiosos jóvenes católicos, si bien han aprendido frecuentemente los métodos europeos, se consagran de preferencia a la historia de la iglesia en los Estados Unidos.

Ejemplos de la historia intelectual proporcionan la *History of the Warfare of Science with Theology* ["Historia de la lucha entre la ciencia y la teología"] por Ándrew D. White; *Mediaeval Mind* por Henry Osborn Táylor, con sus antecedentes a su continuación hasta 1600; *Magic and Experimental Science* por Thórndike; *History of Political Theories* por Dúnning, con la obra de Súllivan y Émerton sobre Marsiglio de Padua; *Censorship* por Pútnam; *Rousseau* por Bábbitt; *Mind in the Making* por James Hárvey Róbinson; los escritos dispersos de George L. Burr, y cierto número de estudios de carácter más especial, muchos de ellos emanados de la Columbia University; mientras la historia intelectual ocupa también lugar de preferencia en la útil guía de Páetow para la Edad Media y en sus publicaciones especiales. Aparte ciertos manuales generales y una respetable crítica, *Isis*, nuestra contribución a la historia de la ciencia ha sido principalmente en el terreno de las matemáticas. Es digno de notarse el difundido interés que despierta la historia del arte, y de ello son ejemplos significativos nombres como los de Charles Hérbert Moore y Kínsley Pórter en arquitectura, Marquand y Post en escultura, Bérenson y Máther en pintura, sin hablar del incomparable libro de Henry Adams intitulado *Mont Saint-Michel and Chartres*. Contamos con notables contribuciones a la paleografía de los comienzos de la Edad Media, a la historia de las lenguas, sobre todo, a la de los dialectos griegos e itálicos, las lenguas romances, el inglés antiguo y de la Edad Media y a la historia comparada de las literaturas. Ni han sido desdeñados la hechicería y el *folk-lore*; y la antropología, la etnología y la antropogeografía han tenido sus cultivadores. En los Estados Unidos se ha prestado considerable atención a las cuestiones de metodología histórica, al alcance y significación de los estudios históricos y a la historia de la historia.

Hay muchos vacíos que llenar: Irlanda y Escocia, Austria-Hungría, Bélgica, Portugal, la mayor parte de la Europa septentrional y oriental, muchas grandes épocas, y muchos fructuosos temas que confinan con la historia y con otras materias. Entre esos vacíos puede contarse el de la historia general, pues, con la única

[10] He examinado más extensamente la obra de Lea en los *Proceedings* de la Massachusetts Historical Society correspondientes a 1909, tomo xliii, páginas 182 a 188.

excepción de una adaptación del alemán, mientras menos se hable de nuestras historias generales tanto mejor. No podemos aducir obras del tipo de las de Oncken o Hélmolt, las de la serie de Cámbridge, las de Lavisse y Rambaud o las más recientes empresas de esta índole acometidas en Francia. Y si se alega que carecemos de la erudición acumulada que se requiere para trabajos tan extensos, diremos que tampoco ninguno de nuestros escritores, historiador o novelista, ha tratado de hacer una síntesis más concisa que rebase los límites de un texto. Ninguno de nuestros historiadores alcanza la categoría de Acton, Freeman o Bury; y tenemos que importar todavía libros como los de Merz y Marvin. Por otra parte, hemos consagrado grandes energías al material de enseñanza: textos, compendios, atlas, libros sobre las fuentes históricas y traducciones más extensas de materiales de historia para el uso de los estudiantes y del público en general. Tenemos una afición nacional por las enciclopedias y las bibliografías.

En general los rasgos característicos de nuestras obras son individuales y personales más que distintivamente nacionales. Entre las mejores, gran parte está dedicada a la historia de las instituciones políticas y judiciales, eclesiásticas y económicas, para lo cual nuestra experiencia nacional contribuye a proporcionarnos las bases necesarias a su interpretación. Con notables excepciones, hemos sido menos afortunados en los géneros de historia que requieren gran ejercicio de la imaginación. La historia diplomática se ha iniciado bien, la historia naval ha logrado algunos triunfos, la historia militar encuéntrase aún, por varias razones, en su infancia, y la historia social es un nuevo género, más fuerte, sin embargo, por su programa que por sus conquistas. Hemos hecho algo por la historia de las ideas, más por la historia del arte que por la de la ciencia y los inventos, y sorprende el descuido de un campo tan rico de estudio para el cual deben poseer nuestros compatriotas especiales aptitudes. Hemos explorado los archivos extranjeros, sobre todo, los de Inglaterra, Francia y España, y hemos sido a veces los primeros en aprovechar importantes colecciones de documentos antes secretos u olvidados. Ya tenemos la preparación necesaria para realizar trabajos de publicación y crítica, pero tenemos la tendencia, propia de los anglosajones, de pensar demasiado en el lector ordinario, hasta en nuestros trabajos de erudición, con el resultado de que muchos libros vienen a quedar, como si dijéramos, entre el especialista y el público, sin llenar plenamente las necesidades de uno ni de otro. Redundará en ventaja para ambos que cesemos de escribir con la mente puesta en los dos a la vez y produzcamos en mayor abundancia libros que sólo necesiten los eruditos y libros que expongan los frutos de las investigaciones de los eruditos en forma verdaderamente atractiva para el grupo numeroso de los lectores ordinarios.

Nuestras publicaciones recientes contienen pocas obras de largo alcance que demanden una labor de gran aliento. Esto puede explicarse en parte por los inconvenientes académicos y de otro orden y en parte por la dificultad cada vez mayor de encontrar editor para una obra extensa del carácter menos popular, pero en algo debe atribuirse también al favor de que gozan los manuales y diversas formas de escritos fugaces. Los periódicos y las revistas son necesarios, y sería bueno que encontraran espacio para buenos artículos sobre temas históricos. Lejos de mí el propósito de insinuar que *The American Historical Review* es la única publicación digna de que la lean los historiadores. Sin embargo, la tentación de escribir mucho y con frecuencia sobre asuntos de interés momentáneo tiene que vencerla el historiador que aspire a realizar labor considerable y bien madurada. Le hubiera sido difícil a Tucídides escribir para un grupo de periódicos, día por día, su historia de la expedición de Sicilia y producir, sin embargo, esa "obra sempiterna" que Ranke releía todos los años; y podemos reflexionar sobre ese ejemplo de un escritor que se puso a escribir un libro "para todos los tiempos" y no para "la hora que pasa."[11] De modo que, si bien un buen libro de texto de historia es una obra de verdadero mérito, el número de los que al presente se encuentran en circulación es completamente innecesario, aumentado como se ve entre nosotros en

[11]Tucídides, tomo i, capítulo 22.

un grado mucho mayor que el de otra nación alguna, por el deseo de cada casa editorial de poseer una serie completa para todos los grados de la instrucción. Muchos letrados, cuyas aptitudes constituían una genuina promesa, dejaron a un lado labores más importantes para escribir un texto del cual no había necesidad alguna, a no ser desde el punto de vista del provecho pecuniario del autor y del editor. Además, los textos consagran fácilmente reputaciones a los ojos del público y suelen falsificar las normas de la obra creadora. Una reciente reseña de nuestra civilización de los Estados Unidos dice que "tres nombres acuden espontanéamente a la memoria cuando se menciona la historia en los Estados Unidos,"[12] y, con una excepción parcial, a estos tres se les admira no por el mérito conquistado por cada uno de ellos en otras formas de actividad histórica, ¡sino como autores de un notable número de textos para escuelas y colegios!

En conjunto, la situación actual de la historia europea en los Estados Unidos no inspira ni satisfacción ni desaliento. Existe una gran variedad en los esfuerzos que se realizan, con ejemplos conspicuos de buen éxito. Hemos demostrado que podemos mantener nuestro puesto en el campo de la sabiduría universal, aunque nuestros obreros son relativamente pocos, y hay mucho terreno que labrar. Sólo tenemos que ir adelante. Ningún campo de la investigación nos está vedado, y cada uno tiene sus oportunidades y sus atracciones. Como San Pablo en las Tres Tabernas, podemos dar gracias a Dios y cobrar ánimo. La mera mención de las tabernas basta, por supuesto, para demostrar cuánto nos hemos apartado recientemente de las antiquísimas costumbres de Europa. El aislamiento es una gran ventaja para los Estados Unidos cuando se trata de varios aspectos de la historia europea, pero no deja de aparejar sus peligros. El hecho de mantenernos separados de los que beben vino rojo y derraman roja sangre y hasta flamean banderas rojas no debe impedirnos comprender esa vida hervorosa de una civilización más antigua que la nuestra ni inducirnos a escribir su historia como si fuera la de otro planeta que contemplamos cual si fuésemos seres olímpicos, al través del "espacio transparente." Bueno o malo, ése es todo nuestro mundo, y tenemos que aceptarlo, "tal cual es en nuestro tiempo," como diría la mujer de Bath; y el historiador necesita constantemente acordarse de que su tema es la vida, rica, profunda y pletórica, y que no debe palidecer bajo su pluma. "En la complacencia de los actores," escribe Stévenson, "consiste el sentido de toda acción. . . ." "Si falta la complacencia, falta todo."

Ése es nuestro mundo de hoy, pero no de mañana. Si el porvenir de la historia como conjunto es inmenso, como lo es el porvenir de la poesía para Mátthew Árnold, nadie puede predecir qué aspectos de la historia están reservados para las venideras generaciones de nuestra patria. Ninguna forma de la historia es definitiva, pero cada uno de nosotros busca, naturalmente, la perpetuación de la forma en que tiene un inmediato interés personal. Muchos historiadores llegan fácilmente a considerarlo todo con espíritu histórico, exceptuando únicamente a la historia misma. Para ellos el mundo puede cambiar, pero los géneros de la historia deben permanecer inmutables. No por eso dejan de cambiar de continuo, sin embargo, y, como lo ha demostrado Croce brillantemente, sin repetirse. Al escribir la historia, como en todo lo demás, no podemos predecir el mañana, sino decir únicamente que será diferente del hoy.

Una función de la historia puede, no obstante, sobrevivir a nuestro tiempo: su función interpretativa; y en ninguna otra puede el historiador realizar una labor más útil y hermosa. En la alegoría de Bunyan el Intérprete es el maestro de Mr. Great-Heart [Gran Corazón]. Como pueblo somos propensos a tener la memoria corta y los impulsos rápidos. Nos hemos apresurado a suponer que las diversas naciones de Europa fueron, durante la guerra universal, algo muy distinto de lo que habían sido antes, y que ahora han cambiado por completo de carácter y de ideales con la paz. El historiador sabe que no es así, y sus compatriotas han menester de su segura visión que coloca lo presente en perspectiva

---

[12] Hárold E. Stearns: *Civilization in the United States: an Inquiry by Thirty Americans*, Nueva York, 1922, página 547.

y lo interpreta a la luz de lo pasado. Desde cierto punto de vista la guerra fué un conflicto entre distintas psicologías nacionales; y la paz es lo mismo. Cada nación, según la frase de Clemenceau, "vive encerrada en su propio pasado," y sus acciones las determina la mente que ha heredado. Explicarles estas distintas mentes históricamente a nuestros compatriotas es la ardua tarea del historiador. Indirectamente, interpreta también a los Estados Unidos para los hombres de Europa. Cierto voluminoso libro acerca de los Estados Unidos arroja tanta luz sobre los procedimientos del espíritu alemán como sobre nuestra patria, mientras la obra *The American Commonwealth* de Bryce refleja mucho de lo mejor de Inglaterra. Buenos libros escritos por compatriotas nuestros aumentarán el respeto por la ciencia, la probidad y tal vez la originalidad de nuestra gente y ayudarán a Europa a comprender nuestro espíritu. ¡Que se nos juzgue por lo mejor que tengamos y que eso mejor sea abundante! Tal interpretación no tiene por qué ser siempre indirecta. Nuestros historiadores tienen también la oportunidad de hacer por la patria lo que Lavisse acaba de hacer por Francia en esas luminosas y serenas páginas de despedida con las cuales concluye sus labores literarias y su obra, escrita con la ayuda de varios colaboradores, *Histoire de la France Contemporaine;* y hasta podrían encontrar semejanza entre el idealismo de los Estados Unidos y la "libre democracia, siempre en busca de mayor justicia social, ni perturbada por la violencia ni seducida par las utopias, razonadora y razonable," que el veterano historiador nos pinta como la suprema ambición de Francia.

La función del historiador como intérprete no se ejerce sólo entre dos naciones, sino también entre grupos mayores. Existen en la civilización europea elementos comunes que un historiador compatriota nuestro debería ser el primero en descubrir y cuya historia podría trazar sin los prejuicios nacionales de que no pueden emanciparse sus colegas europeos. Para él Carlomagno no es una figura alemana ni francesa sino europea. Asimismo está abocado a considerar a los Estados Unidos como parte de un todo mayor. Hablamos, por razones de conveniencia, de historia europea y de historia nacional, creando cátedras diferentes y a veces hasta departamentos diferentes, y muchas personas gustan de concebir la historia de los Estados Unidos como divorciada providencialmente de Europa por Colón, la revolución de independencia o el rechazo del tratado de Versalles. El oficio del historiador es reunir a Europa y América en el espíritu popular. En cuanto a la época colonial y a la revolucionaria el trabajo fundamental lo han realizado en gran parte los letrados de la generación actual; en cuanto al período federal apenas se ha comenzado la tarea. Nuestras relaciones con Europa han sido más evidentes en tiempo de guerra, y a menudo se han olvidado en los intervalos de paz. Las grandes guerras europeas han sido también en todos los casos guerras americanas, y hasta se han convertido en guerras universales. "A fin de que pudiera robar a un vecino a quien había prometido defender," escribió Macáulay de Federico el Grande, "los negros pelearon en las costas de Coromandel y los indios se arrancaron unos a otros el cuero cabelludo a las orillas de los Grandes Lagos de la América del Norte." Siglo y medio más tarde un sucesor de Federico violó la neutralidad de una nación que se había comprometido a respetar y un soldado anónimo de los Estados Unidos yace en Ãrlington, mientras millares de camaradas suyos duermen para siempre bajo las cruces de sus tumbas en Romagne. No se limita a los períodos de la guerra la repercusión de los sucesos al través del Atlántico. Irlanda tiene una escasez de patatas en 1848 y Boston tiene un alcalde irlandés en 1922. Karl Marx y Engels publican su *Manifest der Kommunistischen Partei* en ese mismo año de 1848, y dos generaciones más tarde aparece el bolshevismo en los campamentos de corte de madera del noroeste de los Estados Unidos. Aun ante la guerra universal el hombre ordinario no distingue esas relaciones ni lo que ellas significan. El historiador sí las ve, y su deber consiste en hacerlas patentes para el hombre ordinario y para el hombre que desempeña cargos públicos. El historiador las ve, ora se ocupe principalmente con Europa, ora con América, porque en ese punto la acción

de estos dos grupos de historiadores se confunde y los mismos asuntos de que tratan concurren a producir la misma unidad que forzosamente poseen en los métodos de trabajo y en los hábitos del intelecto. La antigua separación va desapareciendo a medida que el Nuevo Mundo envejece: vejez prematura al decir de algunos, o ¿será sólo una especie de desencanto fugaz en ambos hemisferios, como cuando Barrie declara que "la guerra le ha arrebatado al año su primavera?"

Jóvenes o viejas, Europa y América viajan ahora en un mismo barco, junto con el Oriente más viejo aún que ellas, y todos tres son asunto común de la historia. El mundo del historiador es uno: ¡interprételo como uno tanto desde el punto de vista científico como para formar la opinión pública!

La American Historical Association, desde su fundación en 1884, ha sido partidaria de una concepción amplia y comprensiva de la tarea del historiador. Establecióse, según reza su reglamento, "para estimular el interés en la historia nacional y en la historia de los Estados Unidos." Los programas de sus sesiones han sido universales y variados, recibiendo en ellas, cuando ha sido posible, a sabios extranjeros; su revista ha estado abierta a todos los cultivadores de todas las ramas de la historia, manteniendo a sus lectores al tanto del movimiento histórico en todas partes del mundo. La asociación cuenta entre sus miembros a hombres eminentes en el cultivo de la historia de Europa y de la historia de América y a algunos que, como Henry Adams y Mahan, han brillado en ambos campos y que han esclarecido los problemas que ocupan a los estudiantes de historia. Nacional por los miembros que la componen, ha sido internacional en sus aspiraciones. Ha acogido los trabajos de los sabios y de los intérpretes, las nuevas ideas y las nuevas enseñanzas. Ha mantenido la unidad de la fe histórica y conservado la libertad de la historia. Las labores de esta asociación y las de sus miembros son la mejor garantía del porvenir de las ciencias históricas en nuestra patria.



Franklin Simon & Co.

Una Tienda de Secciones Chic

Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., New York



PEINADORES DE ENCAJE DE COLOR

Para Señoras

y

Señoritas

212—PEINADOR DE ENCAJE DE SEDA DE COLOR y forro de gasa; azul, rosa, orquídea.

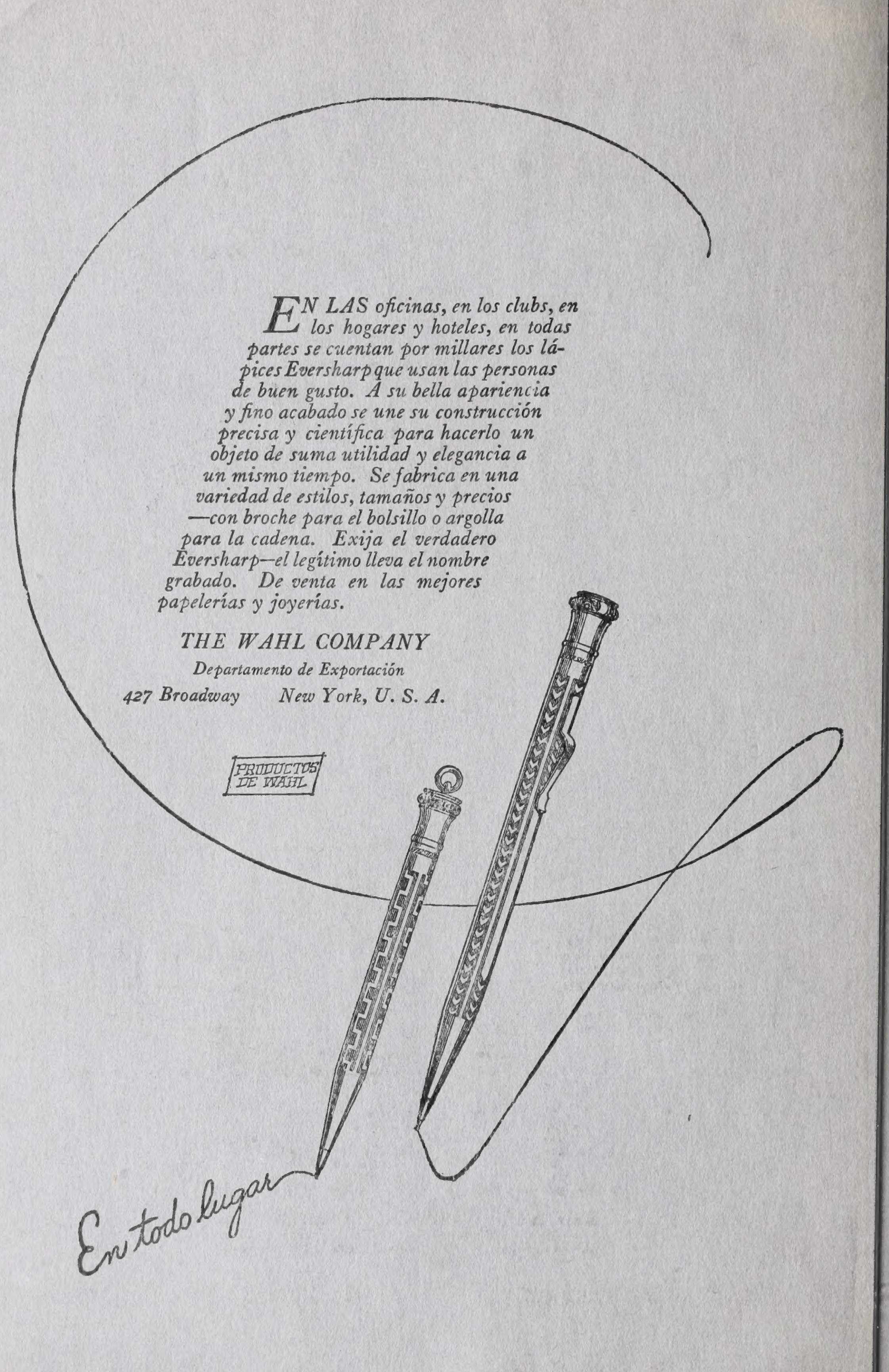
29.50

Nuestros intérpretes están perfectamente familiarizados con los gustos y las necesidades de las damas de habla española y prestarán atención especial a todos los pedidos que serán embarcados prontamente.

Se invita cordialmente a las personas que vengan a Nueva York a visitar nuestro establecimiento donde serán recibidas por intérpretes y compradores expertos.

FRANKLIN SIMON & CO.
NO TIENEN SUCURSALES




EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar